

**Nora López**  
**(detenida N84)**

# Nora López (detenida N84)

Una novela de Nicola Viceconti

**La novela “Nora López, Detenuta N84” ha ganado el primer premio al XI concurso IneditO 2012.  
Ha sido premiado en el marco de la Feria Internacional del Libro de Torino (Italia)**

Diseño de tapa:  
**Acercádonos Ediciones**

Traducido por  
**Andrea Giampaolini**

Diseño y diagramación interior:  
**Acercádonos Ediciones**

Web: [www.acercandonoscultura.com.ar](http://www.acercandonoscultura.com.ar)  
Web del autor: [www.nicolaviceconti.it](http://www.nicolaviceconti.it)  
Fan Page: **Movimiento Cultural Acercádonos**  
Twitter: [@mcacercandonos](https://twitter.com/mcacercandonos)

**Cochabamba 894, Cdad. Aut. Bs As.  
Tel. 011 - 4300-9506**

Primera edición de 500 ejemplares, octubre 2012.  
Este libro es una obra de investigación histórica, no está sujeta a las leyes del mercadeo.  
Ninguna parte de esta publicación, incluso el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación, de fotocopia o de scaneo sin previo permiso del autor  
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

*Hacemos libros soñando un mundo mejor ...  
Ojalá que este ejemplar colabore a ese fin.*

# **Nota Introdutoria**

La voz prepotente y obsesiva de los militares, que han gobernado desde el 1976 al 1983 en Argentina, se ha hecho escuchar en todos los rincones del país: desde la bulliciosa Buenos Aires, a la silenciosa Patagonia; desde la tierra del Malbec a las regiones pobres del interior; desde Mar del Plata a las montañas rojas de Misiones.

En los aproximadamente 350 Centros Clandestinos de detención, las tres fuerzas armadas (Ejército, Aeronáutica y Marina) sembraron el terror, castigando a personas de toda edad y clase social. Por siete años aquella voz prepotente y obsesiva ha sofocado los gritos desgarradores de miles de personas sistemáticamente torturadas, antes de ser confinadas a la nada.

Hoy, los responsables de tantos lutos y de infinita desesperación, hablan con la voz ronca, por la edad, pero el tono y el significado de sus palabras es siempre el mismo, igualmente arrogante, donde se filtra la macabra ideología de siempre, expresión de un pensamiento desequilibrado e irrespetuoso de los derechos humanos fundamentales.

Es suficiente escuchar sus palabras, en los juicios de los procesos, a los cuales finalmente son sometidos, o leer sus delirantes declaraciones, como aquella que hizo recientemente en una entrevista el genocida Videla, en la cual afirmó “ser víctima de una venganza”. Interesante, a tal propósito, ha sido la reacción de las asociaciones comprometidas en la lucha por la afirmación de los derechos humanos, en particular aquella de los representantes de HIJOS que, en respuesta al dictador, han declarado textualmente “nuestra única venganza es ser felices” o aquella de las Abuelas de Plaza de Mayo que, a través de su Presidenta Estela Carlotto, han ratificado que “si los artífices de la dictadura han sido capaces de hacer lo que hicieron, está claro que continúan defendiendo su posición”.

La voz de los torturadores, por lo tanto, además de crear indignación, ofrece otro instrumento más de conocimiento en el recorrido de recuperación de la memoria que la Argentina está atravesando con conciencia y madurez. La misma es útil como la enésima prueba de las infamias y las atrocidades cometidas, sobre todo para aquellos que no han vivido aquel triste período.

La novela, “Nora López, detenida N84” de Nicola Viceconti, se ubica en este contexto. Leyéndola, encontré original la elección de resaltar este aspecto, en gran parte de la narración, la voz de quien representaba el mal. Y, aunque fue particularmente doloroso y nada fácil encontrarme delante de la voz de un represor,

considero oportuno mostrar al lector, en forma directa y auténtica, el pensamiento “típico” de un responsable de aquellos crímenes feroces.

Encontré muy interesante la confrontación entre el verdugo y la joven Livia, hija de Nora López, una de las víctimas del régimen. Para interrumpir la tranquila vida del pacífico señor Pontini, llega inesperada una presencia que provoca el terror en él, por encontrarse acorralado y, a pesar de la esperanza de poder escapar de la pesadilla de verse descubierto, es aquí que llega el castigo inexorable para él: los HIJOS, junto a la policía, celebran el arresto del torturador, durante la fiesta organizada por el matrimonio del hijo, todo esto en presencia de otro cómplice silencioso de la dictadura, un monseñor, en representación de la iglesia. Esta escena marca el final de Luis Pontini y marca el inicio de su justa condena.

Una alusión, por último, a la joven heroína Livia Tancredi, personaje clave de la novela, de quien el lector puede tomar todas las emociones de angustia, rabia y dolor vividas en su viaje al infierno. El motor de todo esto ha sido el amor por su madre, a la cual le devolvió la dignidad enfrentando con coraje a uno de sus torturadores. Un esfuerzo que al final ha generado para ambas un gran sentimiento de liberación.

Para concluir esta breve reflexión que hice, ratifico la importancia de la voz como elemento de identificación por excelencia. Lo digo con conocimiento de causa dado que es justamente gracias a la voz que he podido reconocer al “Turco Julián”, uno de mis torturadores en el Club Atlético.

*Oswaldo La Valle*

**Oswaldo la Valle** es un ex prisionero del Club Atlético. En el momento del secuestro era un militante del Partido Socialista de los Trabajadores (PST). La noche del 15 de julio de 1977, quince soldados entraron en su casa en Pardo esquina Ferias Muñiz, lo encapucharon y lo llevaron a un centro de detención que, solo más tarde, Oswaldo descubrió ser el Club Atlético. Al entrar en el centro, los militares sustituyeron su nombre con la sigla K58 y, al igual que todos los prisioneros, sufrió todo tipo de tortura y humillación, hasta cuando el 5 de octubre de 1977 fue puesto en libertad. Durante el período de detención Oswaldo la Valle aprendió los apodos de los militares que actuaban en el Club Atlético. Entre ellos se encontraba el tristemente célebre “turco Julián”, al que reconoció por casualidad años más tarde, escuchando su voz en la televisión.

# Prólogo

El 24 de marzo de 1976 un golpe militar derrocaba en la Argentina al tambaleante gobierno de María Estela Martínez de Perón, llamada Isabelita, viuda del general Juan Domingo Perón, a quien había sucedido después de su muerte, ocurrida el 1º de julio de 1974, luego de un triunfal regreso, en el año '73, poniendo fin a dieciocho años de exilio.

El golpe, promovido desde los vértices militares –el General Jorge Rafael Videla, Comandante del ejército; el Almirante Emilio Eduardo Massera, Comandante de la marina y el General de la brigada aérea Orlando Ramón Agosti, Comandante de la aeronáutica militar– se reveló velozmente el más feroz entre todos los golpes de estado consumados en los años sesenta y setenta en Latinoamérica, atormentada región que había ya conocido, o habría conocido en poco tiempo más, otras violentas dictaduras, sobre todo en el área del llamado Cono Sur: Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay.

A diferencia de los “errores de imagen” cometidos en Chile por el General Pinochet con aquella especie de Golpe en directo del 11 de septiembre de 1973, los militares argentinos eligieron el camino del bajo perfil, preparando, en la vigilia del golpe, más de trescientos cincuenta centros clandestinos de detención, bien ocultos a la población y a la opinión pública.

Verdaderos grupos dantescos responsables de la eliminación física de alrededor de treinta mil opositores al régimen, en su gran mayoría jóvenes pacíficos de entre veinte y veinticinco años, “chupados”, tragados por la violencia de la represión militar, muertos y frecuentemente hechos desaparecer en los comúnmente llamados “vuelos de la muerte”: de aquí el triste neologismo de desaparecidos, convertido de algún modo en el símbolo de la Argentina de aquellos años.

Recién con el regreso de la democracia, después de diciembre del '83, se habría descubierto aquella lamentable geografía del terror, extendida en todo el país mediante la creación de más de trescientos cincuenta campos de concentración creados por el régimen con nombres aparentemente inofensivos: La Perla, La Cacha, Olimpo, El Vesubio, Club Atlético, Automotores Orletti, que nada tenían que envidiar, en cuanto a ferocidad, a los campos de concentración nazis.

Narrar todo esto mediante una novela no es, como se puede imaginar, una cosa fácil, pero Nicola Viceconti ama, evidentemente, los desafíos difíciles. Ya lo había demostrado –superando a la perfección la



prueba- con su anterior novela, “Dos veces sombra”, y lo confirma ahora con este nuevo trabajo, de algún modo complementario.

Si en “Dos veces sombra” el personaje principal era una inocente pequeña de dieciséis años lidiando con el descubrimiento, fatalmente traumático, de su verdadera identidad de hija de una joven desaparecida; en esta nueva novela Viceconti se mide con un desafío aun más arduo, proponiendo como “narrador”, en buena parte de la historia, a un ex torturador, un “héroe del mal”, un personaje decididamente negativo que estaba en el lado equivocado. Con el riesgo, ciertamente no ignorado por parte del autor, de una especie de posible transferencia subliminal, de una irracional identificación con las “razones” del protagonista, que frecuentemente intervienen, si bien inconscientemente, entre el lector y el “actor” del acontecimiento.

Luis Pontini, el tranquilo agente inmobiliario que da inicio a su narración, es de hecho un ex capitán, Darío Romero, en la Fuerza, en los tiempos de la dictadura, en el Club Atlético. Viene develado enseguida que ese teórico riesgo, que anteriormente he adelantado no lo corre, concretamente el lector. Es en realidad la misma familia de Pontini, una vez descubierta su verdadera identidad, a liquidarlo con un explícito e inapelable “que vergüenza...”, que es más tarde el lapidario “incipit” de lo narrado y que representa un poco la síntesis verbal de los horrores de los cuales Pontini/ Romero se había manchado tres décadas antes.

Nicola Viceconti, que confirma –aparte de un inusual conocimiento y atención en la reconstrucción histórica de los hechos contados– una particular sensibilidad en el trazar el perfil psicológico de los personajes que animan sus historias, nos conduce hacia una Buenos Aires, para quien haya tenido la fortuna de conocerla, absolutamente auténtica. Involucra en su escritura, la minuciosa y afectuosa descripción de calles, de lugares y símbolos de una ciudad mágica en muchos aspectos, que hace de marco a una angustiante historia. Totalmente sustituible a cada una de las tantas dramáticas historias que mi trabajo de P.M. (Ministerio Público) en los procesos celebrados en Italia sobre estos acontecimientos me ha consentido conocer.

Es absolutamente perfecta la reinterpretación del trasfondo de la Argentina de los años setenta, y obliga casi a preguntarse, leyendo, ¿por qué Viceconti no habrá elegido el camino del ensayo histórico, visto el cuidado del contexto social y político en los cuales los sucesos narrados se insertan?

Pero la fuerza de la narrativa es también esto: transformar de alguna forma en eternas, historias que de otro modo estarían destinadas a ser olvidadas por el paso del tiempo. Luis Pontini/Darío Romero, Nora López, su hija Livia, Ricardo Giorgetti, se convierten en metáfora de algo que no pertenece solo a la Argentina de aquellos años, sino a todos los lugares del mundo, que aún existen y me temo que existirán siempre, en los cuales el hombre continúa y continuará imponiendo con violencia a sus pares sus propias descabelladas ideologías, el propio fanatismo, los propios prejuicios, el propio integralismo político o religioso.

Esto, en el fondo, nos enseñan los trescientos cincuenta centros clandestinos de detención erigidos en la Argentina de aquellos años: treinta años después de Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Mauthausen, la ferocidad y la crueldad del hombre no había, evidentemente, todavía tocado fondo, si los militares golpistas han podido concebir y llevar a cabo, formas de exterminio aún más brutales e inhumanas, como parecen decididamente sugerir los “vuelos de la muerte” mediante los cuales jóvenes atontados con inyecciones de Pentotal eran arrojados vivos en las aguas del Río de la Plata o del Atlántico Sur.

Es de este corazón de tinieblas, del cual la humanidad deberá un día liberarse, que se transforma en definitiva el verdadero hilo conductor de las historias narradas por Nicola Viceconti, del cual el más grande mérito reside justamente en su casi pedagógico empeño en la divulgación de páginas de historia, en las cuales la memoria va absolutamente mantenida viva a las nuevas generaciones, por razones anagráficas a menudo distantes del conocimiento de aquellos hechos y de los horrores consumados en el nombre de una absurda locura colectiva.

La Argentina de esos años respondió muy a menudo con un cínico “por algo será”, a las continuas desapariciones de jóvenes, que por otro lado era imposible fingir ignorarlas, todos sumariamente considerados de algún modo “subversivos”.

Es de alguna manera nuestro inevitable deber moral poner fin a esa innoble indiferencia, y lograr que los jóvenes de este milenio, argentinos y no solo argentinos, conozcan las atrocidades consumadas en esos terribles años, y redescubran los valores, hoy casi perdidos, de la tolerancia, de la libertad, de la justicia social, de la igualdad, de la solidaridad. Valores totalmente indispensables para que ese “corazón de tinieblas” sea definitivamente extirpado.

Es esta, me parece, sustancialmente, la dirección hacia donde se dirige el trabajo de Nicola Viceconti, a quien va toda nuestra gratitud de lectores y de hombres de nuestro tiempo.

*P.M. Francesco Caporale*

---

**Francesco Caporale**, nació en 1951 y entró en la Magistratura en el año 1980. Actualmente es Fiscal Adjunto ante la Fiscalía de Roma, y ha sido el Ministerio Público Fiscal que celebró los tres procesos del Estado Italiano sobre los desaparecidos:

- Proceso contra Suarez Mason, Santiago Omar Riveros, Juan Carlo Gerardi, Omar Hector Maldonado, José Luis Porchetto, Alejandro Puerta y Julio Roberto Rossin todos condenados por la muerte de ocho ítalo-argentinos (sentencia de diciembre 2000);

- Proceso ESMA (sentencia de marzo 2006) a cinco oficiales de la Marina Argentina (Jorge Eduardo Acosta, Alfredo Ignacio Astiz, Antonio Vanek, Hector Antonio Febres y Jorge Raul Vildoza) todos condenados a cadena perpetua por la muerte de tres ítalo-argentinos, Angela Maria Aieta y Giovanni y Susanna Pegoraro.

- Proceso Massera (sentencia de marzo 2011 – no ha lugar a proceder por motivo de la muerte del reo).

Todas las sentencias fueron confirmadas por el Tribunal de Casación.

«Los juicios no son todos iguales. Esos son, o deberían serlos, en el respeto de las formas, de las reglas, en conformidad de las garantías procesales. Sin embargo no lo son, inevitablemente en la carga de las emociones, en la implicación personal, de inmersión total en los acontecimientos que constituyen el "alma", que los juicios, sería tonto negarlo, poseen en distinta medida. Porque diferente es su capacidad de golpear, de una manera directa, no sólo quienes los siguen como espectador común, sino también los que, por motivos profesionales, están llamados a confrontarse. Digo eso porque cuando pienso en el juicio de los desaparecidos no puedo no volver con la mente a las sensaciones que sentí, en mayo de 1998, cuando me vi entregar en mi oficina esas treinta carpetas procesales, acumuladas a lo largo de quince años. (...) Y confieso haber probado inicialmente un sentimiento muy parecido a la angustia al verme cargado de una tarea que enseguida me pareció tan difícil y "dolorosa". Durante por lo menos quince días pasé todo mi tiempo a devorar esas miles y miles de páginas, saliéndome de una manera totalmente diferente de la que me había introducido antes».

*A todos aquellos que luchan por  
desarticular las coartadas que los  
artífices del mal crean para sí mismos.*

“La única manera para evitar que la historia se repita es haciendo justicia. La justicia no es venganza. Es el sano oxígeno que el cuerpo social requiere para no volver a tropezar con las mismas piedras, caer en los mismos errores y cometer las mismas atrocidades”.

*Eduardo Galeano*

"... debemos predicar el compromiso para cooperar en la construcción de una nueva sociedad, en la civilización del amor. Y esa civilización del amor pasa por la defensa de los derechos humanos, por la preferencia por los más pobres, y por la liberación de los oprimidos..."

*Mons. Miguel Esteban Hesayne*

Los personajes y acontecimientos de esta novela  
son fruto de la fantasía y por lo tanto no corresponden  
a personas y/o situaciones reales.

# **Parte I**

*Todo sobre tu madre*

## El encuentro con Livia

*Buenos Aires, sábado 8 de mayo de 2010*

—*¡Avergonzate!* —me gritó en la cara mi mujer Patricia, saliendo de casa. Le hizo eco Horacio, el inquilino del piso de abajo que, desde el hueco de la escalera, comenzó a insultarme en voz alta.

Me quedé solo, desplomado en el suelo, sobre la alfombra del comedor, después de haber intentado detener a mi hijo Manuel. Él también se fue bajando rápidamente las escaleras, junto a todos los demás. Traté de tomarlo de un brazo, pidiendo su ayuda, pero en sus ojos no logré vislumbrar ni siquiera una pizca de compasión.

—*¡Sos una bestia! ¿Cómo pudiste hacer todo esto?*

Pocas palabras, arrojadas con rabia. Luego una expresión de disgusto le frunció el ceño.

Comencé a llorar, las lágrimas irrefrenables bajaban solas y surcaban mi rostro contraído como si la luz del sol de repente me hubiese enceguecido. Me vi reflejado en el espejo del mueble y noté los ojos espantados e hinchados. Los cerré, creyendo así de contener el llanto.

«¡Qué final indigno!», pensé.

Yo que jamás le regalé una lágrima a nadie, ni siquiera de chico, estaba llorando por la humillación sufrida y quizás también por miedo. Sí, ¡por miedo! Fue la primera vez que sentí ese estado de ánimo.

Permanecí inmóvil, mientras en la lejanía el sonido de la sirena de la policía se hizo más agudo. Los autos a duras penas lograron pasar entre la multitud enfurecida.

Habían venido a buscarme y por un momento me sentí aliviado. Cuando los agentes entraron en casa me encontraron todavía en el piso, inmerso en el olor repugnante de la carne asada, mezclada con el de pintura fresca, esparcida por todos lados.

\*\*\*



Pocos días antes, precisamente el martes 4 de mayo, mi hijo Manuel me había informado de la partida de Livia.

La había visto bajar del taxi y traspasar la puerta de entrada del aeropuerto. Sin ser descubierto, la había seguido hasta el Gate número 5, puerta de embarque para los vuelos Alitalia, con destino a Roma.

El hecho de seguirla, de descubrir cuando habría dejado el país, había sido una iniciativa suya. Debe haber intuido el fastidio que sentí al hablar con ella la única vez que nos vio juntos y habrá pensado de ayudarme a calmar la inquietud que me atormentaba desde hacía un tiempo. Por otra parte, ¿cómo podía no darse cuenta de las noches en vela que pasé, encerrado en mi escritorio, buscando una solución? ¿Cómo podía no sufrir las consecuencias de mis continuos cambios de humor y de las violentas peleas en la familia?

La noticia de Manuel debería haberme hecho exultar de alegría, pero no fue así. El entusiasmo por la partida de Livia duró poco. La mordaza de la ansiedad que yo llevaba adentro desde hacía varios días no se aflojó ni siquiera por un instante y el temor de que aquel adiós pudiese coincidir con el preludio de mi ruina comenzó a atormentarme.

El primer encuentro con ella ocurrió el 9 de abril, cuando se presentó en casa. Un par de días antes había recibido una llamada suya, mediante la cual me avisaba que llegaría a Buenos Aires. Su entrada en mi vida fue como un balde de agua fría.

—*Soy Livia, la hija de Nora, Nora López.*

Sentí un escalofrío por la espalda. Dejé el tubo del teléfono algunos segundos esperando haber entendido mal aquel nombre. Cuando traté de responder ella me acosó de nuevo.

—*Conocí a Ricardo Giorgetti. ¡Tenemos que hablar sí o sí! ¡Pasaré por su casa el viernes a la tarde!* — fue categórica y yo accedí.

Actué por instinto. Seguramente no por la preocupación de una denuncia suya, que me vino solo después cuando comencé a conocerla mejor. Le concedí una cita aceptando un desafío, pensando presuntuosamente de liquidarla en poco tiempo. El tono provocador de su llamada telefónica me había irritado y tenía curiosidad de ver si aquella mocosa habría tenido la misma garra mirándome a los ojos.

Pensándolo bien habría podido resolver la cuestión de Livia Tancredi de otro modo. Para uno como yo no habría sido un problema contactar

viejas amistades y convencerla de no volver a pisar la Argentina. Quizás actuando de este modo habría dejado de obsesionarme.

¡Que idiota que fui! Habría bastado un par de llamadas por teléfono a las personas adecuadas para hacerla alejar definitivamente de mi vida, de mi familia y en cambio la hice pasar a mi escritorio, presenté a mi mujer y a mis hijos.

Lamentablemente no tenía alternativa. Desde hace varios años yo no existo más y salir demasiado al descubierto hubiese sido arriesgado.

Sé que a los ojos de alguien podría parecer un viejo flojo, pero no es así. Tomé la decisión de verla porque después de haber transcurrido una vida cumpliendo mi deber pensaba que era un derecho no querer ser molestado y vivir tranquilo.

Sólo ahora me estoy dando cuenta de haberla subestimado y de haber sido un ingenuo al pensar que la podía manejar fácilmente. Frente a su testarudez, la idea de enfrentarla se reveló una elección perdedora.

Ricardo me había hablado del temperamento de la hija de Nora: *“una rebelde que si no se la domestica rápidamente podría crear problemas hasta para los hombres como nosotros”*. Así me había escrito en una de sus últimas cartas. No hice comentarios. Algunos meses después me di cuenta personalmente de su tenacidad.

Tengo que admitir que cuando la noticia del *delito del marquero*, como lo bautizaron los diarios italianos, se difundió también en Buenos Aires, la idea de cruzarme con ella me invadió, pero no le dí demasiada importancia. Después de aquello que había ocurrido con su madre, habría debido imaginar la reacción de aquella chica; en cambio fui superficial al no considerar que un hijo puede ser capaz de todo con tal de descubrir la verdad sobre sus propios padres.

Me equivoqué en considerar poco probable que una joven veinteañera podría aventurarse sola hasta aquí para entrometerse en los recovecos más tortuosos de la historia de este país.

Los investigadores italianos definieron el delito con un encuadre pasional entre dos amantes que se encontraban a menudo en un hotel alojamiento en Spinaceto, una zona periférica de la capital o, como en el último encuentro que tuvieron, en un departamento que les prestó una amiga.

La noticia había provocado un rumor mediático de grandes dimensiones y por varios meses, en todas las revistas especializadas de crónica negra, no se habló de otra cosa. Criminólogos, psiquiatras y expertos del sector participaron en distintas transmisiones televisivas, tratando de dar respuestas científicas a un crimen tan cruel. Entrevistaron

incluso a Dario Argento, el famoso director italiano de películas de terror. La similitud del delito con algunas escenas de una vieja película suya indujo a una periodista a pedirle a él una posible interpretación de algunos símbolos que se encontraron en la escena del delito.

Al principio el caso parecía no interesarme, luego, lentamente, fui arrastrado a las arenas movedizas de un pasado que creía sepultado desde hacía tiempo. Sin quererlo me encontré en el rol del director, más bien del guionista de una película, rápidamente clasificada como pornográfica por la opinión pública, en el cual el actor que interpretaba el rol de la víctima era mi mejor amigo y en el rol de la asesina estaba alguien que conocía desde hace tiempo.

Cuando Livia vino a casa esa tarde yo estaba solo. Mi mujer Patricia había ido a visitar a su hermana a Rosario; con ella también estaban Manuel y Ana, mis dos hijos. Iban a pasar el fin de semana afuera. Sabían que iba a venir a visitarme una chica. Dije que se trataba de una entrevista de trabajo para una contratación en la nueva sede de la agencia inmobiliaria de Barrio Norte. Había mentido para preservarlos de cuestiones que eran completamente más y que ellos no imaginaban en absoluto. Además, pensaba poder concluir el encuentro como máximo en un par de horas y no volver a verla nunca más. Me equivoqué y desde aquel momento estuve obligado a seguir mintiendo.

—*¡Vení, entrá!*

Abrí la puerta y me encontré enfrente una joven bastante delgada con los cabellos claros y crespos por la lluvia. Se presentó diciendo una frase en un español que filtraba la pronunciación italiana.

Al principio no la miré con atención, no tenía ningún interés, estaba muy molesto por su presencia y tenía ganas de que se fuera rápidamente. Sólo después, cuando conversamos sentados uno frente al otro, reconocí los mismos ojos azules de su madre y la piel clara del rostro marcada por pecas esparcidas en las mejillas.

—*Lamento lo que sucedió, imagino que debe haber sido doloroso.*

Livia se puso de pie y me interrumpió. Aquella vez el tono de la voz era más decidido y también su español parecía menos incierto.

—*No vine aquí para sentirme decir estas idioteces. Ya le expliqué por teléfono que no necesito de su compasión, sino de su confesión. ¡Usted sabe cosas que tengo que conocer absolutamente!*

El modo insolente de hablarme, como si fuese el más idiota de sus coetáneos y su mirada desvergonzada, fija en mis ojos, me provocaron un impulso de rabia que logré reprimir a duras penas. Sentí un fuerte deseo de darle una cachetada y arrastrarla afuera de mi casa.

La intrusión de aquella desconocida en mi vida comenzaba a irritarme. Y luego, su voz límpida y sonora me hizo recordar a Nora el día que la fuimos a buscar a la villa miseria. Algunas veces yo también acompañaba a Ricardo a perseguir subversivos.

Tendida en el auto, con la mirada dirigida hacia abajo, usó ese mismo tono «¡Déjenme hijos de puta! ¡No tienen ningún derecho!». Todavía recuerdo aquella frase, después de la cual siguió un silencio. Un puñetazo de Ricardo derecho a la boca del estómago le quitó el aliento haciéndola boquear, como un pez fuera del agua, hasta el Club.

¡Claro que teníamos el derecho! Estábamos autorizados para barrer con todo. Agarrarlos a todos era nuestro deber.

Respiré profundamente, tratando de reunir dentro de mí la suficiente dosis de paciencia, tragué un par de sorbos de whisky y en cierto modo logré dominar el deseo de echarla de casa.

Me pregunté si realmente conocía aspectos privados de mi vida y de la vida de Ricardo, así como había afirmado por teléfono. Por un instante pensé que estaba mintiendo, que me encontraba frente a una chica que enloqueció por las vicisitudes de su madre. Para descubrirlo cambié de actitud, mostrándome más cordial y tratando de complacerla.

—*Chiquita, yo conocí a Giorgetti tantos años atrás. Trabajábamos juntos en una gran empresa de Buenos Aires, luego nos perdimos de vista, no comprendo qué cosa puedo hacer por vos.*

—*¡Deje de fingir Capitán Romero! ¿O prefiere que lo llame El Príncipe?*

Livia sacó una foto del bolsillo y me la mostró, sin sacarme en ningún momento la mirada de encima, lista para registrar cualquier mínima expresión mía.

Era una foto que me retrataba en compañía de algunos colegas de curso en los comienzos de mi honesta carrera. Sonriente, cerca de un blindado, mostraba con orgullo el grado de subteniente sobre el uniforme inmaculado.

Si hasta el momento me resultaba difícil establecer cuán informada estaba Livia acerca de mi pasado, sintiéndome llamar por mi verdadero nombre no tuve más dudas.

Fue un golpe duro. Desde hacía años que había removido la existencia del Capitán Romero y ya nadie se dirigía a mí de ese modo. Mi viejo nombre resonó en una zona de la mente en la cual me había prohibido entrar. Una parte del cerebro donde Livia se entrometió sin mi permiso.

Tendría que haber imaginado el descubrimiento de las cartas de Ricardo. A pesar de que le había dicho varias veces que tuviera cuidado y que cortara en forma terminante con su pasado, él seguía conservándolas en una bolsa que había caído en las manos de Nora. Adentro estaban también algunas fotos, postales, algunos documentos y unas cartas, «las más importantes de nuestra amistad» decía él. La valija, que ya estaba en poder de Livia, constituía una valiosa base de datos de nuestras informaciones. Ni siquiera intenté negar mi verdadera identidad.

—¿Cómo hiciste para saber mi nombre?

—*¡Sé tantas cosas de usted! ¡Ahora quiero conocer el pasado de mi madre, por eso vine a Buenos Aires y usted no puede negarse a ayudarme!*

Aquella tarde tuve que aceptar una serie de citas que Livia marcó escrupulosamente en un cuaderno de apuntes.

En total nos vimos cinco veces, casi siempre en el centro, en una confitería de la calle Corrientes o en los jardines de Plaza San Martín. Regresó a visitarme a casa solamente una vez y fue en aquella ocasión que conoció a mi mujer y a mis hijos.

Livia colocó la fotografía sobre la mesa, instintivamente la recogí y me detuve a mirarla. Me costó reconocerme, los colores estaban desteñidos por el tiempo y yo estaba muy distinto. Sin embargo la imagen, de la cual había perdido memoria, constituía la prueba de quién era realmente. Usó aquella y otras informaciones para hacerse contar todo aquello que yo sabía de Nora López, su madre, la detenida N° 84.

Maldecí a Ricardo y su imprudencia por haberme puesto en una fea situación con resultados que aún hoy no están del todo claros.

Estuve tentado de romper la foto en mil pedazos, pero ella me advirtió que habría sido inútil. Había escaneado el material contenido en la bolsa y había guardado la copia en un lugar seguro.

Me sentí como un león enjaulado y de repente todo lo que tenía alrededor me pareció oscilar. Aquella desconocida estaba poniendo en peligro toda mi vida: mi familia, mi trabajo y sobre todo mi identidad, aquella que había creado, según un plan preestablecido, con todas las precauciones posibles.

Improvisamente sentí un intenso calor envolverme las sienes. Las mandíbulas y los músculos del rostro se contrajeron y de la rabia rechiné los dientes, como un perro feroz al cual le habían invadido el territorio.

Le grité a más no poder que se vaya y que no vuelva a aparecer nunca más; luego, con el dedo apuntado, le advertí de no abusar demasiado de mi paciencia. No sé si se atemorizó por mi reacción, pero seguramente

percibió todo el odio que sentía hacia ella. Y yo percibí todo su desprecio.

Me acerqué y el perfume acerbo de su piel me llegó derecho al cerebro, despertando en mí antiguos sabores. Ella, en cambio, sintió el olor de mi aliento impregnado de whisky y, disgustada, se giró hacia el otro lado para evitarme.

La agarré del cuello, cerré los ojos y lentamente comencé a apretar. Sentía su corazón latir en la palma de la mano y la idea de poder intervenir en su latido, hasta hacerlo detener, me devolvió por un instante una sensación de poder que había olvidado.

Livia no opuso resistencia y permaneció inmóvil, en apnea, con la mirada dirigida hacia el techo. El único movimiento que hizo fue el de los músculos de la faringe para tragar la saliva que le había quedado en la garganta. Pasaron algunos segundos y comenzó a forcejear, sobre el rostro aparecieron los primeros signos violáceos de la asfixia. Su vida estaba en mis manos: un segundo más y habría podido estrangularla. Intentó pronunciar algo, pero de la boca salió un sonido gutural, incomprensible. Sólo entonces solté la presa, dejándola medio desmayada sobre el sillón. Tosió varias veces antes de comenzar a respirar normalmente.

Me levanté para llenar una vez más el vaso de whisky. Ella quedó petrificada, con ambas manos sobre el rostro, como para protegerse del ataque. Aquella vez se asustó de verdad, la vi por el espejo colgado sobre la pared mientras se dejaba ir en un llanto sumiso. Luego volvió a ser la misma que había escuchado por teléfono.

*—Sé que podría matarme, para alguien como usted no sería un problema, pero le advierto que vendrían inmediatamente a buscarlo.*

Me eché a reír y el eco de la risa resonó en toda la habitación.

*—...¿A buscar a quién? ¡El capitán Romero ya no existe desde hace casi treinta años!*

Ironíe para no mostrarme preocupado por su descubrimiento. Sabía de mi pasado, conocía perfectamente a Darío Romero, el tristemente célebre capitán del ejército. Sabía también del Príncipe, el apodo que me habían dado los demás militares. Eran los nombres de mi vieja identidad que había dejado grabados en la leonera del Club, en los sótanos del Olimpo y en las almas de todos los detenidos interrogados.

*—Hay una persona que sabe de nuestro encuentro. Si dentro de un par de horas no recibe una llamada telefónica mía, usted será denunciado inmediatamente.*

*—¡Hija de puta! ¿Qué mierda tenés planeado? ¡Vos no sabes con quién te estás metiendo!*

—*Eché un puñetazo sobre la mesa, haciéndola tambalear. Ella intentó levantarse, pero la obligué a sentarse nuevamente aferrándola del brazo.*

Permanecimos en silencio algunos minutos, uno frente a otro. El único ruido era el de la lluvia que caía incesante sobre los vidrios de la ventana. Parecíamos dos contrincantes antes de un duelo, cada uno concentrado estudiando los movimientos del adversario. Fue entonces que ambos nos dimos cuenta de lo indispensables que éramos el uno para el otro. Al principio me pareció absurdo depender en cierto modo de ella, pero efectivamente era así. Debía reconquistar mi tranquilidad y la de mi familia; sobre todo debía asegurarme poder continuar viviendo con la identidad de Luis Pontini. Para alcanzar el objetivo no me quedaba más que bajar el tono y recurrir a la astucia.

Ella también dependía de mí. Para reconstruir el pasado de su madre no podía renunciar a la única persona que sabía cómo habían sucedido las cosas. Fue así como, con la finalidad de liberarme de ella, decidí utilizar las informaciones que poseía como mercancía de intercambio.

Livia tomó la foto que había dejado sobre la mesa y la miró por enésima vez, luego encendió la lámpara sobre el escritorio para iluminarme mejor el rostro. Aquella fue la primera vez que logré verme bien de cerca, controlar las facciones de mi rostro. Y yo también había envejecido por lo menos treinta años respecto al joven subteniente de la fotografía, notó la diferencia de la nariz, de los pómulos y de las orejas.

—*Un joven oficial con una brillante carrera por delante que improvisamente desaparece de la nada. ¿Qué habrán pensado sus colegas con la noticia de su desaparición?*

Incluso antes de preguntarme por su madre, Livia quiso saber de mi transformación. Afrontar el tema significaba también contármelo a mí mismo por primera vez. La decisión de censurar el pasado había sido una elección drástica que me había impuesto para cerrar definitivamente con la vida anterior. Además me parecía la mejor precaución a adoptar para no arriesgar que me descubrieran.

—*De mi desaparición se habló poco* —le respondí mientras ponía la llave en la cerradura de uno de los dos cajones del escritorio.

—*¿Qué significa?*

—*Significa que en el ambiente militar la noticia fue casi ignorada.*

—*¿Encubierta?*

—*¡No, ignorada! Pensaron en un ajuste de cuentas, en una venganza ejecutada por algún subversivo resucitado o por algún pariente de*

*desaparecidos. Estábamos a finales del '84 y el "caso Romero" se consideró una cosa de poca importancia respecto a aquello que estaba sucediendo en el país. Mis superiores y la mayor parte de los colegas tenían más bien otras cosas en que pensar.*

*—Claro, estaban ocupados en preparar la defensa antes de ser arrastrados a los tribunales respondió ella con una expresión de disgusto impresa en el rostro. Yo evité hablar sobre los procesos, si lo hubiese hecho hubiésemos discutido una vez más.*

Por su respuesta comprendí que era una de aquellas personas presuntuosas sabelotodo que piensan que conocen todo sobre nuestra historia.

*—¡Las cosas sucedieron como te dije! ¡Acá tenés, leé!*

Le mostré un artículo de diario que saqué del cajón, uno de los pocos que la prensa dedicó a lo sucedido.

### “Misteriosa desaparición de un Capitán del Ejército”

Livia leyó rápidamente: era un fragmento a tres columnas recortado de la crónica de Clarín del 30 de noviembre de 1984. Existía la hipótesis de un secuestro por venganza personal realizado por alguien que nunca fue capturado, pero la noticia estaba en segundo plano respecto a las demás sobre la situación general de las fuerzas armadas a un año aproximadamente de la vuelta de la democracia.

Le expliqué a Livia que, para todos los militares, aquel era un período muy delicado, de gran incertidumbre. ¿A quién le podía interesar la desaparición de un miembro del ejército en un contexto similar? No le importaba a nadie un simple capitán, los reflectores estaban apuntando a los grados más altos.

Y después, dos días antes de mi desaparición había sido publicado el libro Nunca Más y en Argentina no se hablaba de otra cosa.

Livia escuchaba con interés. En sus raras interrupciones demostró saber perfectamente a qué cosa me estaba refiriendo. En uno de los encuentros me reveló ella misma de haberse documentado sobre las acciones de la Junta Militar. Conocía también el trabajo desarrollado por la Conadep, la actividad de las Madres, de las Abuelas y de todas aquellas otras asociaciones que no hacen otra cosa que enarbolar la defensa de los derechos humanos.

Para mí, a distancia de años, hablar de los problemas que afectan al ejército era como reabrir las heridas de la derrota política que sufrimos. Una derrota política, no militar. En el plano militar ganamos, haciendo una



limpieza de todos los subversivos, sin haber tenido jamás ningún reconocimiento.

El país ya había cambiado. El trabajo de la Comisión fue entregado en manos de Alfonsín, quién complicó mucho nuestra situación. En veinticuatro horas se vendieron cuarenta mil copias de aquel maldito informe.

¡Cuándo antes un grupo de civiles habrían podido husmear en el accionar de un gobierno militar! Y en cambio la Comisión durante un año examinó los registros de nuestras cárceles, denigrando nuestro enorme trabajo y violando el secreto militar. Escribieron informes, humillando a cada uno de los soldados al servicio de la patria. Incluso recogieron los testimonios de comunistas y de casi todos los subversivos que se habían escapado de las operaciones de saneamiento del país.

—¿Y usted se aprovechó de eso para salir de la escena desapercibido. ¿Fueron así las cosas, verdad?

—Sí, era el momento favorable para hacerlo. ¡O lo hacía o renunciaba para siempre!

Cerré los ojos, apoyé la cabeza sobre el respaldo del sofá y le conté del día de la desaparición, cuando me dirigí al encuentro con Ricardo.

—Decidimos vernos en un espacio adyacente a la autopista hacia el aeropuerto, en proximidad al Riachuelo. Él ya estaba allí esperándome, sentado en el auto y había llevado consigo todo lo necesario para el viaje.

—¿El viaje? ¿Qué viaje?

—Partimos esa misma tarde. Sólo cuando nos encontrábamos a un par de horas de Buenos Aires me informó que nos estábamos dirigiendo a Mendoza.

—¿Por qué a Mendoza?

—Porque allí habría podido completar el plan. Ricardo había pensado en todo y yo confiaba ciegamente él. Mi única obligación era la de llevar el dinero que tendríamos que entregar apenas llegáramos a destino.

—¿Se refiere por casualidad a un maletín lleno de dólares?

La pregunta de Livia me hizo sobresaltar sobre la silla. ¿Cómo podía conocer también este detalle? Rápidamente pasé revista de las cartas entre Ricardo y yo, estaba seguro de no haber leído o escrito una cosa por el estilo. Ella anticipó el esfuerzo de mi memoria:

—Escuché directamente a Ricardo hablar de un maletín lleno de dólares, la única vez que lo crucé en casa. Aquella tarde había bebido y estaba en plan de contar gestas heroicas. Reía groseramente, mientras le revelaba a mi madre del engaño que le había hecho a dos tipos de Mendoza.

Confesé del maletín que nunca fue entregado, pero sin decirle cómo habían sido realmente las cosas.

No se trató de un simple fraude de dinero, sino más bien de dos homicidios que Ricardo realizó personalmente para hacer desaparecer a los únicos testigos que sabían de mi nueva existencia.

El doctor Mario Coromick, cirujano del hospital italiano de Mendoza, murió un par de semanas después de haberme operado. Un auto pirata lo atropelló en una calle cercana a Plaza España.

Juan Molino, llamado El Mago, fue encontrado algunos meses después en su casa con una bala atravesada en el cerebro. Era el número uno en toda la región de Cuyo en falsificación de documentos. El documento de identidad con el falso nombre de Luis Pontini fue su último trabajo.

El cirujano y el falsificador eran los únicos que sabían sobre mi transformación y en el maletín estaban los honorarios que habría tenido que pagar para asegurarme su silencio.

Ricardo decidió hacerme ahorrar aquel dinero y cambió de plan: “¡Es necesario eliminarlos! No te preocupes: será un juego de chicos”, así me dijo saliendo del consultorio del doctor. Planifiqué la ejecución de los delitos que iba a cometer en distintos tiempos y actué solo. Primero eliminé a Coromick; cinco meses después a “El Mago”. Para matar a éste último, debí esperar que estuvieran listos los documentos con las nuevas fotografías, que me retrataban completamente transformado. Fueron necesarios cinco meses para hacerme crecer la barba y los cabellos. Traté de hacerle cambiar de idea, no quería que los matara, hasta ese momento había salido todo bien y temía repercusiones por una acción de ese tipo. Él en cambio estaba convencido que dejarlos vivos habría sido un riesgo demasiado grande y que habrían podido extorsionarme eternamente.

Ricardo me ayudó mucho a realizar el plan que tenía en mente desde hacía un año. Sin él no lo hubiese logrado nunca.

El día de la desaparición preparó la escena del secuestro en los más mínimos detalles. Hizo incluso una denuncia anónima a Clarín declarando que había asistido a la golpiza de un hombre de uniforme cerca de la autopista. Cuando los agentes de la Policía Federal llegaron al lugar, encontraron el auto estacionado con la puerta abierta y signos evidentes de riña. El hallazgo de algunos rastros de sangre en el asiento, un par de casquillos de pistola y el carnet militar dejado bien a la vista en el terreno hicieron suponer un secuestro.

Luego en Mendoza me encontró un alojamiento seguro, donde poder vivir todos aquellos meses protegido de ojos indiscretos y de mi

mismo pasado. Era el tiempo necesario para acostumbrarme a la nueva identidad, antes de regresar a Buenos Aires. Debía estar preparado, no se trataba de pasar un puesto de control con un documento falso. Tenía que acostumbrarme a la idea de vivir realmente en el lugar de otra persona con una nueva vida, un nuevo trabajo y por qué no, con una familia.

Era la hora de la cena y Livia decidió irse. Mientras tanto un viento helado había barrido las nubes alejando la lluvia hacia el sur.

Decidimos encontrarnos en el centro al día siguiente. A pesar de que tenía el número de casa, le dije de contactarme al celular, quería evitar que hablara con alguien de mi familia.

Se levantó del sillón y se dirigió hacia la puerta; yo permanecí sentado con los pensamientos enfrascados en mi historia. Ella dudó un instante al salir, luego me hizo una pregunta que me esperaba.

—¿Por qué lo hizo?

No pronuncié una palabra.

Livia ya se había dado una respuesta, se le leía en los ojos y la dejé irse con su convicción.

No consideraba importante explicar a una joven desconocida cuáles habían sido los verdaderos motivos de mi nueva identidad.

Seguramente me habrá acusado de ser un cobarde por haber evadido las responsabilidades y por no haber afrontado un eventual proceso.

¿Por qué tendría que explicarle que mi elección fue coherente con la ideología que llevaba adentro, por la cual había combatido tantos años? Era una cuestión de fe frente a la patria y al ejército, hasta cuando no fui debilitado de las fuerzas. Hasta cuando el rol del capitán desapareció en la nada y con él la identidad de Darío Romero.

No podía seguir haciendo vivir un fantasma, no habría sido capaz de negociar con la nueva sociedad desordenada que llamaban democracia. Amo el orden y no habría quedado lugar para un militar como yo.

Por esto debía morir como soldado y renacer como hombre. Y así nací por segunda vez con el nombre de Luis Pontini. A diferencia de Ricardo, que su Argentina se la había llevado consigo hasta Italia, yo me la custodié aquí en Buenos Aires. En toda mi vida no dejé nunca esta ciudad, como si hubiese echado el ancla.

El primer encuentro con Livia fue preparatorio para excavar en la vida pasada de su madre. Las cartas de Ricardo le habían dejado imaginar que Nora estaría involucrada en el proceso de recuperación y yo era la prueba viviente de ello.

¿Hasta entonces Livia cómo podía saberlo? Había crecido a oscuras de esto, creyendo durante toda su vida en las mentiras de su madre. A pesar de estar disgustada salió de casa con la cabeza alta, como si el fastidio de verme le hubiese infundido todavía más coraje para seguir adelante.



## Noches insomnes

Hasta aquel día nunca había sufrido de insomnio: para mí dormir significaba apagar el interruptor del cuerpo y de la mente y marcar un límite con la vida diurna. La noche de la visita de Livia en cambio tuve que afrontar los caprichos de mis pensamientos, agitados como el mar en tempestad, y pagar por los nervios que había acumulado en las horas pasadas.

Traté de distraerme en todos los modos posibles, pero no sirvió para nada. La oscuridad y yo nos hicimos compañía entre cigarrillos, café y restos de la cena que habían quedado en la heladera. Sobre todo, tuve que vérmelas con el tiempo, inexplicablemente inmóvil, y volver a considerar la percepción que tenía de su ritmo recalcando los segundos de mi vida.

Aquella noche el tiempo se burló de mí y cada vez que miraba el reloj tenía la impresión que las agujas estuvieran siempre en la misma posición. Me quedé a desafiarlo hasta el amanecer y sólo entonces me dejé en paz y logré cerrar los ojos por un rato.

El día después se ocupó mi mujer de despertarme. No podía ciertamente imaginar que había pasado la noche desvelado, ni mucho menos el motivo de mi trastorno.

Me llamaba desde un locutorio y hablaba con tono emocionado, quería comunicarme una noticia referida a nuestro hijo.

— *¡Manuel y Cecilia se casan! Ya fijaron la fecha.*

Improvisamente puse de lado el mal humor y me dejé invadir por una sensación de placer. Estaba orgulloso de mi hijo y la noticia del casamiento no hizo más que aumentar la admiración hacia él. Habría querido decir algo más, pero por teléfono logré solamente componer pocas palabras:

— *Estoy orgulloso de él. ¡Que Dios lo bendiga!*

Pronuncié aquella frase con un nudo en la garganta debido a la emoción.

— *Te va a llamar mañana por la noche, le había prometido no decirte, pero no pude, quería compartir inmediatamente con vos esta alegría.*

— *No te preocupes haré de cuenta que no lo sé.*

— *Ah, me olvidaba, uno de estos fines de semana tendríamos que invitar a los padres de Cecilia, quiero dar una linda impresión.*

Patricia estaba feliz. El deseo tan esperado de acompañar a Manuel al altar se estaba realizando y para alguien como ella, que había invertido tanto en sus propios hijos, aquel casamiento representaba una meta importante y un motivo de orgullo.

Si bien mi mujer y yo nunca habíamos conocido a nuestros consuegros, sabíamos a ciencia cierta que ellos también eran favorables a este noviazgo. Manuel en poco tiempo había logrado conquistarlos. Con la noticia del casamiento había llegado el momento de conocerlos.

*—Invitaremos también al tío de Cecilia, al monseñor. Manuel me dijo que celebrará él la ceremonia.*

Terminé la conversación y permanecí en la cama un poco más antes de levantarme; volví a pensar en la última frase de mi mujer y en las coincidencias de la vida. No habría podido imaginar nunca en encontrarme cenando con el monseñor Carlos Ferrero después de tantos años. Lo había conocido en tiempos del proceso de reorganización y nos caímos bien inmediatamente. Era el año 1976, el comando había organizado una cena y entre los invitados estaba también monseñor. En realidad no era el único representante de la Iglesia, otros curas participaban de nuestras ceremonias y tenían relación permanente con el ejército.

Estaba sentado en su misma mesa, junto a otros oficiales, y comentábamos la situación del país. Me bastó poco para hacerme una idea de él y entender cuán determinado era en su constante compromiso como portador de sanos valores cristianos. Decía que era necesario tener firmeza frente a quienes querían desestabilizar la moral cristiana en Argentina y que, en aquella delicada tarea, nosotros, militares, estábamos investidos de un rol crucial.

Monseñor Ferrero era un cura carismático. Aquella noche nos pronunció palabras de elogio; mis colegas y yo nos sentimos gratificados como si hubiesen sido expresadas directamente por nuestro comandante. Algunos meses después sentí hablar otra vez de él como el padre que sabía reconfortar a los militares, siempre listo para tranquilizarlos, para exhortarlos a seguir adelante sin detenerse, por el bien de la patria y por la voluntad del Señor. Palabras sacrosantas aquellas del monseñor Ferrero, que no todos los sacerdotes fueron capaces de pronunciar.

El encuentro con los señores Ferrero, además de representar un momento importante para los dos jóvenes, me habría ofrecido la oportunidad a mí y a Patricia de extender el círculo de nuestros conocidos encumbrados. El padre de Cecilia era un importante funcionario de la Oficina de representación de la Santa Sede; la madre en cambio enseñaba en un instituto religioso entre los más prestigiosos de Buenos Aires. Toda la familia se jactaba de amistades entre las más altas esferas de la Iglesia.

El tío de Cecilia era sólo un ejemplo de mis viejos conocidos; en los últimos dos años me había sucedido encontrarme cara a cara incluso

con algunos de mis ex colegas. Se trató de encuentros casuales en los cuales, gracias a la máscara de mi segunda identidad, tuve la oportunidad de mirarlos de cerca o escucharlos hablar sin que nunca me reconozcan.

Algunos de ellos han muerto, otros han preferido irse, pero la mayor parte se quedó tratando de luchar todos estos años para hacer valer sus propias razones. Quizás ésta es la cosa más humillante: defenderse de las acusaciones infamantes de quienes, poco antes, estaban en la plaza incitándonos cuando convencimos a Isabelita de ponerse a un lado o cuando reconquistamos Las Malvinas, sacándoselas a los ingleses.

Una vez encontré a Pérez, el Teniente Coronel. Qué extraño efecto me causó verlo solo, en el fondo del salón de la confitería Richmond. Lo reconocí cuando pidió la cuenta al camarero: su modo inconfundible de pedir las cosas me despertó los recuerdos más apartados de la mente. A Pérez no se lo podía desobedecer, lo sabía bien yo y todos aquellos que como yo habían tenido el honor de trabajar a su lado.

Había adelgazado, había perdido casi todos los cabellos y su postura, ligeramente encorvada sobre sí mismo, lo hacía más viejo de su edad real.

Me detuve a reflexionar sobre el hecho que ninguna de las numerosas personas presentes en aquel momento podía imaginar que aquel señor, sentado aislado leyendo el diario, hubiese sido uno de los oficiales más importantes del ejército argentino. Sentí una gran pena por él.

Lo miré fijo insistentemente sin ninguna cautela, sabía que nunca habría podido reconocerme. La barba larga, los cabellos grises y el cambio de los rasgos personales me protegían. Fue él en primer lugar a quitar la mirada: se le leía en la cara el temor que alguien, a distancia de años, pudiese reconocerlo y acusarlo. Se levantó de golpe, puso un puñado de pesos sobre la mesa y salió afuera del lugar buscando refugio entre la muchedumbre de la calle Florida.

Dos años atrás, en cambio, detenido en un semáforo sobre Rivadavia reconocí al teniente Gregorio en un cartel. Una inscripción con pintura roja, colocada transversalmente, lo marcaba como Represor. La asociación de los parientes de los desaparecidos lo había reconocido y desde aquel momento le estaban haciendo la vida imposible.

Conocía bien al teniente Juan Gregorio. Trabajaba en la retaguardia del aparato y casi no había participado a las sesiones de tortura de los subversivos. Aquel cartel era otro duro golpe al ejército, la enésima infamia sobre el trabajo que habíamos desarrollado.



El semáforo pasó al verde y un coro de bocinas detrás me indujeron a volver a partir. Miré una vez más a Juan y como si estuviese allí en carne y hueso delante le guiñé un ojo deseándole suerte. Poco después me di cuenta que todo el Barrio Flores estaba tapizado de carteles con su cara. Por un instante imaginé encontrarme en su lugar, sumergido por el fango de la hipocresía, sin ninguna perspectiva de una vida digna.

Regresé a casa agradeciendo a Dios por haberme dado el coraje de hacer aquello que hice y expulsé de mi mente aquel feo pensamiento.

\*\*\*

Me levanté de la cama, abrí las ventanas que daban al patio común; el olor del tuco que había preparado la señora Rosa, nuestra vecina de enfrente, invadió prepotentemente toda la casa. Habitualmente me agradaban los perfumes de su cocina mediterránea, pero aquella vez tenía el estómago cerrado y la boca empastada por demasiados cigarrillos fumados durante la noche y así manifesté una sensación de náusea. Tomé un café amargo y me metí en la ducha, esperando recuperarme de la noche insomne.

A las tres debía encontrarme de nuevo con Livia, nos teníamos que ver en la confitería Boulevard de Avenida Corrientes. Faltaban un par de horas y la ansiedad se apoderó nuevamente de mí. Comencé a dar vueltas por la casa sin saber qué hacer, con una extraña sensación de impotencia; me sentía sin energía para realizar cualquier tipo de acción, hasta incluso para pensar.

Fui al escritorio y con un gesto automático encendí la computadora para controlar el correo. Tenía la esperanza que ocupándome de cuestiones de trabajo me habría distraído un poco. Eché una rápida mirada: estaban los mails de siempre sobre las cotizaciones del mercado edilicio, algunas comunicaciones de mi secretaria y un mensaje muy dulce de mi hija que me había enviado un par de semanas atrás desde Salta. Lo había dejado en la bandeja de entrada para releerlo cada tanto.

Estaba por cerrarla, cuando un sonido de la computadora me avisó la llegada de un nuevo mensaje. En la lista apareció el nombre de un remitente hasta el momento desconocido: mariposa2010. El mail no tenía asunto.

¿Qué podía ser? ¿Un error o un mensaje que contenía un virus, uno de aquellos que es mejor no abrir para no dañar la computadora? Lo borré automáticamente, sin leerlo. Era el consejo que me había dado Manuel. Él era el experto informático de casa y seguía sus indicaciones sin dudar.

Con un clic del mouse lo eliminé. Pero la cosa no pareció resolverse tan fácilmente, no hice a tiempo a desconectarme que un segundo mensaje del mismo remitente apareció en el correo. Después de algunos instantes llegó el tercero.

No los borré: me quedé mirando fijo la pantalla, tratando de encontrar un nexo entre aquel ridículo nombre y yo. Era justamente aquel nombre casi adolescente que hacía ridícula la situación; sin embargo no lograba liquidarla como tal, un extraño presentimiento me hacía pensar que aquellos mails estaban dirigidos a mí.

Uno, dos, tres mensajes en unos pocos segundos, algo comenzó a menoscabar mi autocontrol, sin darme cuenta de cuán atormentado estaba mi razonamiento en aquel momento.

El sonido imprevisto del teléfono me interrumpió cualquier posibilidad de reacción, como si me hubiese despertado de un sueño hipnótico apagué la computadora y fui a responder. Era de nuevo mi mujer que me comunicaba el horario de llegada a la terminal de Retiro.

Me dirigí a la confitería, con bastante anticipación con respecto al horario acordado con Livia. Había poca gente, escogí una mesa cerca de la vidriera que daba a la calle y pedí un cortado, de allí habría podido controlar mejor su llegada.

Transcurrieron algunos minutos y la vi del otro lado de la calle. Estaba envuelta en un abrigo negro con el cuello de piel que tenía levantado con una mano para protegerse del frío. Aquella vez no estaba sola, había un joven acompañándola. Los seguí con la mirada mientras cruzaban, no se dieron cuenta de mi presencia atrás del vidrio, el reflejo del sol no se lo permitía.

Las preguntas comenzaron a revolotear en la mente como hojas al viento. ¿Quién era aquel joven? ¿Y por qué Livia lo había traído con ella?

Decidí irme, pero no llegué a tiempo a levantarme de la silla que me los encontré frente a mí.

—Él es Oscar, un amigo mío.

—¿Qué juego es éste? No era así el acuerdo, nos teníamos que haber encontrado solos. ¡Echalo!

—¡No! Él se queda conmigo. *Quédese tranquilo vino sólo a acompañarme.*

Ambos levantamos el tono de la voz olvidándonos por un segundo que estábamos en un lugar público. Livia me había echado en cara su mejor arma de defensa, el ancla de salvación en el caso de que hubiese perdido los estribos, como ya había sucedido la noche anterior. Oscar era la más astuta de sus advertencias.

Cuando lo vi, di por descontado que también él sabía de mi historia, y esto me hizo sentir todavía más presionado por el asedio de la extorsión.

La situación se me estaba escapando de las manos y el precio a pagar por haber aceptado hablar con ella estaba creciendo a cada hora. Habría querido agarrarlos de los pelos y golpear sus cabezas sobre la mesa hasta romperlas.

Miré alrededor, tenía los ojos de los presentes apuntándome como reflectores, mientras el hombre de la caja ya estaba listo con el tubo del teléfono en la mano. Si hubiese continuado se habría desencadenando un gran lío y yo habría terminado mal.

La alternativa a todo esto era irme. Me levanté de repente, hice un par de pasos en dirección a la puerta pero Livia me tomó de un brazo tratando de detenerme. La evité con un movimiento brusco haciéndola golpear contra una silla. Su amigo en cambio se hizo a un lado. Quizás le bastó mirarme los ojos ensangrentados de odio para entender que la idea de enfrentarme físicamente no habría sido una buena idea. Intentó en cambio con las palabras, descaradamente, usando un tono irónico que sonaba a provocación.

—*¿Qué te pasa boludo? ¡Mirá, ella sólo quiere hablar de su mamá!*

Volví atrás y lo tomé del cuello del abrigo, aferrándolo en la mordaza de mis potentes manos.

—*¿Y vos quién mierda sos para hablarme así?*

Él trató de liberarse y comenzamos a tironear.

—*¡Dejalo! ¡No te atrevas a tocarlo!*

Livia se me arrojó encima. Detrás de ella intervino el camarero que había asistido a la escena. En la riña volaron las cosas de la mesa y perdí el celular, me dí cuenta después, en casa.

Me fui dando un portazo, dejando atrás el murmullo de los presentes y la voz de Livia que me llamaba. Necesitaba descargar la tensión y caminé al menos tres cuadras. Por primera vez la idea de una solución distinta a toda aquella historia se me cruzó por la cabeza.

La conciencia que el tipo que acompañaba a Livia fuese argentino y no italiano, como creía, me instigó por un segundo a volver a ser quien era. Sentirme dirigir la palabra en perfecto porteño fue como recibir otro golpe bajo. El anonimato que había logrado garantizarme por años estaba improvisamente expuesto a un peligro mayor: otra persona se había entrometido en mi vida y conocía no sólo mi secreto, sino también acerca de mi nuevo aspecto.

Livia se estaba volviendo una pesadilla y había llegado el momento de hacerle entender quién era yo realmente sin necesidad de ensuciarme las manos, justamente como habría hecho El Príncipe.

No la soportaba más a ella y a su trabajo de investigación, en el cual había decidido involucrarme a toda costa.

Rápidamente tomé un taxi.

—*A La Boca por favor, Plazoleta de los Suspiros.*

Tardamos poco en llegar; bajé en la plazoleta delante del viejo puerto y me detuve a mirar aquel que tiempo atrás había sido el barrio de los genoveses, los primeros emigrantes italianos. Un sol tibio acentuaba los

colores pasteles de las chapas de los ex conventillos, un poco más allá, a comienzo de Caminito dos jóvenes bailarines de tango se exhibían sobre una plataforma elevada. Alrededor, algunos turistas los estaban inmortalizando con sus máquinas fotográficas.

Entré al negocio de souvenir que estaba a la derecha de la plazoleta; una serie de campanitas colgadas en la puerta anunciaron mi ingreso. En la caja estaba una mujer de unos cuarenta años, tenía el cabello rubio, por las facciones de la cara debía ser del norte de Europa.

Me acerqué y pronuncié en voz baja un nombre que no repetía desde hacía más de treinta años.

—*¿Discúlpeme aquí trabaja el señor Carrillo?*

—*Sí, soy su mujer; ¿usted quién es?*

—*Soy Lu..., soy un viejo amigo suyo.*

—*Daniel salió, pero en un rato debería volver, puede acomodarse si quiere.*

—*No nos vemos desde hace varios años y quería hacerle una sorpresa, lo esperaré en el bar en la callecita de enfrente.*

Tenía sed y pedí una Quilmes, bebí el primer vaso de un sorbo. En aquel lapso de tiempo mi mente se puso en movimiento como un proyector y las diapositivas de la memoria comenzaron a pasar. Pensé en el poder que teníamos, en el trabajo realizado en los centros de detención, pensé en Ricardo y en los demás militares del grupo. Carrillo en aquel tiempo era un joven sargento, quizás el más chico de la compañía, aunque físicamente era mastodóntico.

Tenía el apodo “Bulldozer” porque, cuando íbamos a buscar a los subversivos directamente a sus casas, se ocupaba él de derribar la puerta. Era suficiente un espaldarazo y la suerte estaba echada.

Era un buen chico y en él se podía confiar. Cumplía las órdenes sin discutir, por esto había venido a buscarlo, para asignarle el último encargo. Sabía que trabajaba en el negocio de souvenir, una vez acompañé a mi mujer a recorrer La Boca y lo reconocí mientras hablaba con algunos clientes.

Las imágenes de los recuerdos se interrumpieron de repente cuando lo vi entrar al bar. Había venido a descubrir quién era “su viejo amigo”. Miró a su alrededor buscando una cara familiar, luego terminado el breve reconocimiento, se fue. Estaba visiblemente disgustado y una vez que salió del local se dio vuelta varias veces para ver se alguien lo estaba siguiendo. En su lugar yo también me habría alarmado, en este país todavía hoy los militares se sienten perseguidos.

Lo seguí y cuando nos encontramos en un tramo aislado del pasaje tomé coraje y pronuncié su nombre. Aquella fue la primera vez que me quité la máscara para hacerme reconocer por alguien. Sentí cierta incomodidad al hacerlo y un extraño temblor me afectó las piernas. Había empleado tantos años en acostumbrarme a mi nueva identidad, sin confundirme nunca con la persona que era antes. Con Daniel estaba evocando el pasado.

—*¡Sargento Carrillo!*

No hice tiempo a llamarlo que me lo encontré encima hecho una furia. Me inmovilizó aferrándose del cuello.

—*¡Ahora decime por qué me seguís, hijo de puta!*

No había calculado el riesgo de dirigirme a él en aquel modo. Buenos Aires está llena de personas que andan buscando militares para etiquetarlos como represores y algunos se defienden solos. Daniel Carrillo era uno de ellos.

—*¡Sargento cálmese! ¡Es una orden!*

En sus ojos vi todo su estupor. Sólo entonces me di cuenta que me había reconocido, o por lo menos había reconocido mi voz.

Soltó la presa, hizo un paso atrás y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo en posición erecta. Verlo así en posición firme me hizo sentir el capitán que también él recordaba.

—*¡Sí, soy yo, Romero. Tranquilo chico, te explicaré todo.*

Me dirigí a él, usando el mismo apodo de cuando formaba parte de mi brigada; luego le conté velozmente lo que había pasado y el motivo de mi elección. Pero rápidamente me di cuenta que hablábamos dos idiomas distintos. Me contó de su carrera de suboficial transcurrida detrás de un escritorio y de Gretel, el gran amor de su vida.

—*...y nosotros que creíamos que lo habían secuestrado. ¿Por qué se escondió todos estos años?*

—*¿Escondido? ...¿y de quién? No me escondí, decidí quedarme con otra identidad para no vivir como un derrotado.*

—*¿Por qué dice esto Capitán? ¡Nosotros derrotamos al terrorismo, no se lo olvide! Y también cuando dejamos el gobierno, fuimos influyentes en las decisiones importantes. Alfonsín complació muchos de nuestros requerimientos, no había motivo de retomar las armas.*

—*Dijiste bien Carrillo, ¡los han “complacido”!*

Sólo un obtuso como él no podía admitir que la falta de respeto a los altos oficiales había deteriorado el prestigio de todo el ejército. La garantía de la inmunidad concedida por Alfonsín era solo uno de los aspectos, para mí el punto crucial en cambio era la reputación del Ejército. Ésta se había perdido para siempre.

*—Sé perfectamente como fueron las cosas, me quedé siempre en Argentina. Cuando el Congreso, a fines del '86, aprobó aquella ley todos largaron un suspiro de alivio, pero yo te estoy hablando del ejército de otros tiempos, aquel que todos respetábamos.*

*—El Ejército que usted conocía, Señor Capitán, con el cual se identificó por tantos años, ya no existe. Los militares que todavía hoy continúan creyendo en los ideales de la Junta están más aislados que los desaparecidos.*

La frase de Daniel me llegó directa al estómago, como una puñalada de hierro. Para él era uno de ellos.

Me encendí un cigarrillo y seguimos caminando hasta el negocio. Allí me di cuenta que la conversación había acabado y que no era el caso de arriesgar ninguna propuesta, porque igual no habría aceptado. Bulldozer había apagado los motores y no volvería a arrancar ni siquiera por los veinte mil pesos que había pensado ofrecerle a cambio de un trabajito rápido y limpio.

Me fui, derrotado una vez más, mientras ya eran tres las personas que conocían mi secreto.

## En la escena del delito

Por causas distintas Livia y yo no podíamos permitirnos perder más tiempo. Ella había llegado a Buenos Aires hacía una semana aproximadamente y todavía no había descubierto nada de su madre, yo, por mi parte, tenía apuro en contarle todo aquello que sabía, esperando satisfacer sus requerimientos y liberarme definitivamente. Había también otro problema que me afligía, mi familia estaba volviendo de Rosario y me preocupaba cómo manejar nuestros encuentros.

La mañana del 11 de abril se presentó sola a la cita en Plaza San Martín. Había entendido que no era una buena idea traerse a su amigo Oscar. No me di cuenta de su llegada, me la encontré sentada en el banco lista para retomar la conversación que habíamos interrumpido. Me saludó a regañadientes, sacó de la cartera el celular que había perdido en la confitería y me lo colocó en el bolsillo del abrigo.

—*Puede quedarse tranquilo, estuvo apagado toda la noche.*

No dije nada, aunque largué un suspiro de alivio: si hubiese contestado a la llamada telefónica de mi mujer me hubiese puesto en aprietos.

Comenzamos a caminar, a pocos metros de nosotros el tráfico de automóviles fluía impetuoso, eran casi las once y Buenos Aires, frenética y desordenada como siempre, estaba ya de pie para enfrentar otro día.

A pesar de que teníamos tantas cosas que contar, entre nosotros cayó un inexplicable silencio: ninguno de los dos se decidía a comenzar. Luego improvisamente fue ella quien rompió el hielo.

—*¿Por qué la secuestraron?*

El modo directo con que Livia había formulado la pregunta me transportó inmediatamente a treinta años atrás. Tenía el mismo tono lamentoso de aquellas mujeres locas que entraban en las comisarías a cualquier hora del día y de la noche para denunciar la desaparición de sus hijos subversivos. ¡Eran unas estúpidas irresponsables! Si hubiesen empleado bien su tiempo en educarlos en los sanos valores cristianos y de mantenerse lejos de las ridículas ideas sobre la revolución hubiese sido un bien para toda la Argentina.

Livia me preguntó por su madre como si estuviese todavía encerrada en una celda. Yo acepté interpretar el rol y vestir el uniforme: sólo así habría podido hablar sin pelos en la lengua y sobre todo, sin sentirme indagado o incluso en el deber de justificarme por aquello que había hecho.



Al mismo tiempo tuve la confirmación que Livia, a parte de las informaciones que había descubierto, hurgando en las cartas de Ricardo, no imaginaba quién era realmente su madre a finales de los años setenta.

¿Por otra parte quién habría podido revelárselo? En Italia nadie lo sabía, así me había escrito Ricardo poco antes de ser asesinado.

En realidad, Nora no existía más ni siquiera en Argentina; salvo su madre que se había desvivido buscándola en el primer período de detención, su familia de origen la había abandonado desde los tiempos del secuestro. La confirmación de su total aislamiento me la dio justamente Livia cuando, hablando de su propia familia, demostró no saber de la existencia de Marcela, la hermana de Nora. Como en el pasado, entre las dos hermanas no había ninguna relación, sólo un sentimiento de odio visceral, aquel que pertenece a la misma sangre y que difícilmente se logra extirpar. Tenían caracteres distintos y una excesiva rivalidad política que, a menudo, terminaba en violentos choques, sin exclusión de golpes de ambas partes. Recuerdo la primera vez que fuimos a la casa de Nora para secuestrarla, fue justamente su hermana quien nos reveló con quién estaba y dónde habríamos podido encontrarla. Incluso nos entregó la agenda de bolsillo con las direcciones de sus amigos, pidiéndonos de sacarla de la mierda en donde se había metido. Ricardo leyó aquel nombre en voz alta durante un interrogatorio.

Yo era el único que podía hablar con Livia y estaba listo para hacerlo, aunque no sabía por dónde comenzar. Habría podido enumerarle miles de motivos acerca de por qué su madre y la gente como ella merecían la prisión, pero me surgió una duda. Estaba indeciso si ir al grano inmediatamente con su historia o si introducir en algún modo el problema político, que nosotros los militares habíamos sido llamados a resolver. ¿Cómo podía explicarle a Livia que habíamos capturado a su madre porque era una terrorista? No me habría creído y yo no disponía más de las herramientas de antes para hacérselo entender por la fuerza.

Entonces pensé que habría sido más fructuoso hablarle con los datos en la mano: sabía todo sobre las organizaciones terroristas presentes en el territorio en aquellos años. Los nombres, los roles y las funciones de los personajes clave de cada grupo político, sindicato u organización estudiantil.

*—Teníamos la tarea de contrarrestar el terrorismo para salvar a Argentina y devolver la seguridad a las ciudades de todo el país. La situación era insostenible, los grupos subversivos aparecían como hongos y nosotros debíamos intervenir sí o sí.*

—*Le pregunté por qué la secuestraron.*

Me interrumpió y repitió la pregunta como si no hubiese escuchado ni siquiera una palabra de lo que había dicho recientemente.

—*¿Porque era una montonera! ¿Sabés vos quiénes eran los mon-toneros? Eran asesinos peligrosos que no se limitaban a repartir volantes o a las inscripciones en las paredes. Ponían bombas, secuestraban personas para pedir rescate y...*

—*¿Cuándo se la llevaron?*

Livia seguía interrumpiéndome con otras preguntas.

—*A finales del '76, me habían asignado hacía poco al mando de un grupo operativo del Club Atlético, uno de los centros de detención más grandes de la capital que manejábamos junto a Policía Federal.*

—*¿Sé bien qué es el Club Atlético! ¿Ricardo Giorgetti formaba parte de su brigada?*

—*Sí, era sargento aunque a él no le importaban los grados.*

—*¿Qué significa?*

—*Nada, no es importante.*

—*Todo es importante, necesito conocer también los mínimos detalles de esta historia. Sólo así puedo ayudar a mi madre.*

Ayudar a su madre. Aquella fue la primera vez que me reveló el verdadero motivo de su presencia en Buenos Aires. Tuve la confirmación cuando ella misma comenzó a contarme de las condiciones físicas de Nora.

La utilidad de mis informaciones estaba tomando forma: me tranquilicé y me convencí que si hubiese hablado me habría asegurado la incolumidad. Si hubiera accedido a todos sus pedidos no habría tenido motivo para denunciarme y me habría pagado con su propio silencio.

Inconscientemente acepté ocupar el rol del testigo de una realidad que ella, como una periodista obstinada, había venido a descifrar.

—*Ricardo siempre actuó a su manera, independientemente de los grados que ocupaba. Él era uno que sabía conquistarse el aprecio de los superiores. Por un período se convirtió incluso en el hombre de confianza del Teniente Coronel y a él se le reservaban privilegios que otros no tenían.*

Una expresión de asombro apareció en el rostro de Livia, como si le estuviese hablando de otra persona. Tenía sus razones. Efectivamente el Ricardo que estaba describiendo era aquel que conocía sólo yo, el joven Sargento carismático, buen mozo, determinado, capaz de hacer cualquier cosa. Ella no podía verlo con mis mismos ojos, lo había conocido en una situación completamente distinta, sin el uniforme, gordo, con treinta años más a cuestas, en pleno de su ridícula actividad de marqués. ¡Livia no podía imaginar que soldado valiente había sido en el pasado!

Incluso la prensa lo había descripto como un señor tranquilo que desde Argentina había llegado a Italia para formar una familia y dedicarse a su trabajo. Quién lo conocía en el barrio donde vivía lo consideraba un padre ejemplar, un honesto trabajador. El marquero de Via La Spezia dejaba una mujer y una hija de 16 años. Cuando lo encontraron muerto, a pesar de estar involucrado en una relación extramatrimonial, todos se pusieron de su parte condenando a Nora, la asesina. Hasta lo último Ricardo había sido capaz de mantener a salvo su imagen.

—¿Fue él quien secuestró a mi madre?

Tardé un poco en responder, el tiempo de recapitular los recuerdos de aquella tarde en la Villa 31.

—*Estaba yo también, aquella vez salimos juntos.*

Livia abrió grandes los ojos azules y una mirada helada me golpeó la cara como un latigazo. Hubo una pausa de silencio, luego continué recordando.

—*Junto a tu madre nos llevamos a otros tres, todos montoneros. En las villas miserias proliferaban como ratas, acaparándose la complicidad de los más pobres.*

—*Mi madre no vivía en una villa miseria, su familia era de Quilmes.*

—*No dije que vivía en la villa, pero iba allí todos los días. Los servicios de inteligencia nos informaban detalladamente acerca de los terroristas y de sus movimientos.*

—*¡Mi madre no era una terrorista!*

—*¿Y quienes eran los terroristas? ¡Qué sabés vos de cómo se vivía en Argentina en aquellos años y cuántas bombas tiraron aquellos canallas! Para nosotros eran todos terroristas, incluso los sostenedores, como aquel cura comunista amigo de tu madre que alentaba la revolución con todos esos sermones de mierda!*

—*¿Un cura? ¿Qué cura?*

—*Irrumpimos en un galpón en la parte posterior de la iglesia. Tu madre y Don Pedro, con el pretexto de enseñar a leer y escribir a los niños, inculcaban ideas subversivas. ¿Entendiste ahora porque nos la llevamos?*

—*¡Vergonzoso!* —comentó Livia mirando al piso— *pero está claro, aquellos eran los curas incómodos, contrarios a vuestra doctrina, que había que ajusticiar rápidamente porque envenenaban la mente de los jóvenes.*

—*¡Era justamente así, había curas y curas! Nosotros perseguíamos también a aquellos que olvidaban demasiado fácilmente su deber.*

—¿Su deber? ... ¿y cuál era si no aquel de ayudar a los pobres?

—¡Salvar al cristianismo de los peligros del comunismo, y no ir a multiplicar las filas de los guerrilleros!

Me detuve y la tomé de un brazo: quería que me prestara más atención cuando le explicaba la verdad sobre la historia que había venido a indagar.

—¡No me toque!

Livia levantó la voz haciendo dar vuelta a una señora que se encontraba cerca. Sentí cierta incomodidad, quién sabe que habrá pensado aquella mujer al asistir a la escena. Habrá creído que era su padre o un viejo mujeriego con una debilidad por las mujeres jóvenes. La paradoja era que me encontraba delante de una subversiva al igual que lo era su madre.

Incluso aquella vez Livia demostró que se había documentado: conocía nuestros centros de detención y, en un par de ocasiones, hizo referencias a hechos que realmente habían sucedido. La frase sobre los curas incómodos que me había gritado en la cara con tono sarcástico era aquella que los miembros de una patota de los federales escribieron sobre las paredes de la iglesia de San Patricio, la noche que lograron finalmente hacer callar las voces de los Palotinos. ¿No habíamos acaso impedido un peligro para el Estado, quitando para siempre la posibilidad de hablar a aquellos cinco criminales? ¡Debajo de los hábitos estaban vestidos como terroristas! Ellos también, como Don Pedro y otros curas, estaban comprometidos en hacer política en las villas miseria.

Dejamos la plaza y seguimos caminando por la calle Florida en dirección a Galerías Pacífico. Era casi la hora de almorzar y fuimos acogidos por el olor del asado, preparado en los restaurantes de menú fijo para los turistas del centro. La música ensordecedora que salía de los negocios se confundía con las notas de un tango que un cantante callejero interpretaba en compañía de un joven bandoneonista.

Livia caminó más despacio para dejar algunos pesos en el sombrero de las propinas; yo proseguí hasta el kiosco, en el cruce con Viamonte. Estaba irritado con mí mismo por la ingenuidad demostrada en el hecho de pensar que podía hablar con ella de ciertos temas. Me di cuenta que mis opiniones no eran importantes y que cada confrontación con ella era inútil. Entonces volví a hablar de Nora y Ricardo, con una pregunta a quemarropa.

—¿Quién se dio cuenta del delito?

Ella me miró con aire sorprendido. Quería saber como había sido asesinado Ricardo, de que modo Nora lo había torturado una noche entera antes de clavarle un cuchillo en medio del corazón. Los diarios habían

brindado versiones contrapuestas sobre la dinámica del homicidio, y sobre quién descubrió el cadáver. Y también los signos grabados sobre el tórax de él, las palabras inconexas de Nora cuando se la llevaron eran todas cosas que ella podía explicar.

Estaba listo para recibir otra de sus malas respuestas, en cambio extrañamente Livia cambió el tono de la voz, abandonando la expresión tensa que la acompañaba desde el primer día.

—*¡Yo!* —respondió de repente, traicionando una cierta conmoción detrás de los ojos brillosos.

—*¿Y Valeria Bianchi? En un artículo la habían nombrado.*

—*Imposible, Valeria aquel día no estaba en Roma, me había llamado para que vaya a controlar.*

—*¿Controlar qué cosa?*

—*La casa de la playa. Después de haber intentado en vano localizar a mi madre en el celular me pidió que vaya a ver si había sucedido algo.*

—*¿Sabías que se veía con Ricardo?*

—*No, sabía que se habían separado. Por eso Valeria dudó en pedírmelo, no quería que descubriera que habían vuelto a encontrarse. No estaba de acuerdo sobre la relación entre ellos, él no me gustaba en absoluto; mi madre, desde cuando se habían conocido, ya no era la misma.*

Continuamos con nuestra conversación en una confitería cercana. Livia me contó sobre la aparición de Ricardo en la vida de su madre y de cómo, desde aquel momento, se alteró todo el equilibrio. Hablaba de modo agitado y estaba nerviosa, me di cuenta cuando sirvió el té en la taza: noté el temblor de su mano mientras volcaba un poco sobre la mesa.

—*¡Qué estúpida que soy! Todavía me obstino en creer que Ricardo Giorgetti era alguien nuevo en su vida.*

Aquel detalle se les había escapado a todos, incluso a los investigadores y ahora éramos sólo nosotros dos que lo sabíamos. Ni siquiera Valeria, la mejor amiga de Nora, había entendido que el encuentro entre los dos amantes argentinos no era en absoluto casual: se habían reencontrado después de más de treinta años.

Livia cambió bruscamente de tema y volvió a hablar de su visita a la casa de Ostia. Se le leía en la cara que todavía estaba exhausta por aquello que había visto en el departamento de Valeria. El tiempo transcurrido no había sido suficiente para cicatrizar el trauma sufrido y ahora estaba por recibir otro, fruto de la indescriptible verdad que, gracias a mí, estaba reconstruyendo lentamente como las piezas de un mosaico.

La conversación fue interrumpida por la llamada a su celular. Respondió girándose y dándome la espalda; logré escuchar sólo una parte de la conversación.

*«Hola, ¿Hola?...»*

*«Hola Valeria, ....en estos días no puedo, me encuentro en Buenos Aires... Hola, Hola?... Sí, entendiste bien, en Argentina. Perdón si no te dije nada, pero preferí que fuera así... vine a resolver una cuestión, no te preocupes está todo en orden. Te haré saber la fecha en que regreso, ahora te tengo que dejar. Te mando un abrazo, dale un beso a mamá. Decile que la quiero.»*

Terminó la llamada y apretó el celular entre las manos, como si de ese modo pudiese sentirse más cerca de la última persona que había nombrado. Una gran curiosidad me invadió y no pude evitar preguntarle por qué había partido sin decirle nada.

*—¿Porque ciertas cosas es mejor hacerlas solos! me respondió mientras colocaba el teléfono en la cartera.*

*—¿Y tu madre? ¿Ni siquiera ella sabe que estás aquí?*

*—¿Mi madre? ¿Habría sido inútil decírselo!*

*—Claro, no habría querido.*

*—No, ¡no habría entendido!*

Una lágrima comenzó a descender sobre su mejilla y cayó sobre la mesa antes que ella hiciera a tiempo para secarla con el pañuelo.

*—Tenías que imaginar que tu madre desde hace años no quiere saber nada de la Argentina y no le gusta que alguien venga a hurgar en su pasado. ¡En cambio vos no la escuchaste e hiciste lo que te dio la gana!*

Repliqué de ese modo tratando de ratificar la inutilidad de su viaje, esperaba estar todavía a tiempo de convencerla para irse. Pensé que interpretaba el pensamiento de Nora, en cambio me equivoqué y me sentí un estúpido.

*—Mi madre no habría entendido por qué ya no es más la misma. ¡Desde hace ocho meses que no habla más!*

Las palabras de Livia me hicieron recordar la tesis de algunos periodistas acerca del destino de Nora posteriormente a su arresto. Se hablaba de su falta de pleno uso de sus capacidades mentales en el momento del homicidio, a mí me parecía una ocurrencia de su abogado, un modo para aliviar la condena o para conmutar la pena al final del proceso.

Nora se encontraba encerrada en la cárcel y Livia había decidido venir a hablar conmigo, sin decirle nada a nadie. Bajé la mirada y seguí escuchándola.

—Era la mañana del 2 de agosto, abrí la puerta y atravesé el pequeño living, llamando varias veces a mi madre. Sentía su voz provenir de la habitación al final del pasillo, pero no lograba entender el significado de las palabras. Oí inmediatamente que había algo extraño y el miedo se insinuó en mí, provocándome una ansiedad repentina. Las ventanas estaban cerradas y las persianas completamente bajas, me costaba respirar. De la habitación una luz tenue expandía sombras borrosas sobre la pared del pasillo, más tarde descubrí que se trataba de velas esparcidas sobre el piso.

—¿Ella no te respondió?

—No, seguí llamándola hasta llegar al umbral de la puerta. La encontré de espaldas, sentada sobre la cama, mientras pronunciaba palabras en español, siempre las mismas como una canción de cuna.

—¿Y Ricardo dónde estaba?

Livia cerró los ojos, como queriendo disipar una horrible visión.

Luego tomó coraje y continuó. Escuchar la descripción del cuerpo destrozado de mi amigo me estrujó el estómago, sentí borbotear el café que había apenas bebido. Ella captó rápidamente mi disgusto y continuó, con una pizca de sadismo, como para vengarse del dolor que ella misma había sentido al encontrarse allí. Ella sabía del fuerte vínculo que yo tenía con Ricardo y describir minuciosamente la escena del homicidio era como esparcir sal sobre las heridas que nunca cicatrizaron en mi alma.

—Se encontraba allí, a su lado. Vi la silueta del cuerpo, cuando me acerqué a mi madre para despertarla del torpor en el que se había sumergido. Parecía bajo los efectos de una droga. Comencé a toser, el hedor de sangre y azufre de los fósforos quemados hacía el aire insoportable. Abrí de par en par la ventana y la luz del sol me devolvió la visión de aquel horror en los más mínimos detalles. Sólo entonces logré ver bien la escena. Él estaba acostado, con las manos atadas al respaldo. Estaba vendado y cubierto con la sábana empapada de sangre. Sangre, sangre, había sangre por todos lados: en el piso, sobre las paredes, sobre el rostro de mi madre. Intenté pasarle una mano sobre la frente, para limpiarla, pero fue inútil: la sangre estaba coagulada como el vino fermentado.

—¿Quitaste la sábana?

—¡Sí! Vi el cuchillo clavado en el tórax, las quemaduras en todo el cuerpo y algunos signos en los brazos trazados con una cuchilla. Grité de desesperación, no sabía que hacer, mientras ella seguía impassible acariciándole el cabello. Sólo cuando le apoyé una mano sobre el hombro levantó su mirada completamente inexpresiva sobre mí, inmóvil, como la

*de una ciega. Repetía siempre las mismas palabras, ¡todavía hoy me resuenan en el cerebro! ¿Entendió? ¡Palabras que llevo conmigo día y noche!*

Livia dio un puñetazo sobre la mesa luego salió corriendo, llorando desconsoladamente. Pagué rápidamente la cuenta y la alcancé afuera en la entrada del portón de un edificio. En aquel momento, se le leía en la cara el rencor que anidaba, como si yo fuese Ricardo, el artífice de todo, el alma negra del drama.

No sentí ninguna pena por ella, no lo lograba. Mis pensamientos estaban dirigidos a mi amigo, que se había hecho engañar como un novato. ¡Maldita Nora! Si la hubiésemos hecho desaparecer junto a los demás hubiese sido mucho mejor.

Se había hecho tarde y debía ir a la estación de ómnibus a buscar a mi familia. Antes de dejarla le hice una última pregunta:

—*¿Qué palabras pronunciaba en su delirio?*

—*“Podrá perderse el sol eternamente, la luna podrá dejar de alumbrar”.*

Livia respondió sin siquiera levantar la cabeza que tenía apoyada entre los brazos cruzados. La dejé así, sentada en los peldaños de ese hall de entrada, aplazando quién sabe hasta cuándo nuestro siguiente encuentro.

En el momento no relacioné la frase de Nora con hechos o situaciones familiares; sólo después, en el taxi, me di cuenta que aquellas palabras formaban parte de la letra de una vieja canción que conocía muy bien y, como yo, todos los demás en el Club. El sargento Carrillo nos obsesionaba con los discos de Palito Ortega.

“Nunca te dejaré de amar”. Durante años había conservado el título de aquella canción en algún rincón de la memoria, fue Nora quién lo hizo resucitar.





## Correo no deseado

Cuando el día después me presenté en la oficina, Paula, la secretaria, me hizo notar que no tenía un buen aspecto. Sacó de su cartera un espejo y me lo puso a la altura de la cara para mostrarme las ojeras marcadas que tenía. Aquella mañana, junto a Javier, el socio de la agencia, debía cerrar un importante negocio referido a la venta de un edificio en Pueyrredón. El comprador ya había llegado, faltaba sólo yo para comenzar la negociación, tomé un momento para revisar el correo en la computadora, luego iría hasta la sala de reuniones. Había olvidado su existencia desde aquella ridícula dirección y cuando los volví a ver, sentí de nuevo estar siendo perseguido.

Era toda culpa de Livia si me sentía así. Desde que había entrado a mi vida no había hecho más que advertir peligros por todos lados como si mi capacidad de defensa, en algún momento infalible, se hubiese volatilizado.

Me acerqué a la ventana, desde el quinto piso lograba ver un largo tramo de Avenida Sarmiento y gran parte del jardín zoológico. Afuera estaba la vida de siempre: el tráfico, la gente, los niños de una escuela en excursión por el zoológico, sin embargo, por primera vez, ya no confiaba más en Buenos Aires.

Me pregunté si estaba exagerando o si era sólo autosugestión. ¿Por algún motivo debía asustarme? En el fondo no tenía nada que ver con aquel remitente; aquellos mail seguramente habían sido enviados por error.

Una insinuante curiosidad comenzó a agitarse en mi mente y, con un modo más decidido, me acerqué a la pantalla, listo para leerlos. Quería demostrarme a mí mismo que no tenía ningún temor, estar desenvuelto.

Fingía.

Hice clic en el primero de los tres y apareció una frase en mayúsculas a toda plana:

“¡Avergüénzate asesino!”

Permanecí inmóvil, el tiempo necesario para hacer correr nuevamente la sangre por las venas después del espasmo provocado por el repentino aumento de adrenalina. Controlé rápidamente los otros dos: contenían el mismo mensaje. Luego, en un arrebato de ira, tiré con fuerza del cable de alimentación de la computadora. La pantalla se oscureció de golpe y por un instante me ilusioné de haberlos eliminado.

No soportaba la idea que alguien, tan vil que no se hacía reconocer, pudiera apuntarme el dedo encima todas las veces que quería.

¿Quién podía ser el autor de un agravio similar? ¿Livia? No, Livia no porque, por más odiosa que me resultara, siempre me había dicho las cosas en la cara.

¿Quién entonces? ¿Quién podía ser? ¿Uno de mis viejos compañeros de armas? ¿Alguien que pensaba como el sargento Carrillo? ¡Claro! Uno de aquellos que, a diferencia de mí, no se había reconstruido una identidad, con la idea de abandonar el ejército, sino que había preferido quedarse, renegando quien era en el pasado. No, imposible. Ninguno de mis viejos compañeros de brigada sabía como había terminado. Siempre fui prudente, ni siquiera a Carrillo le había dicho mi nuevo nombre.

Entonces sospeché de Oscar. En la forma que me había enfrentado en la confitería podía ser capaz de realizar un gesto similar. ¡Habría sido así! Habrá tomado mi dirección de mail en la página web de la inmobiliaria y me habrá mandado aquellos mensajes desde una cuenta anónima. Una vez Manuel me dijo que es muy fácil hacerlo. ¡Qué estúpido no haberlo pensado antes!

Los ideas se cruzaron, sentí la cabeza bloqueada y hasta me olvidé que me estaban esperando en la sala de al lado. Javier entró en la oficina abriendo de par en par la puerta, estaba visiblemente molesto por mi atraso.

—¿Qué te agarró? ¿Querés echar a perder el negocio? ¡Dale movete!

Por la noche, me llevé a casa la angustia y la rabia que no había podido desahogar durante el día. Lo que mis ojos habían leído, con una insoportable claridad en aquel breve mensaje, me volvía uno poco nostálgico y triste.

Despaché rápidamente a mi mujer, con la excusa banal de un dolor de cabeza, y me encerré en el escritorio para pensar. Cuando tenía un grado militar, y estábamos reorganizando la sociedad argentina, nadie habría osado nunca hacer una afrenta de este tipo. Entonces sí que había respeto, a los opositores y los cobardes se los reprimía antes de sus acciones. En cambio hoy, en la anarquía de este gobierno, aquel hijo de puta se había permitido escribir un insulto similar, escondiéndose detrás de una computadora. ¡Ah! Si hubiese podido mirarlo a la cara y hacerle algunas preguntas, me habrían bastado quince minutos para que me aclare algunas cosas.

Encendí un cigarrillo y me dejé caer sobre el sillón, inerte como un cuerpo en ausencia de gravedad; dí sólo un par de bocanadas y lo dejé

consumir en el cenicero. Un hilo de humo violáceo subía tortuoso hacia lo alto e iba a disolverse en la campana de vidrio de la lámpara de techo. Me sentía demasiado sólo y desorientado por no poder compartir mi estado de ánimo con nadie. Aquel cobarde pensaba ofender mi dignidad con dos palabras. Me había venido a decir “avergonzate” justo a mí que en mi carrera nunca desilusioné a mis superiores y coleccioné numerosos elogios del comandante en persona. Repetiría todo aquello que hice, exactamente de la misma manera. ¿De qué cosa me tendría que haber avergonzado? ¿De haber hecho mi trabajo diligentemente en el pleno respeto de las reglas? ¿O bien de haber arriesgado el pellejo tratando de sacar para siempre las manzanas podridas de la sociedad?

¡Miserable! ¡Si lo hubiese tenido delante mío le habría hecho desdecir aquellas palabras! ¿Y además, asesino? ¿Por qué asesino? ¿Por haber eliminado físicamente a quienes ponían las bombas antes que nosotros? ¿Era una guerra, no? Y en una guerra se puede morir. ¡Es fácil ahora señalarnos como asesinos!

¿Algo tenía que hacer entonces, pero qué cosa?

Quizás Manuel, con sus dotes informáticas habría podido ayudarme a descubrir algunas informaciones sobre mariposa2010, ¿pero cómo habría reaccionado al leer el contenido de aquellos correos? Y yo, ¿cómo me habría comportado delante de él? Esas eran acusaciones infamantes y en Argentina todos saben a qué cosa se refieren.

Manuel me habría tranquilizado diciéndome algo así como: “Papá, no le des importancia, la red está llena de imbéciles”, pero estoy seguro que, al menos por un instante, se habría preguntado por qué aquellas acusaciones se dirigían justo a mí. No podía y no quería arriesgarme en lo más mínimo, mi familia debía permanecer afuera absolutamente.

Aquella noche en la cena todos se dieron cuenta de mi estado de ánimo, percibieron la indomable preocupación por algo que no podía revelar. Y aunque mi mujer y mis hijos trataron de no hacerme preguntas, igualmente en casa la atmósfera ya estaba cambiando. En los días siguientes las cosas fueron cada vez peor: hasta las acciones más habituales como cenar o conversar juntos sobre el sofá estaban tomando un mal cariz. Pasaba horas en el escritorio, sin querer hablar con nadie y me sentía culpable. El clima despreocupado que reinaba en mi familia, unida desde hace años, se estaba perdiendo.

En aquellos días la discordia con Patricia, ya molesta por mi incomprensible mutismo, desembocaron en una fea discusión, la primera en tantos años. Para no escucharnos discutir, Ana se encerró en su habitación y levantó el volumen de la radio.

El sábado 17 de abril encontré otro mensaje de mariposa. Como los anteriores, había sido enviado a las cuatro de la mañana. Pensé que también el remitente debía sufrir de insomnio para escribir siempre a esa hora.

“Antes de pudrirse en el infierno aquellos como tu deberían sufrir las mismas torturas con la picana. ¿Cómo han podido matar cruelmente a todos esos jóvenes? ¡Capitán Romero sería mejor que se entregara!”

Aquella vez el texto era más extenso y aparecía claramente mi nombre. También la referencia a aquello que sucedía en los centros de detención era más preciso. Lo leí varias veces y me detuve en un detalle, el uso del “tú” en el lugar de “vos” me hizo pensar. Un argentino no habría escrito de ese modo.

\*\*\*

Ana entró sin golpear. Miré el reloj sobre el escritorio, marcaba casi las diez, era la cuarta noche seguida que dormía en el escritorio.

Después de aquella discusión furiosa, Patricia y yo casi no nos dirigimos más la palabra y nuestros momentos de encuentro se habían reducido al mínimo. Nos encontrábamos inmersos en una crisis sin precedentes: ella a menudo estaba fuera de casa, yo en cambio pasaba los días en el escritorio atormentándome la mente con los pensamientos más absurdos.

—*Perdón papá, te vino a visitar una persona y la hice entrar.*

Lo dijo con un tono casi eufórico. Quizás esperaba que la presencia de un extraño en casa podía alivianar el ambiente denso de aquellos días y devolver una ventada de cambio a nuestra familia. Sentí pena por ella, se notaba que estaba sufriendo mucho.

Dirigí la mirada hacia la puerta de vidrio y atisbé la silueta de alguien apoyado en la pared del pasillo. La noche anterior me había llamado por teléfono Javier, quería saber cómo estaba después de días de ausencia de la oficina. Me comunicaba también que iba a pasar a visitarme, pero no me imaginaba así tan rápido. Me levanté del sofá, doblé la manta escocesa que tenía sobre las piernas, pasé una mano entre mis cabellos, para quitarle la forma que habían tomado, después de haber dormido con la cabeza apoyada en el apoyabrazos y le hice una señal a Ana para que lo haga entrar.

—*Vení, pasá.*

—*Buenos días Señor Pontini, vine por la entrevista que habíamos acordado.*

Era Livia.

Su voz inconfundible me llegó a los hombros como un balde de agua helada. Me di vuelta. Entre las arrugas de mi cara cansada se leía todo mi asombro y la impaciencia al encontrármela enfrente. Permanecemos en silencio un tiempo incalculable, luego intervino Ana para desdramatizar aquella situación incómoda.

—*No te preocupes, mi padre tarda un poco en despertarse.*

Sonrieron, parecía casi que entre ellas, de la nada, hubiese nacido una inmediata complicidad.

Tenía la garganta seca como el aire de la habitación, impregnada de mi insomnio. Agregué agua caliente en el mate y tomé algunos sorbos.

—*Los dejo solos, nos vemos después Livia, ¡que tengas suerte!*

Ana salió del escritorio y, sin dejarse ver, me hizo una señal con el índice levantado. Creyó de verdad en la historia de la entrevista y, con ese gesto, me dejó entrever la impresión positiva que se hizo de ella.

Yo en cambio no la soportaba y no veía la hora de liberarme de ella. Estaba cansado de tener que relacionarme con esa chica que llevaba en el alma el mismo germen de su madre, su misma contaminación, aquella que le había hecho perder la razón a Ricardo y ahora me estaba destruyendo también a mí.

La miré a los ojos y sentí una extraña sensación, no sabría decir si por miedo, de rabia o ambas cosas. Su desfachatez por haberse acercado tanto a alguien de mi familia me hizo pensar a la advertencia de Ricardo. Estaba cada vez más convencido que también Livia era una subversiva, lo era de espíritu, más de lo que había demostrado serlo Nora, que en cierto modo habíamos logrado recuperarla.

—*¿Cómo te atreviste a venir aquí? Te había dicho que me llames al celular.*

—*Me quedaré poco... y además tenía curiosidad por conocer a Ana.*

—*¡No te metas con mi hija!*

—*¿Es su hija?*

Me di vuelta de repente y la fulminé con la mirada. Ya había entendido adonde quería llegar.

—*¡Claro que lo es!*

—*¿Está seguro?*

—*¿A qué te estás refiriendo?*

—*A las adopciones que hacían ustedes.*

—*¡Terminala!*

—*¡A aquello que hacían con los niños que nacían en el horror de los centros clandestinos de detención! ¿También en el Club llegaban mujeres embarazadas, no?*

—*¡Te dije que la termines!* —la interrumpí bruscamente. No era ese el lugar para tratar ciertos temas. Ana estaba en la otra habitación y mi mujer iba a volver en cualquier momento de la misa de las nueve.

Fue inútil, la respuesta resonó más apremiante que la provocación.

—*¿Y cuando nacían que destino les daban, eh? ¿Ustedes del Atlético estaban organizados también para hacer nacer a los niños? ¿O les pedían consejos a los colegas de la Marina? ¡Ellos sí que eran expertos!*

Ahora ella que quería hablar de cosas que no tenían nada que ver con la historia de su madre. Aquella mañana no me preguntó casi nada de Nora, sólo estaba interesada en conocer detalles sobre mí y sobre Ricardo,

dentro y fuera del centro de detención; las tareas asignadas, los nombres de otros militares del grupo operativo, la jerarquía, las relaciones con los de la policía.

¿Cómo es que tenía tanto interés en nuestra actividad? ¿Qué tenía pensado hacer? ¿Y por qué un cambio semejante? La última vez que me había encontrado con ella no hablaba así, habíamos encontrado un equilibrio, ahora en cambio estaba rabiosa, intratable.

—*¿De qué te preocupás? Tu madre no estaba embarazada cuando entró al Club.*

Fui directo como si las palabras me salieran solas de la boca sin estructurarlas antes en el cerebro. No se si intuó bien a qué me estaba refiriendo, pero acusó el golpe. Si Livia se había documentado sobre la suerte de los hijos de las detenidas, también alguien le habrá dicho qué le hacíamos a las mujeres cuando las interrogábamos.

Le respondí de ese modo para contrastar su insolencia, pero me arrepentí enseguida. Estaba preocupado por la posibilidad de su denuncia y pensar que estuviese organizando algo por el estilo me quitaba la respiración.

Livia me encontró en un mar de problemas. Además de estar peleado con mi mujer, recibía mensajes absurdos enviados desde un remitente anónimo y, por si fuera poco, había vuelto al ataque aquella vez con la historia de los hijos de las detenidas. Debí bajar el tono y buscar dentro una actitud más blanda, por temor a instigarla más todavía.

Traté de hacerle entender que salvábamos a los niños de las mentes terroristas de sus madres, que la guerra que combatíamos no era contra ellos, sino contra sus padres y que a cada niño, nacido en aquellas condiciones, debíamos garantizarle una familia sana donde poder crecer con una buena educación.

—*...¡entonces los arrancaban del seno de sus madres apenas nacían!*

—*¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¡Nosotros éramos militares, no niñeras!*

—*¡Las niñeras no los habrían vendido!*

—*No se vendían, eran adopciones legales.*

Livia levantó los hombros, cerrando así también ese tema. Tenía otra versión de los hechos, que defendía con los mismos argumentos de quienes estaban en contra de los militares, sin querer entender efectivamente cómo fueron las cosas. Me parecía estar hablando con una repre-



sentante de aquellas asociaciones que todavía hoy reivindican los derechos de los desaparecidos, como si estuviesen vivos, de regreso de quién sabe dónde. Tenía la sensación de que alguien le hubiese hecho el enésimo lavaje de cerebro acerca de los militares criminales. No me equivoqué.

—*Fui a visitar el lugar donde tuvieron a mi madre por más de siete meses.*

Debía imaginarlo, ahora cualquiera puede entrometerse en nuestras antiguas estructuras. Todo gracias a la política del último gobierno que, con la presunción de “hacer justicia por las víctimas de la dictadura”, expropiaron cuarteles, centros de detención y oficinas del servicio de inteligencia, transformándolos en lugares de exposición, museos, incluso con visitas guiadas.

Fue un verdadero escarnio, es más, una humillación, la más grande que podían hacer. Y no sólo a los del ejército, sino a todas las fuerzas armadas. Quizás le fue peor a la marina: la prestigiosa escuela de la armada fue abierta de par en par a los civiles y donde antes estaba el círculo de oficiales, actualmente es un ir y venir de curiosos que entran y salen como en un peregrinaje. En el salón de recepciones en planta baja, donde antes resonaban los tacos del admirante Massera y de sus más altos oficiales, hoy están las huellas de los zapatos sucios de quienes nunca han apoyado a los militares. Donde hasta ayer se entraba sólo con específicas autorizaciones, hoy existe un libre acceso para todos.

Sentí un murmullo detrás de la puerta, el tiempo de darme vuelta y Patricia entró en la habitación. Era casi la hora del almuerzo, no me había dado cuenta del horario. Al principio me sobresalté, me sentía en el centro de una situación que habría podido precipitar de un momento a otro: por una parte estaba preocupado por lo imprevisible que era Livia; por la otra tenía temor de la reacción de mi mujer.

—*Hola Livia, soy Patricia, la mamá de Ana. ¿Te quedás a almorzar con nosotros?*

El comportamiento de Patricia me tomó por sorpresa, a pesar de que habíamos discutido se estaba comportando normalmente y, por un instante, me pareció compartir con ella el peso de la presencia de aquella intrusa.

Antes de responderle Livia me miró con una sonrisa irónica, temía una de sus salidas y, aunque intenté esconderlo, estaba agitado.

—*Le agradezco, pero me tengo que ir; me están esperando.*

Sólo entonces me sentí mejor, pero no demasiado para abandonar del todo mis preocupaciones. Livia habría podido volver en cualquier momento.

Salió de casa cruzándose a Manuel en la puerta.

Aquella tarde hablé bastante con mi mujer. Ambos teníamos ganas de restablecer la tranquilidad en la familia y volver a estar unidos como antes. Me abrazó y sin preguntarme cuál era el motivo de mi turbación, me dijo que por cualquier cosa habría podido contar con ella. Una vez más logré esconder la causa real de mi malestar.



## Nora López, detenida N° 84

En más de treinta años nunca me había tocado volver al Club Atlético. La mañana del 21 de abril inesperadamente sentí la necesidad de ir a ver qué había quedado del viejo edificio después de su demolición, ocurrida a fines del '77 para la construcción de la autopista 25 de Mayo.

¿Cómo se podía pensar en borrar las huellas de uno de los centros de detención más operativos de la capital, emplazando entre sus escombros un pilar del puente de la autopista? A pesar de que lo habían cubierto completamente con el cemento, su imagen permanecía indeleble en los recuerdos de quien había logrado salir vivo.

Claro, el Atlético debía ser desmantelado y no había mucho tiempo a disposición, pero las cosas hechas con apuro nunca salen bien. Los numerosos hallazgos de objetos pertenecientes al ejército y a la policía fueron la prueba de ello.

Poco después de su destrucción, las asociaciones por los derechos humanos, gracias a los testimonios de los ex detenidos, lograron ubicarlo y comenzaron su cruzada para recuperarlo como Espacio para la Memoria. Cuando leí la noticia en los diarios levanté los hombros. A diferencia de los demás yo estaba a salvo. Casi todos los militares que trabajaban allí, en los años que siguieron fueron identificados. Los que se salvaron hicieron una vida de perros por miedo a ser reconocidos en cualquier rincón de la ciudad. Por otra parte, jera de esperarse con todos aquellos testimonios! La cosa absurda es que también los desaparecidos lograron crear problemas: de desaparecidos que eran lograron hacerse sentir igual a través de las voces ensordecedoras de sus familiares.

Antes de bajar del auto me quedé mirando fijo el tótem que desde el centro de las excavaciones se erigía hacia el puente. Había estacionado sobre el otro lado de Paseo Colón y desde allí lograba ver toda el área vallada. Observaba las siluetas de los cuerpos representados sobre el monumento, eran en relieve, parecían unos maniqués. Algunos cabeza abajo; otros con los brazos sobre la cara, como si estuvieran llorando o quisieran cubrirse de la luz; otros también de perfil, sentados o de rodillas.

Livia había estado allí, algunos días antes que yo y, visitando los restos de la vieja prisión, había podido fácilmente imaginar aquello que se vivía en el subsuelo. Como una máquina fotográfica su mente había captu-

rado algunas instantáneas de los restos del Atlético y después había venido a echármelas en cara. En aquellas imágenes estaba también yo; me pertenecían tanto a mí como a su madre y a Ricardo. Eran partes de mi existencia, de las cuales ella se había apoderado sin permiso.

Me molestaba la idea de no poder controlarla más, de tener que luchar cada vez para hacerle entender que era inútil ir por todos lados buscando noticias.

Con Livia había establecido un acuerdo tácito: informaciones a cambio de tranquilidad y, si bien nunca lo había declarado por escrito, quería respetarlo hasta el final. Por este motivo había ido al Club, para refrescarme la memoria, revivir los recuerdos y poder contárselos al día siguiente, desde mi punto de vista.

Bajé del auto, crucé la calle y me detuve delante de un cartel colgado del vallado. Era una señal triangular que indicaba la presencia de peligro. Tenía escrito “Zona de detención”. En otro, poco distante, se leía “Juicio y castigo”.

Me encontraba exactamente debajo del puente de la autopista; el ruido ensordecedor de los autos y de los camiones resonaba entre los pilares de cemento. Estaba solo, y aquella soledad me hizo sentir todavía más que era yo el peligro, objeto de la advertencia. Me desplazé algunos metros en dirección a Cochabamba y noté una cantidad de folletos, sobre un cúmulo de tierra que se extendía hasta el puente. Estaban dispuestos alrededor de la silueta de un cuerpo realizado con pequeños ladrillos colocados en el terreno. Sobre las hojas estaban escritos los nombres de aquellos que habían pasado por ahí adentro, pero representaban sólo una pequeña parte. Cuando dejamos el Club habíamos censado más de 1500 detenidos allí conté a simple vista un centenar.

Poco distante, un cartel me mostraba las fotos de algunos de ellos. Los miré con atención, me parecían familiares. A un cierto punto reconocí a Pedro Carrera, el joven futbolista: lo recordaba bien porque para capturarlo movilizamos medio Abasto. Su nombre estaba en la agenda telefónica de una estudiante perteneciente a la juventud peronista, sin embargo, cuando le pedimos explicaciones sobre su relación con ella, declaró que no la conocía. Al final del interrogatorio sostuvo la versión que la estudiante era sólo una con la que se había acostado, dijo que nunca se había interesado en la política y que sus únicos intereses eran el fútbol y las mujeres. ¿Podíamos creerle? Todos los subversivos durante los interrogatorios repetían siempre las mismas cosas.

Pedro Carrera se quedó un mes en el Club, luego lo mandamos con los de El Campo. Las órdenes de trasladar a los detenidos de un Centro al

otro las impartía directamente el Comandante y, aunque no siempre entendía las dinámicas, no me correspondía a mí juzgar: seguía las órdenes. Probablemente el joven futbolista estaba relacionado con alguien importante e hicieron el intento de recuperarlo, pero fue demasiado tarde. Después de haber sufrido un mes de torturas, de él quedó muy poco. Lo cargamos en el furgón para llevarlo, estaba hecho pedazos, pesaba la mitad de cuando había llegado y tenía ambos pies fracturados.

Entre las fotos reconocí también a Clara Donati, la periodista de Vida Social, una revista que exaltaba la revolución. Entramos unos diez a la redacción del diario. Aquella vez Carrillo estaba excitado más que de costumbre y mientras nosotros nos dispusimos a inmovilizar a todos los presentes, haciéndolos recostar sobre el piso con las manos sobre la cabeza, él con la furia de un ciclón destruyó toda la oficina.

El Club en aquel período funcionaba a pleno ritmo, cada día llegaban entre quince y veinte subversivos, las celdas estallaban y ya no sabíamos donde meterlos. Entraban más detenidos de los que trasladábamos, algo del mecanismo estaba obstaculizado. Con doscientas personas al mismo tiempo no trabajábamos bien y ya no lográbamos garantizar los objetivos que nos habíamos propuesto. Por eso en abril del '77, después de la visita de una comisión especial, recibimos la orden de acortar los tiempos de los interrogatorios. Desde aquel momento, para obtener la información que queríamos, fuimos obligados a intensificar las torturas.

A veces Ricardo exageraba y alguien pagaba las consecuencias. No respetaba casi nunca las tablillas del voltaje de la picana y, a pesar de las advertencias del médico, él continuaba haciendo lo que le parecía. Se le pedía poner atención, los subversivos nos servían vivos, sólo así habrían podido “cantar”. Ya muertos no eran más que un peso. Teníamos reglas claras: aquellos que daban nombres, direcciones, números de teléfono los reteníamos; a los demás los eliminábamos como desechos de la sociedad. Si sabías interrogar bien a uno, agarrabas al menos a otros diez. Estaban todos conectados, contaminados por la epidemia de la revolución.

En los interrogatorios cada uno de nosotros se comportaba en modo distinto. Yo respetaba siempre los procedimientos: calculando la intensidad y la duración de las descargas actuaba conforme a las tipologías de interrogatorios ya probados. Para mí los prisioneros eran sólo cuerpos, no personas, daba lo mismo uno que otro y durante las sesiones de tortura no sentía ni placer ni pena. Lo hacía y basta, sin pensar. Los interrogatorios eran parte de mi trabajo y trataba de realizarlos sin ensuciarme las manos, ¡yo era El Príncipe!

Ricardo en cambio primero los estudiaba y luego diferenciaba los métodos de tortura según las reacciones que tenían. A él le gustaba entrar en sus mentes, modificar sus modos de reaccionar, hasta doblegarlos con la confesión, como si fueran caballos a domar. Decía siempre que su modo de interrogar era fantasioso y el mío demasiado estructurado y poco fructuoso. Para mí en cambio se hacía demasiado el arrogante y era un inconsciente al acercarse tanto a las mentes de los terroristas.

Como él, en el grupo, estaba también Carrillo. Era capaz de torturar a una persona por dos horas y después preguntarle que pensaba del equipo de Boca.

A menudo hacía participar a los detenidos para hacernos alguna broma. Una vez trajo a un prisionero a la sala de guardias, le quitó la venda y le ordenó que juegue a las cartas con nosotros. Estaba prohibido hacerse ver por los detenidos y nos quedamos atónitos por aquel comportamiento. Después de haberlo devuelto a la celda nos tranquilizó, “no se preocupen, mañana tomará el vuelo”.

Otro famoso en todo el Club era el sargento Floris. A decir verdad, él no participaba a las sesiones de tortura con la picana, lo llamábamos sólo cuando había alguna detenida para cogerse. Era su especialidad y no se echaba nunca atrás. En los casos de parejas de terroristas que no querían confesar, la intervención de Floris era más eficaz que la picana. Dos guardias tenían inmovilizada a la mujer sobre catre de madera y Floris la violaba delante de su pareja.

El futbolista y la periodista eran sólo algunos ejemplos de los excesos de Ricardo, para él con cada detenido se abría un desafío. También con Nora había comenzado así.

Me alejé y miré hacia abajo, en dirección a las excavaciones dónde las palas mecánicas habían descubierto las celdas. Reconocí la pared de una de las salas dónde se realizaban los interrogatorios y parte de la leonera, la celda común. Qué extraña impresión ver el sótano iluminado por la luz del sol, allí adentro no sucedía nunca. Cuando volvía a casa por la noche tenía siempre un terrible ardor en los ojos; el parpadeo continuo de las lámparas de neón era insoportable. Yo trabajaba en una pequeña oficina, donde recogía las fichas de cada prisionero, registrábamos la cantidad y los horarios de los interrogatorios, la información que lográbamos sacarles a los terroristas y la credibilidad de cada uno de ellos. Junto a los policías decidíamos las formaciones de las patotas, las modalidades de intervención y los turnos de guardia. El comando nos enviaba las listas de los subversi-

vos que debíamos ir a buscar, con las indicaciones sobre el nivel de peligrosidad. Nos informaba también el número de cuantos se encontraban en sus casas en aquel momento y sobre sus posibles vías de fuga. Nosotros teníamos la tarea de preparar las trampas y atraparlos como ratas. El Comando era la mente y nosotros el brazo, trabajábamos en perfecto sincronismo e íbamos siempre sobre seguro.

Estábamos bien organizados nosotros en el Atlético, claro que trabajar en aquellas condiciones no era fácil, al final del turno nos llevábamos encima el hedor de los detenidos.

El grupo que dirigía estaba compuesto por siete miembros, todos buenos chicos, convencidos y muy unidos, por esto los demás nos envidiaban. Además de combatir el terrorismo compartíamos apasionados partidos de truco y a menudo sucedía que íbamos a tomar una cerveza fuera de los turnos de trabajo. Carrillo y Flores organizaban torneos de ping pong en la salita. La música no faltaba nunca, la radio estaba siempre encendida. En fin, había un lindo ambiente en el Club, después con la llegada de Nora las cosas comenzaron a cambiar.

Recuerdo que recién había llegado al Club y debíamos interrogarla. Arrancarles la información a los detenidos apenas ponían pie en el centro era la praxis: debíamos hacerles entender que era en serio, que éramos nosotros los más fuertes y que en cualquier momento podíamos decidir por sus vidas. En primer lugar secuestrábamos sus documentos de identidad y los efectos personales, luego les dábamos un número y los conducíamos a la leonera o directamente a una de las tres celdas para darles la bienvenida.

Ricardo ardía por interrogar a Nora, quería castigarla por aquello que nos había dicho en el auto. Yo me detuve arriba, en la entrada vehicular, sólo el tiempo de formalizar los resultados de la misión y lo habría alcanzado. Lo vi sobre la rampa de las escaleras, mientras la tironeaba con fuerza.

*—Vamos montonera de mierda, ahora nos vamos a divertir un poco. Y recordá, que desde hoy no te llamas más Nora López, serás N° 84. ¡No te olvides nunca de éste número!*

*—¡Déjenme! ¿Adonde me llevan?*

*—¡Al infierno!*

Estaba encapuchada, esposada y le costaba bajar los escalones. Improvisamente se dio vuelta, como para volver atrás.

*—¿Qué te sucede? No tengas miedo, allí abajo está lleno de gente como vos, se van a hacer compañía.*



Los dos guardias, al final de la rampa de escaleras, estallaron a reír.  
—*Coraje muñequita, al final no se está tan mal aquí.*

Siguieron riéndose ruidosamente.

Nora se puso rígida como un animal a la entrada del matadero. Quizás ella también había intuido que en el sótano habría encontrado su propio final. El olor acre de sangre y orina que venía del pasillo y las quejas de sufrimiento de sus compañeros de guerra le resonaron como una campana de alarma. En un primer momento sus piernas se bloquearon como si estuviese paralizada; luego aquella inmovilidad se tradujo en un desesperado intento de fuga. El instinto de supervivencia le dio la fuerza para reaccionar, tomando por sorpresa a Ricardo, que la estaba acompañando sosteniéndola de un brazo. Con un movimiento fulmíneo Nora se liberó y rengueando subió las escaleras. Me la encontré delante y la retuve al vuelo, aferrándola del cuello. Luego me dirigí a Ricardo, poniéndolo en guardia por lo imprevisible que podía ser. Él no dijo una palabra, pero se veía que estaba molesto por mi comentario y por el papelón que había hecho recientemente delante de todos. Era el segundo agravio que sufría de la montonera de Villa 31 y pronto se lo iba a hacer pagar.

Los dejé en las escaleras y seguí bajando, debía avisarle a Carrillo que se preparara para el interrogatorio. De repente sentí un golpe sordo acompañado por una queja.

—*Veamos ahora si todavía tenés ganas de escapar.*

Me giré y vi a Nora en el piso inconsciente. Una mancha roja se extendía visiblemente sobre el lado derecho de la capucha, la sangre salía a borbotones. Ricardo le había partido la ceja, un golpe violento contra la pared, para hacerle pagar la excesiva vivacidad. Era sólo el comienzo de su venganza.

Sangraba todavía cuando la tiramos sobre el catre antes atada de pies y manos. Estaba desnuda, ligeramente agazapada sobre un lado y temblaba de frío. Otra mancha de sangre se agregaba al colchón sucio de la celda número tres.

En la sala contigua estaban interrogando a otro detenido y se sentían los gritos, a pesar de que Carrillo había levantado al máximo el volumen de la radio. Nunca entendí por qué las voces de los prisioneros se sentían más fuerte que la radio de Carrillo, constantemente a todo volumen. Como si fueran ondas sonoras distintas, con diferente capacidad de propagación. Los gritos de los detenidos llegaban a todos lados, pasaban de una habitación a la otra y a veces se sentían hasta el piso de arriba. Se difundían incesantemente como las filtraciones de agua en las paredes del sótano.

Nora intentó pronunciar algo a pesar de que tenía media frente destrozada. Me acerqué para escucharla mejor y con un hilo de voz dijo:

—*¡Que Dios los maldiga por siempre!*

Un golpe de picana a las piernas la hizo sobresaltar.

—*¡Yo soy Dios!* —respondió Ricardo, mientras Carrillo reía para sus adentros.

—*¡Vos no existís! Afuera nadie sabe más nada de vos y en este lugar podés gritar cuanto quieras, porque igual es inútil. ¡Vamos, hacenos escuchar tu voz!*

Otra descarga de mayor intensidad directamente sobre la vagina la hizo elevar del catre al menos veinte centímetros. Se arqueó con la espalda mostrando su delgado costado, blanco como la leche, luego, pasada la contracción, regresó bruscamente en la posición anterior.

—*¿Entonces te decidís a hablar? Queremos los nombres.*

Nora tomó aliento y pronunció las mismas palabras.

—*¡Que Dios los maldiga!*

El interrogatorio siguió adelante alrededor de tres horas. Salvo por una breve pausa, fue siempre Ricardo quien hizo las preguntas. Intervine sólo cuando Nora perdió el conocimiento y debimos llamar al médico para hacerla volver en sí. Aquella vez no logramos arrebatarle ni siquiera una palabra, ni un nombre o una dirección, a pesar de haberla picaneado por todos lados: sobre los pezones, dentro de la vagina y en el ano y que también Ricardo le hiciera el juego del cigarrillo. Terminamos el turno y salimos de la sala número 3, dejándonos atrás un olor insoportable de piel quemada. Afuera estaban dos colegas, listos para interrogar a N° 22, el profesorcito de la UBA. Incluso antes de entrar, ya temblaba como una hoja. Que cobardes que eran los intelectuales. Me daban más rabia que los otros. Detrás de sus escritorios eran capaces de levantar la voz y alardear ideas revolucionarias para subvertir al Estado. Luego cuando los tenés adelante se muestran peor que las ovejas.

Dejamos a Nora semi inconsciente en la leonera con el cuerpo destrozado. La íbamos a interrogar nuevamente al día siguiente.

Sentado sobre el banco, miraba a lo largo y a lo ancho el espacio vallado. No podía convencerme del hecho que el Club Atlético, tiempo atrás demostración de nuestro poder y de nuestro compromiso en la guerra al terrorismo, haya terminado en las manos de otros y que lo hayan transformado en un ridículo monumento “para no olvidar”. Éramos nosotros que no debíamos ser olvidados, al menos por la limpieza que habíamos hecho, no los desaparecidos.

El reloj marcaba las doce y cuarto. De reojo vi un auto ubicarse en doble fila, detrás. Se detuvo con el motor encendido, el tiempo de hacer bajar a una persona y arrancó nuevamente. En aquel momento estaba absorto en los recuerdos de Nora y Ricardo y no me giré para mirar quién era. Sentía los pasos lentos de alguien que se estaba acercando y el ruido de un bastón sobre la vereda, luego una voz débil me pidió de hacerle un poco de espacio para sentarse. Dijo que ese ya era su lugar. Me lo pidió con amabilidad y con aire resignado de quien pasaba las horas sentada en aquel banco.

Sólo entonces la observé: era una viejita, bastante maltrecha; se movía apoyada al bastón con un visible temblor en el brazo derecho. Tenía un aspecto descuidado: noté el marco de sus anteojos atados con el elástico y el ruedo del abrigo descosido. No logré establecer su edad, quizás setenta, ochenta años. En algunas personas el número de años y el envejecimiento viajan sobre andenes diferentes.

Colocó un pequeño almohadón sobre el banco, se acomodó y sacó de la cartera un crucifijo. Lo estrechó en una mano, en la otra tenía un pañuelo.

—*¿Vino a recordar a alguien? —me preguntó sin quitar la mirada de las excavaciones.*

Claro que la vida a veces es absurda y las situaciones se dan vuelta sin ningún sentido. Por primera vez alguien me había confundido con un pariente de un desaparecido, haciéndome precipitar hacia el otro lado de la línea divisoria. Justo a mí me había venido a dirigir esa estúpida pregunta. ¿Qué habría podido responderle? ¿Que durante años había perseguido rebeldes sacándolos de sus escondites uno por uno? ¿Que los encerraba y los interrogaba antes de hacerlos desaparecer para siempre?

Permanecí en silencio.

—*Si no tiene ganas de hablar no se preocupe, no lo voy a molestar más. Era sólo para compartir el dolor, ¿usted también tiene un hijo desaparecido, no?*

—*¡No! ¡Gracias a Dios, no!*

La viejita percibió el tono molesto.

—*¿Y qué vino a hacer aquí? Este es un lugar para los padres de los hijos desaparecidos.*

—*Soy un periodista y estoy escribiendo un artículo sobre los desaparecidos.*

Respondí lo primero que se me cruzó por la cabeza, pensando en simplificar las cosas, en cambio me adentré hacia un terreno más tortuoso.

—*Ya escribieron todo sobre nuestros jóvenes. La historia la conocemos.*

—*Sí, pero...*

—*¡Es inútil escribir si después no arrestan a los culpables!*

—*Habría que entender bien cómo fueron las cosas, la verdad está siempre en el centro.*

Me esforcé para darle una respuesta neutral. Hubiese sido peor si le hubiera dicho en la cara lo que pensaba, que para mí la verdad era una sola: la del General Videla. La viejita se llevó el crucifijo a la boca, lo besó e hizo un largo suspiro.

—*No hay nada que entender. Hasta que no hayan procesado a todos esos sinvergüenzas nunca tendremos paz.*

La provocación contenida en su respuesta estableció una cierta distancia. Y fue mejor. Yo no era como ella, culpable por haber educado hijos terroristas. A Manuel y Ana una cosa así nunca les podría haber sucedido.

Hablamos unos pocos minutos más, me contó de su hija como si estuviese recitando siempre el mismo guión “Era sólo una jovencita cuando me la llevaron”. Luego decidí irme, terminar allí la conversación, esa anciana me estaba haciendo poner nervioso.

—*Entiendo. Pero ahora tengo que irme.*

—*Vaya, pero deje de tomarme el pelo. ¡Usted no puede entender, si no tiene hijos o nietos desaparecidos no puede entender!*

Su voz se hizo ronca, se quitó los anteojos y se secó las lágrimas que le surcaban el rostro.

—*Nunca dejé de buscarla y desde que supe que estaba recluida aquí abajo, vengo todas las mañanas a esperarla.*

—*¿No sería mejor quitársela de la cabeza? ¡Ya pasaron tantos años y debería comenzar a resignarse!*

—*No se puede olvidar a una hija.*

Me levanté, saludé a regañadientes, y me alejé. Estaba cansado de escuchar todas aquellas historias para justificar a una montonera. Si había terminado en el Club algo había hecho seguramente, nosotros los del ejército no nos equivocábamos nunca.

De repente me despertó la curiosidad de saber quién era la hija de aquella anciana, para atribuirle un rostro a la joven que me había descripto. Tal vez con la memoria de elefante que siempre tuve la habría recordado. Volví atrás y encontré a la viejita con los ojos cerrados que rezaba en voz baja.

—*¿Cómo se llamaba su hija?* —le pregunté.

—*Nora López.*



## Las cosas no dichas

Entré al auto y, antes de partir, me giré en dirección al banco, esperaba encontrarlo vacío, para confirmar que lo que había apenas escuchado era sido fruto de mi imaginación. En cambio la mujer anciana estaba allí todavía, sentada en la misma posición.

El encuentro con la mamá de Nora no podía ser sólo una coincidencia. Era el efecto de un destino adverso, de una maldición que me había golpeado como un cáncer. Todavía no había logrado reordenar las ideas de cómo enfrentar a Livia, que enseguida surgía algo nuevo, todavía más insinuante e inexplicable que antes. Levanté los ojos al cielo e impregué al Señor varias veces, luego le supliqué de dejarme en paz, de no agarrárselas conmigo. Siempre creí en Dios y combatí una guerra para defender su religión. ¿Por qué tanto ensañamiento conmigo?

Me encendí un cigarrillo y traté de que el pánico no se apoderara una vez más de mí, debía mantener la calma y examinar nuevamente la situación, repasar todo, desde la primera llamada telefónica de Livia en adelante, incluso desde aquello que Ricardo me había escrito. En particular una carta, en la cual me revelaba que la madre de Nora había sido la única en interesarse por ella después del secuestro, su padre murió pocas semanas después.

Ricardo había contactado varias veces a la señora López. Iba a visitarla cada dos semanas para tranquilizarla sobre el estado de salud de su hija, le decía que debía tener fe y de no realizar la denuncia, que de un momento a otro la iba a hacer regresar a casa. Era la misma Nora quien le suplicaba de mantener el contacto con su madre, y él aceptó sin dudar. Por ella habría hecho cualquier cosa.

A Ricardo le bastaron setenta y dos horas para perder la razón y unirse en una relación tan incomprensible como real. Los daños derivados de su elección provocaron consecuencias irreparables frente a los colegas y para sí mismo.

En un par de ocasiones logré poner las cosas en su lugar, mi posición de oficial me lo permitía, pero después debí rendirme frente a la evidencia de su comportamiento indisciplinado y desde arriba partieron las medidas hacia él. El 22 de septiembre del '77 no pude hacer nada, cuando se ocupó de él personalmente el Comandante. Aquella vez se mandó una grande y al día siguiente fue destinado a otro centro. El mismo día sacamos también a Nora López, en gran secreto, y la trasladamos a la ESMA.

Encendí el motor y partí apretando con fuerza el acelerador, no quería llegar tarde a la cita con Livia. La visita al Club me había hecho recordar algunas situaciones de Nora, que ya había removido de los cajones de mi memoria.

Manejaba muy rápido, sin cuidado de los autos que tenía alrededor, los pasaba dejando a mis espaldas los bocinazos de los automovilistas. Corría abriéndome paso en el tráfico, como si hubiese vuelto accionar la sirena del patrullero. La única diferencia era que ahora no perseguía a nadie, estaba sólo escapando de mí mismo.

No lograba quitarme de la mente la imagen de aquella mujer. Sus palabras de rabia y aquel fuerte deseo de venganza con los secuestradores de su hija resonaban como una enésima amenaza y aumentaban en mí la preocupación de ser descubierto.

Luego traté de volver a ser optimista y de mirar el lado positivo de aquel encuentro. Considerar el “reverso de la medalla” ha sido siempre una prerrogativa mía, una forma precavida de enfrentar la vida. Cuando era Capitán como una teoría imprescindible para ser ganadores y, en las situaciones de crisis, les repetía a mis jóvenes de no darse nunca por vencidos, que existía siempre una salida.

Pensé en la reacción que habría podido tener Livia si le hubiese revelado la existencia de su abuela. Habría sido el mensajero de una feliz e inesperada noticia y quizás me habría recompensado dejándome en paz. Pero rápidamente me di cuenta de estar pecando de ingenuidad. Una hipótesis similar no podía ser verosímil. Livia no me habría concedido nunca tanta gracia, había venido a buscarme hasta Argentina para pedirme cosas bien precisas y, si no hubiese aceptado colaborar, seguramente me habría denunciado. Actuaba en serio y no dudó en hacérmelo entender aquella vez que se presentó con Oscar en la confitería o cuando me la encontré improvisamente dentro de mi casa.

Esta era Livia.

¿Por qué motivo alguien como ella, capaz de actuar de ese modo, debería tranquilizarse? A mí me odiaba, igual que su madre.

Decidí no decirle nada; por otro lado era evidente que ni siquiera Nora nunca lo había hecho. De una como ella era de esperarse, después de todo cuando fue liberada continuó viviendo como desaparecida hasta para los ojos de su madre. El ejército la puso en libertad el 15 de junio del '80, pero ella nunca volvió a su casa, desapareció de la circulación sin dejar rastro.

La relación entre Nora y su familia era complicada ya desde la época de su detención. ¿Por qué después de treinta años debería ser yo

quién aclare las cosas? No era ese mi deber. Había aceptado hablar de la detenida N° 84, no de reconstruir el árbol genealógico de la familia López.

Entré en la confitería y allí estaba Livia, intentando leer. Sobre la mesa había algunas hojas sueltas, que recogió rápidamente apenas me acerqué. Dejó afuera sólo una, me la mostró y reconocí mi caligrafía. Era una carta que había enviado a Ricardo, en la cual le sugería que dejara en paz a Nora, que no repitiera los errores del pasado.

—*¿Por qué tanta insistencia en ponerlo en guardia?* —me preguntó con los ojos llenos de odio, mientras con la mano estrujaba la hoja cerrando el puño.

—*A fines de mayo del año pasado me enteré de su encuentro casual en Roma. Ricardo siempre estuvo enamorado de tu madre y yo estaba seguro que se habría enanchado una vez más.*

—*¿Enamorado? Él era un perverso, un ser asqueroso, repugnante. ¡Ni siquiera sabía qué era el amor!*

—*¡Deberías preguntarle a tu madre, también ella estaba loca por él!*

La callé. Aquella vez fui yo a echarle en cara la absurda verdad.

—*¡No puedo creerlo!* —murmuró mientras llevaba las manos a los ojos por la vergüenza.

Livia se sentía en culpa por algo que nunca había hecho, pero que había recibido en herencia de su madre. Bebió un sorbo de té, imponiéndose una cierta conducta para sostener aquel desagradable silencio que, como una capa de humo, había caído en aquel momento entre nosotros.

—*¡No, no puede ser verdad!*

—*Es así. ¡Se amaban!*

Aquella tarde Livia intentó desesperadamente de justificar a su madre y de entender los motivos de un amor que consideraba imposible. Igual que había hecho yo, tantos años atrás sin encontrar nunca una respuesta.

¿Cómo podían enamorarse un militar y una subversiva?

Miles de veces me había puesto en el lugar de Ricardo para comprender qué cosa había podido inducir a mi mejor amigo a dejarse cautivar por una mujer así.

Una cosa era cierta: sin siquiera darse cuenta Ricardo había perdido la razón. Parecía absorbido por las arenas movedizas, sin fuerzas para salir de allí. Nunca pidió ayuda y, cuando intenté alertarlo sobre los riesgos que estaba corriendo, hizo de cuenta que no entendía.



Su relación con Nora era de protección, la consideraba una criatura delicada, un tesoro que debía ser cuidado. Fue por aquel motivo que, en el transcurso de pocas semanas, ella logró ganarse una posición privilegiada respecto a las demás detenidas. Todos en el Club sabíamos que la montonera de Villa 31 era de propiedad del sargento Giorgetti.

No existe nada más equivocado para un militar pensar de poder apropiarse de un prisionero. Se lo decía siempre: “a los detenidos había que dominarlos, no disponer de ellos”. Ricardo en cambio actuaba impulsivamente, anteponiendo su propia individualidad a todo el resto y olvidándose demasiado seguido que formaba parte de una organización llamada Ejército Argentino. A veces hasta he dudado de su compromiso con la Patria.

\*\*\*

Si Livia había cruzado el océano para conocer la verdad sobre su madre quería decir que estaba lista para escuchar cualquier cosa. Y entonces aquella vez fui hasta lo más hondo: le conté del interrogatorio del tercer día, el más duro. Ella me escuchó, la expresión de su rostro revelaba un gran sufrimiento y soportó varias veces para no ceder a la tentación del llanto.

—*Carrillo había salido de la sala, permanecimos Ricardo y yo con tu madre. Estaba desnuda sobre el catre, había confesado en ese momento.*

—*¿Qué había confesado?*

—*Los nombres de todos aquellos que pertenecían a su grupo.*

—*¿La torturaron?*

Me esperaba aquella pregunta. Livia sabía perfectamente qué les hacíamos a los prisioneros, quizás quería ver mi reacción y mirarme a la cara mientras admitía haber utilizado el método de tortura. Al principio respondí en modo vago.

—*Cuando capturábamos a uno debíamos obtener la mayor cantidad de información posible. Estas eran las órdenes.*

—*¿Por qué hace de cuenta que no entiende? ¿La torturaron sí o no?*

—*¡Sí! Como a todos los otros, con la picana.*

Finalmente me quitó un peso de encima. Si ésta debía ser una confesión mía, no podía fingir, no podía pensar de esconderle la verdad por miedo a que me denunciara. La tortura con la picana era el único instrumento para hacer confesar a los subversivos sus culpas, no existían métodos alternativos tan eficaces. Era necesaria, incluso el monseñor Ferrero nos lo decía.

—*Tu madre conocía a muchos otros montoneros, aquel día nos señaló a once.*

—*¿Me está diciendo que traicionó a sus propios compañeros? ¡No le creo! No es posible.*

—*Resistió tres días, luego se ocupó Ricardo de hacerle cambiar de idea y al final comenzó a largar todo.*

Gracias a la confesión de Nora, y a la tempestividad del grupo operativo, logramos realizar importantes arrestos y propinar un duro golpe a los montoneros de la villa.

Ricardo logró doblegar a la detenida N° 84 y le ganó la apuesta a

Carrillo, “dénme una posibilidad más y la haré cantar”, dijo la noche anterior mientras jugábamos a las cartas. Ellos dos apostaban seguido por los interrogatorios, a veces hasta sobre el número de nombres que habrían logrado arrancarles.

Por segunda vez Livia me hizo hablar de los métodos de tortura que usábamos, luego volvió a preguntarme por su madre.

—¿*Qué sucedió el tercer día? Tu madre comenzó a confesar. Ricardo había ganado la apuesta, se lavó las manos como un cirujano al final de una operación y comenzó a anotar las informaciones en la ficha.*

—¿*Los veía a la cara?*

—*No podía, estaba vendada, sólo podía escuchar nuestras voces.*

—¿*Cuánto duró el interrogatorio?*

—*Tres horas, era el tiempo máximo permitido. Estábamos esperando a uno de los guardias para llevarla a la celda. Fue entonces que sucedió algo que marcó el comienzo de la historia entre ellos.*

—¿*Qué cosa?*

—*Ricardo se acercó al catre, tu madre percibió su presencia y en lugar de ponerse rígida, como había hecho hasta aquel momento por miedo a ser golpeada, se dio vuelta de su lado. Estaba atada y no podía moverse mucho. Logró igualmente ponerse sobre un costado.*

“¿*Viste montonera que te hice hablar?*” le dijo él acercándose al oído.

—¿*Y mi madre que le respondió?*

—*Nada. No habría podido, estaba semiinconsciente. Tenía la boca atrofiada por las descargas, las encías estaban hinchadas y sangraban. Tuvo sólo la fuerza de extender un brazo y rozar su mano.*

Livia frunció el ceño y comenzó a moverse nerviosamente sobre la silla. Yo permanecí inmóvil, mirando de reojo las mesas alrededor nuestro, que en el ínterin se habían llenado de gente. A regañadientes ella pronunció algunas palabras.

—¿*Por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo pudiste acercarte a ese cerdo? ¡Mamá... mamá!*

Luego permaneció unos instantes con los ojos cerrados, mientras una expresión de dolor le aparecía en el rostro.

La imagen de su madre mientras le tendía una mano a Ricardo a final de la sesión de tortura le parecía absurda, y sólo el pensamiento le provocó una inquietud que trató de reprimir intentando, incluso aquella vez, de encontrar una explicación.

—*Después de lo que le habían hecho... estaba pidiendo piedad*  
—agregó.

—No fue así, miré atentamente la escena y te puedo asegurar que no le pedía ayuda a Ricardo, sino un contacto físico con él. Fue con aquel gesto que tu madre comenzó a manifestar su sentimiento.

—¿Él qué hizo?

—Permaneció inmóvil. Sólo cuando se cruzó con mi mirada, con un gesto rápido quitó su mano que estaba debajo de la de ella, haciendo golpear la cadena con el piso.

Livia se marchó. Tenía la mirada dirigida hacia abajo. No soportaba la idea que su madre hubiese rozado a Ricardo y, sobre todo, que de aquella circunstancia hubiese nacido un sentimiento.

Cuando llevamos a Nora a la celda, Ricardo volvió a ser el de antes, pero algo había sucedido, ya se habían contagiado de un amor perverso que los habría aniquilado.

Después de aquel episodio hubo otros interrogatorios y se ocupó siempre él. Nora ya se había doblegado a su voluntad y había sido incluida inmediatamente en el proceso de recuperación. La mayor parte de la información que había entregado resultó ser confiable: de ese modo se había ganado un poco de vida respecto a otros que estaban con ella en la leonera el primer día y que no volvió a ver más.

Salimos de la confitería después de tres horas aproximadamente. No nos dimos cuenta de haber pasado todo ese tiempo hablando. Livia me pidió de vernos también al día siguiente, yo acepté, esperando que estuviese próxima a la partida. Caminamos por un tramo de calle juntos, parecíamos padre e hija haciendo un paseo en pleno centro. Luego nos saludamos, ella giró en una callecita lateral y yo me detuve en el cruce con Suipacha, para llamar a un taxi. Pensé a lo irónica que era la vida: al despedirla la había llamado con el nombre de Ana. Por un instante me odié. ¿Cómo era posible un equívoco así? Mi hija no tenía nada en común con alguien como Livia.

Me detuve delante de un negocio, me encendí otro cigarrillo y miré adentro, fingiendo interés. Era un negocio de zapatos de baile. En su interior una vendedora pasaba de un cliente al otro, para complacer a los numerosos pedidos. Eran todos extranjeros, venidos hasta aquí para robarnos el tango.

Aquella tarde le conté minuciosamente a Livia los primeros días de detención de su madre, desde el momento del secuestro, a los interrogatorios, hasta el primer acercamiento con Ricardo. Había omitido solamente describirle un episodio, aquel que sucedió la segunda noche en el Centro.

Ricardo no estaba de servicio, en su lugar estaba Floris. A pesar de que no le tocaba a él interrogar a la detenida N° 84, decidió sacarla de los tubos y llevarla a una de las tres celdas.

—*¡Ahora la hago hablar yo a esta putita!*

Entró en la celda, la empujó y ella cayó sobre la camilla y la ató con los brazos abiertos.

—*Vamos Capitán, primero usted, mire que lindo bomboncito.*

Hizo un ademán para que me adelantara.

El cuerpo de Nora reflejaba luz en la oscuridad. Me excité al verla desnuda. Yo nunca tenía sexo con las detenidas, no soportaba la presencia de los demás, era más fuerte que yo. Pero aquella tarde el deseo superó al pudor.

Nora comprendió que no queríamos interrogarla, intentó gritar, pero se ocupó Floris de hacerla callar. El interrogatorio era un pretexto. El sargento le tenía ganas desde hacía un tiempo y, la ausencia inesperada de Ricardo, se había presentado como una apetitosa ocasión. Mi duda en tomar la invitación lo hizo sentir autorizado para actuar. Le tapó la boca a Nora con cinta adhesiva y le realizó el servicio habitual, el que hacía a todas.

Una decena de golpes dados con fuerza, casi quebrándoles las caderas apoyadas sobre la camilla. Escuché el gemido jadeante de su orgasmo animalesco, mientras Nora imposibilitada para rechazarlo soportaba impotente. Me excité al verlos. Debió haberse dado cuenta incluso Floris que, después de haberse vuelto a vestir, me reiteró la invitación.

—*¿Entonces Capitán? ¡No puede desaprovecharla de esta manera!*

Permanecí inmóvil unos segundos, sin saber que hacer, luego, como si me hubiese leído el pensamiento, Floris salió de la celda, dejándonos solos.

Me acerqué a Nora, le acaricié la espalda. Sentí la piel suave, en aquel punto todavía intacta. La abracé por atrás, le tomé un pecho, luego el otro y cerré los ojos dejándome llevar hacia el placer del tacto. Ella intentó darse vuelta a pesar de estar encapuchada y que no pudiese verme, pero la retuve. Sació así mi deseo, abriéndole las piernas cómo había hecho poco antes el sargento Floris.

## El equívoco de Manuel

Cuando Manuel entró al escritorio para preguntarme sobre Livia, me encontró en la oscuridad, sentado en un sofá con los pies apoyados sobre la banqueta y el vaso entre las manos. Era ya el cuarto Chivas que me tomaba todo de un sorbo y su efecto llegó a mi cuerpo con más vigor que de costumbre.

Desde el momento en que Livia había entrado en mi vida había comenzado a beber. Creía que de este modo podía calmar la ansiedad por una denuncia suya y distraerme de la angustia que sentía cada vez que tocaban el timbre de la puerta. La imagen de un oficial de policía, con una orden de citación ante el juez, me perseguía ya desde hacía varios días.

Sabía bien que ese modo de ahogar mis miedos en el alcohol no era la solución adecuada y que, terminado el efecto, todo volvía a ser trágicamente real.

Aquella noche estaba particularmente cansado, tan cansado de confundir debilidad con tristeza. Sentía que había sobrepasado ese límite sutil, más allá del cual hasta el alma hace mal. La visita al Club Atlético, el encuentro con la madre de Nora y las preguntas apremiantes de Livia me habían agotado y como siempre, en esas condiciones, prefería estar lejos de todos. Si hubiese podido habría desaparecido una vez más.

La voz de Manuel interrumpió el silencio de la habitación.

—*Quería hablarte* —me dijo asomándose a la puerta.

—*¿Quién te manda, tu madre?*

—*Soy bastante grande para actuar por mí solo.*

No pude ocultar una sonrisa. Él entró y me dio una palmada en el hombro como para querer remarcar una cierta complicidad masculina. Bastó ese gesto a hacerme entender que había venido a hablarme de hombre a hombre, sin ser el portavoz de nadie.

Me contó de su nuevo trabajo, luego me contó de un entredicho que había tenido con Ana, pero se entendía que había venido a decirme otra cosa. Algo lo atormentaba y no sabía por dónde comenzar. Entonces apoyé el vaso, me acerqué y lo abracé. Nos quedamos así algunos segundos, muy pocos para hacerme perdonar de las preocupaciones que le estaba causando en un momento tan delicado en su vida. Tuve un sentimiento de culpa por haberlo distraído, incluso sólo un instante, de los preparativos del casamiento.

Siempre creí en la consagración de la unión entre dos personas enamoradas. Manuel había tomado la decisión de cumplir ese paso, sin

ninguna duda, como muestra de su seriedad y del amor que sentía hacia Cecilia, igual que me había sucedido a mí cuando había conocido a Patricia.

La fecha de la boda estaba cerca y todos en la familia se estaban ocupando de eso. Patricia había elegido el menú del restaurante y acompañaba a Manuel a la sastrería Ricoli cada vez que debía probar el traje cruzado hecho a medida. Ana en cambio estaba ocupándose de los souvenir y de las flores para la decoración de la iglesia. Sólo yo, por motivos ajenos a mi voluntad, no estaba brindando ningún tipo de ayuda, como si estuviese completamente desinteresado.

La verdad era que tenía la cabeza en otro lado, pasaba los días condicionado por los encuentros con Livia y, puntualmente, postergaba cualquier compromiso.

Sentí una gran pena por mi hijo, ¿pero qué cosa habría podido decirle? ¿Que era sólo una cuestión de tiempo? ¿Que la causa de todo mi malestar era ella, la chica que se había cruzado en la puerta? ¿Y luego? ¿Cómo habría podido justificar que la conocía, sin tener que explicar quién era realmente Livia Tancredi?

Mantuve el secreto todos esos días y habría sido un error revelarlo justo cuando creía que estaba por dejar Buenos Aires.

En realidad, la idea de una partida inminente de Livia era sólo un deseo inconsciente mío. Con el paso de los días debí cambiar de opinión.

Lamentablemente no siempre las cosas suceden como uno quisiera. Los hechos a veces proceden por su cuenta, sin que se pueda decidir su dirección. Y con Livia las cosas siempre fueron así. Me estaba encima, ya desde hacía dos semanas, y no podía hacer otra cosa más que contar los días de su tormento, marcarlos en la agenda, junto a las anotaciones de nuestros encuentros. De ese modo me ilusionaba en no perder completamente el contacto con la realidad.

El hecho de evocar cada vez un pasado sepultado me hacía sentir fuera del tiempo, suspendido en un limbo. Otras veces, en cambio, sentía la sensación de encontrarme encerrado en una gruta, con una gran piedra delante del único camino de salida.

Sólo el pensamiento de aquella situación claustrofóbica me provocó un imprevisto aumento de los latidos cardíacos y una sensación de sofocamiento. Abrí la ventana para respirar mejor, logrando así dominar la sensación de desmayo por la falta de aire y de luz.

Al realizar aquel gesto automático, me vi reflejado sobre el vidrio. Ya casi no me reconocía: la barba más larga que de costumbre y los ojos hundidos detrás de las cejas blancas me hacían parecer a un lobo viejo,

cansado de escapar, justo cuando me perseguía el más temible de los cazadores.

Me sentía ya una presa fácil de atrapar.

Qué extraña la vida. Me había ilusionado de poder seguir adelante serenamente, navegando despacio como un viejo barco a vapor sobre el gran río. Luego de golpe un pasado incómodo que reaparece de la oscuridad ha agitado las aguas, haciendo ardua cualquier maniobra posible.

Improvisamente Manuel tuvo el coraje de hablar. Me senté de nuevo en el sillón y él se puso detrás con las manos apoyadas en el espaldar. Se había quitado el saco y tenía las mangas de la camisa arremangadas. Parecía un joven comisario de policía listo para interrogar al malviviente apenas capturado. Sentí una extraña sensación al ocupar aquel rol.

Estaba acostumbrado a hacerlas yo a las preguntas, ¡no a recibirlas! Y además, no me parecía normal que un hijo investigara a su propio padre. A su edad yo nunca me habría permitido interrogar a mi padre. Manuel aquella noche incluso fue más allá.

—¿*Quién es Livia?* —me preguntó indignado.

Sabía que me preguntaría por ella. Había notado una cierta perplejidad en sus ojos cuando se la había encontrado delante la única vez que la vio y le bastó aquel encuentro para infundirle sospechas y convenirse que la historia de la entrevista de trabajo era toda una farsa.

Hice de cuenta que no recordaba, pero él intervino de nuevo.

—¿*Estoy hablando de esa que trajiste a casa!*

—*Ah, la italiana para la entrevista.*

—¿*Cortala papá con esta escena!*

—¿*Qué querés decir?*

—*Que nos debés algunas explicaciones. ¿Quién es Livia? ¿Qué vino a hacer hasta aquí?... ¿Qué diablos quiere de vos?*

Manuel jamás se había dirigido a mí de ese modo. Comenzó a hacer preguntas a las cuales no podía escapar fácilmente.

—¿*Explicaciones? ¿Yo no te debo nada!* —respondí molesto.

Tomó la silla, la arrastró frente a mí y se sentó. Había entendido que estaba mintiendo. Cualquier otro en su lugar habría interrumpido la conversación y me habría dejado allí, en la habitación llena de humo. Él, en cambio, decidió quedarse. Su testarudez era solo la prueba del afecto que sentía hacia mí.

Por un instante pensé que si le hubiese hablado, si hubiese confesado todo me habría ayudado a resolver cualquier cosa. Pero luego aquel



arrebato de dar vuelta la situación se apagó como la llama de un fósforo al viento y con ella el coraje de confesar.

Manuel se pasó una mano entre los cabellos y se aflojó el nudo de la corbata, luego me puso un brazo alrededor del cuello y, cambiando el tono de la voz, me susurró una frase al oído:

—*Cada noche mamá llora lágrimas de dolor.*

Debía imaginar que habría sacado el tema de Patricia, se le leía en la cara que estaba preocupado por su madre. Mientras tanto, por el efecto del alcohol me costaba mantener los ojos completamente abiertos y, a pesar de que me esforzara por hablar con tono seguro, comencé a empujar las palabras.

—*Quedate tranquilo Manuel... no hay nada de que preocuparse.*

—*Será así, pero desde cuando apareció esa tipa en tu vida vos cambiaste...*

—*¡Te dije basta!* —lo interrumpí nuevamente.

—*¡Está todo bien, pensá en tu casamiento!*

Mi respuesta fue seca y la invitación a terminar allí la conversación fue perentoria. Frente a mi total indisponibilidad Manuel se dio cuenta que no tenía ninguna posibilidad de réplica y calló.

No podía comportarme de otro modo, sus preguntas insistentes estaban irritándome. Le había concedido demasiado tiempo y quería que se fuera y me dejara en paz.

Ya tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza y no era el momento de resolver las suyas. Manuel debía sólo esperar. ¡Todos debían esperar!

Captó la indirecta, tomó el abrigo y se dirigió hacia la puerta; pero antes de salir me renovó la invitación a hacerme un examen de conciencia. Sólo entonces me di cuenta del equívoco.

—*¡Ciertas cosas deberías hacerlas fuera de casa, en cambio la trajiste frente a los ojos de mamá! ¿No te podías haber ido a un hotel?*

—*¿A un hotel? ¿Esa mocosa y yo a un hotel? ¿Pero te volviste loco? ¿Cómo podés pensar algo así?*

—*¡Digo lo que veo y puedo asegurarte que no soy el único que sospecha esto!*

Manuel lanzó una mirada que me atravesó de punta a punta, pero en sus ojos no había sólo rencor, se entreveía el disgusto de ver a nuestra familia en crisis. Luego se despidió dejándome sólo, sin siquiera darme la oportunidad de explicarle.

¡Cuánta confusión tenía en la cabeza mi chiquito! Había creído que tenía una historia con Livia y con tal de salvar la integridad de la familia había llegado a sugerirme seguir viéndola a escondidas en un hotel.

¿Cómo podía decirle que estaba completamente equivocado? El amor de Patricia y la fe en los valores de la familia siempre me han preservado de la tentación de frecuentar otras mujeres, ni imaginar con una como Livia... La odiaba como había odiado a su madre, estaban hechas de la misma madera y yo con mujeres como ellas, siempre actué distinto a Ricardo.

Entre ella y yo no podía nacer ningún sentimiento y el motivo no era una cuestión de edad, sino de piel.

Puede ocurrir de enamorarse de una chica, pero no podía sucederme a mí. Conozco a más de uno entre mis coetáneos que mantienen relaciones con mujeres muy jóvenes. Actualmente las generaciones se cruzan y los de mi edad claman por vivir distracciones de este estilo en la vida. Livia y yo hemos podido dar también la impresión de ser amantes y quizás alguien lo habrá pensado, al vernos juntos en la confitería o mientras paseábamos entre los jardines de Plaza S. Martín, pero era sólo una apariencia, nada más.

Intenté llamar a Manuel, pero fue inútil, poco después sentí el auto partir a toda velocidad y cuando me asomé a la ventana lo vi ya al final de la calle. A decir verdad no hice mucho por detenerlo. El tono que había usado no era de los más convincentes. Si le hubiese gritado que no se vaya, Manuel habría vuelto. Mis hijos siempre me obedecieron.

Decidí no detenerlo por pura oportunidad.

Aunque la idea de un intriga amorosa entre Livia y yo era un gran malentendido, se lo dejé creer; sólo así logré ponerme a salvo de una eventual sospecha acerca de quien era realmente la chica italiana y sobre el motivo de su viaje a Buenos Aires.

La imagen del viejo mujeriego metido con una veinteañera habría provocado menos daño respecto a la acusación infamante de ser un represor. Estaba seguro que tanto él como mi mujer me habrían perdonado un desliz, mientras no lograba imaginar ni lejanamente como habrían reaccionado si se hubiesen enterado de mi pasado como militar.

¿Y entonces por qué arriesgarse? ¿Por qué debía disuadir a Manuel de una convicción así?

Incluso en ese caso, habría sido una cuestión de tiempo: apenas Livia se hubiese ido, habría vuelto a ser el marido y el padre de siempre. Debía seguir mintiendo para salvarme a mí y a los ellos. Lo hice incluso cuando Manuel me preguntó de quién era la dirección escrita en un papel que había dejado inadvertidamente sobre el escritorio. Fue en aquella ocasión que logré memorizar el nombre del Bed and Breakfast donde se alojaba Livia. Yo lo había leído en un folleto que sobresalía de su cartera y me había apurado a transcribirlo apenas volví a casa.

Abrí los ojos a las cuatro de la mañana. Permanecí unos minutos inmóvil observando la lámpara de techo. Luego, vencido por el insomnio, me levanté de la cama. Me deslicé por debajo de las frazadas, como un contorsionista para no despertar a mi mujer. La escuché murmurar algo mientras se daba vuelta hacia el otro lado para seguir durmiendo.

Fui a la cocina para tomar una taza de café y noté el resplandor de la pantalla de la computadora que estaba en el escritorio. La había olvidado encendida toda la noche.

Me acerqué para apagarla y encontré la sorpresa de otro mensaje: “No pienses que me he olvidado de ti. ¡Pronto la pagarás cara!”

Justo cuando creía que mariposa había desaparecido para siempre, había regresado para atormentarme. El tono amenazante del mensaje era siempre el mismo.

Sentí un escalofrío en las cervicales y me levanté el cuello de la bata. La sensación era como la de una corriente de aire, miré hacia la ventana para ver si estaba abierta.

Experimenté un sentimiento de rabia y miedo al mismo tiempo. El hecho de sufrir amenazas y no poder verle la cara a quien se estaba burlando de mí, me hacía sentir desorientado, como si fuese yo quien estaba encapuchado.

¿Cuánto tiempo más habría podido seguir así? No aguantaba más quedándome callado y sufriendo todas aquellas humillaciones. Entonces decidí mandar al diablo la cautela que había adoptado hasta el momento para no salir al descubierto.

Improvvisamente una fuerza impetuosa me atravesó el cuerpo, acerqué la silla a la mesa de la computadora y escribí impulsivamente algunas palabras.

“Sé que sos Oscar. ¡Porqué no das la cara, cobarde!”

Aquella frase liberatoria no salió de la cabeza. Fueron el instinto y la rabia que hicieron mover mis dedos sobre el teclado, como en un gesto de rebelión. No obtuve ningún resultado, pero la idea de enfrentar a mariposa de una vez por todas me hizo sentir mejor.

Pasaron unos instantes, el tiempo de fumar rápidamente un par de bocanadas y llegó su primera respuesta.

“¿Oscar? ¿Quién es Oscar? ¿Estás equivocado Capitán!”

Del extenuante silencio del anonimato al final apareció una señal, una respuesta dada casi en tiempo real. Estábamos conectados en el mismo

instante y quién sabe desde qué locutorio de Buenos Aires o del mundo me estaba escribiendo.

“¡Livia! ¡Entonces sos Livia! Claro... ¿cómo no me di cuenta antes? Decidiste atormentarme desde cuando descubriste quién era realmente tu madre”.

Tenía la sensación de que se me podía escapar de un momento a otro. Como el marinero perdido que alcanza la costa orientándose gracias a la luz del faro, del mismo modo esperaba encontrar en una respuesta genérica algo que me ayudara a entender quién era aquel interlocutor. Ya estaba seguro que no podía ser un anónimo navegante de la red. Mariposa conocía muchas cosas de mi pasado y podía chantajearme, igual que Livia. Debía descubrirla a toda costa.

“Las personas como ustedes no saben qué es el amor. Nora López es sólo una víctima, una de las tantas que han doblegado. Es el ejemplo de los abusos que han perpetrado sobre la mente y sobre el cuerpo de un ser humano”.

Intercambiamos algunos mensajes y una vez más volví a creer que se trataba de ella. Se expresaba del mismo modo y, en un par de ocasiones, se equivocó al escribir algunas palabras. Podían no ser errores de tipeo. Intenté pedirle de encontrarnos, de intercambiar nuestras opiniones mirándonos a los ojos. Fue todo inútil.

Pregunté también si era un militar. El hecho de conocer mi verdadero nombre y el de Ricardo, por un momento, me hizo pensar que podía tener algo que ver con algún viejo conocido. Para descubrirlo intenté con un par de preguntas sobre cuestiones reservadas del Club Atlético, que sólo un ex militar como yo podía saber.

De improviso dejó de escribir.



## Palabras encadenadas

Livia tenía en los ojos una antigua rabia que revelaba la sombra de la venganza y de la intolerancia cada vez que nos encontrábamos. La cosa que más la atormentaba era la idea que su madre había amado a Ricardo hasta el final. Una realidad incómoda, imposible de digerir, que debía rechazar en absoluto pero que, al mismo tiempo, le estaba socavando su inconsciente.

Las cartas que había encontrado en el departamento romano dejaban imaginar lo comprometida que estaba su madre en el proceso de recuperación y mi vieja amistad con Giorgetti, pero, por sí solas, no habrían sido suficientes para descubrir toda la verdad.

Sin mi ayuda nunca habría podido reconstruir el gigantesco mosaico de la historia de Nora López en la Argentina. A pesar de haber dudado constantemente de mi versión, le dije siempre todo aquello que sabía, cumpliendo el acuerdo, desde el primer día.

Quizás el 27 de abril, fecha de nuestro último encuentro, logré insinuarle la duda, a hacerle cambiar la imagen que tenía de su madre y menoscabar el delirante concepto de la mujer mártir que se había traído en su largo viaje buscando justicia.

Livia Tancredi era una joven entrometida y presuntuosa. Así se había presentado en mi vida. Aquella mañana en Plaza San Martín en cambio, estaba distinta, parecía insegura.

Tenía un mal aspecto y, cuando la vi reducida de ese modo, experimenté un sutil placer. Su sufrimiento siempre ha generado en mí una cierta forma de placer.

Sabía que antes o después iba a terminar así. ¿Cómo podía pensar en venir a Argentina, abrir la puerta del pasado de su madre y no pagar las consecuencias? ¿Con qué coraje esperaba aclarar la historia sobre Nora y Ricardo, permaneciendo indiferente a la noticia que los dos estaban locamente enamorados desde el '76?

Aquella tarde Livia tomó conciencia que no conocía en absoluto a su madre. Su propio coraje se transformó en debilidad y la determinación, que había ostentado durante los primeros días, se esfumó como una burbuja de jabón.

¡Pobre idiota!

Quiso indagar sobre quién era realmente Nora, conocer su historia y descubrir como vivía a la sombra de Ricardo. La persiguió en el lejano

pasado para volver a encontrarla terrorista, y por si fuera poco amante del mismo militar que la había hecho prisionera.

Cuando llegué a la cita la encontré sentada en el banco de siempre, frente al gran árbol. Parecía estar observando algunos niños que jugaban a la pelota, pero era evidente que tenía la mente en otro lugar.

Se percató de mi presencia y me hizo una seña de sentarme, luego quiso saber cuál era el trato reservado a los detenidos que colaboraban.

Le expliqué que su madre, después de pocos días de reclusión, fue empleada en las actividades de mantenimiento y administración del Centro, con una tarea en la lavandería. Le dije también que su inserción en el programa de recuperación se decidió luego del éxito de las operaciones de arresto. Ella comenzó a dar nombres y Ricardo los atrapó a todos, uno por uno.

Livia me escuchaba como un alma en pena, sin dirigirme en ningún momento la mirada.

—... fue en aquella ocasión que tu madre obtuvo una mejora de las condiciones de prisión. Cada día le otorgábamos una tarea distinta.

—¿Qué tipo de tarea?

—Además de brindarnos la información para atrapar a los montoneros de la villa, comenzamos a utilizarla durante los interrogatorios para convencer a los detenidos a hablar.

Ella me miró con aire incrédulo. Por primera vez le estaba contando el rol de Nora López en el Club, después de haberse entregado a Ricardo.

—Tu madre era conocida en el ambiente de los subversivos. Era considerada entre las más combativas, una irreductible. Ninguno de sus compañeros habría imaginado nunca que habría hecho el salto.

—... ¿el salto? ¿qué salto? —me preguntó Livia con la mirada contraída. Yo me tomé el tiempo, como para saborear mejor el efecto arrollador de mis palabras, luego se las escupí encima, junto a otra parte de verdad.

—Que se había pasado de nuestro lado. Deberías haber visto sus caras cuando entendían que habían sido traicionados.

Livia palideció. La miré de reajo y noté toda su incomodidad. La idea de su madre capaz de traicionar a sus propios compañeros era insostenible. A pesar de estar sentados, me tomó de un brazo como para sostenerse.

Yo, despiadado, proseguí con el relato.

—... cuando los subversivos llegaban al Club, tu madre entraba en la leonera y, antes incluso del interrogatorio, trataba de convencerlos a confesar todo. Les decía que si hablaban iba a ser mejor, que después del

*interrogatorio los dejaríamos ir. ¡Te aseguro que su sistema funcionaba mejor que la picana! A veces le poníamos a alguien en su celda, esperando que los hiciera hablar y luego entrábamos en escena.*

Se notaba la desesperación de Livia en sus ojos. Habría querido gritar, pero su garganta estaba ahogada por la conmoción. Logró a duras penas balbucear alguna palabra, su voz estaba sofocada por un sentimiento de vergüenza.

—*¿Era...? ....¿me estás diciendo que era... una cómplice de ustedes?*

—*¡Sí! Por eso Ricardo la exhibía como un trofeo. La colaboración de tu madre era la prueba contundente de la capacidad de Ricardo.*

Sobre los labios de Livia apareció una mueca que parecía una sonrisa, pero no lo era. Se trataba de su torpe reacción a mis palabras, que le llegaban derecho al corazón como cuchilladas.

—*¡No puedo creerlo! Sometían a las personas mediante la tortura, de qué colaboración me habla* —respondió levantándose de repente del banco— *¡conozco a mi madre y no habría hecho nunca algo por el estilo!*

Se echó a llorar, yo permanecí impasible. Reflexioné sobre aquello que había dicho sobre el uso que hacíamos de la picana para convencer a los detenidos a colaborar. Era así, ¡era la regla! Pero con Nora López después del tercer interrogatorio las cosas fueron distintas. Ella era la detenida de Ricardo, fue éste el verdadero motivo de su recuperación. Si él no se hubiese empecinado, la detenida N° 84 no habría tenido escapatoria, la habríamos trasladado enseguida y ya no hubiese podido entrar a formar parte del grupo de los pocos afortunados a quienes les ofrecíamos la oportunidad de sobrevivir. Era destinataria de un privilegio que, al mínimo error, podíamos quitarle sin problemas. La vida de todos los detenidos del Club estaba en nuestras manos e incluso quienes colaboraban podían ser eliminados en cualquier momento. Lo sabía bien incluso Nora: por eso cada semana respiraba aliviada, cuando se enteraba que no formaba parte de la lista.

Como en los demás Centros, la línea de conducta del Atlético era la de recuperación de algunos detenidos. Yo era escéptico frente a dicha política. Para mí las manzanas podridas de la sociedad difícilmente habrían podido reinsertarse en la nueva Argentina. Las mentes de aquellos jóvenes estaban enfermas y había muy poco que recuperar.

—*Hábleme de la relación entre ellos* —me dijo.

Pero más que una orden, aquella vez sus palabras me resonaron como una súplica. Esperaba obtener de mí un pretexto, un elemento, cualquier cosa que confirmara la hipótesis de su madre sometida a la mente enferma de un torturador, contra quien no podía rebelarse.



¡Tonterías!

Y aunque, absurdamente, hubiese querido sostener su tesis, no podía simplemente porque las cosas no sucedieron así.

—*Tratá de resignarte. Ricardo y tu madre se amaban. Durante todo el período de permanencia en el Club han vivido una historia que iba más allá de la razón.*

Pronuncié aquellas palabras con cierto sadismo, mientras registraba cada sensación suya de dolor. De repente el recuerdo de mi amigo apareció en mi mente como una corriente de aire.

En el período del arresto de Nora, Ricardo desarrollaba gran parte del servicio recorriendo Buenos Aires. Él prefería capturar subversivos, en lugar de hacer los turnos de guardia en el sótano.

Cerré los ojos y recordé cuando, de regreso del servicio de patrullaje, fue a buscar a Nora que estaba en la celda al final del tubo. Me parece incluso de volver a escuchar su voz: “Vi a tu madre, le dije que estás bien...” le dijo abrazándola. Eran los primeros tiempos de la historia de amor entre ellos.

La vislumbré desde la rendija de la puerta entreabierta. Nora correspondió al abrazo, apartando las cadenas. Tuvieron sexo sobre el piso, rápidamente, estrechándose uno contra otro sobre un montón de trapos. Parecían dos animales en celo. El ruido de las cadenas y de sus respiraciones jadeantes se confundían con los lamentos de los demás detenidos. Ricardo le quitó la capucha y la tomó con vehemencia, aferrándola con sus fuertes manos. Ella le acarició los cabellos y lo recibió inclinando ligeramente la cabeza, lista para hacerse besar el cuello.

Reviví mentalmente la secuencia de aquella relación, volví a escuchar sus palabras. Estaban enamorados y fantaseaban con un futuro imposible, a oscuras del hecho que pronto se habrían perdido de vista.

Nora y Ricardo estaban uno dentro del otro como dos poseídos. Y no me sorprendería saber que esa loca asesina lo sea todavía hoy, después de haberlo matado destrozándole el cuerpo en el peor de los modos.

Aquel gesto de acariciarle la cabeza con las manos todavía ensangrentadas debe haber sido su último acto de amor, la acción final de la mantis religiosa.

Si Ricardo me hubiese escuchado, las cosas hubiesen sido distintas. Si sólo hubiese seguido mi consejo de mantenerse lejos de esa psicópata, hoy todavía estaría vivo. Lamentablemente siguió el instinto y yo no pude más que aceptar su obstinación. El hecho es que con los “si” y los “pero” no se construye la historia de las personas, menos aún se pueden entender las elecciones de Nora y Ricardo. Solo puedo desear que él descansa en paz y que ella se pudra en la cárcel.

Yo me había resignado acerca de la historia entre ellos, ahora le tocaba a Livia.

Claro, si Nora López no hubiese sido su madre, ella misma no habría empleado todo este tiempo para buscar una justificación. Seguramente la habría etiquetado como una puta que, con tal de salvarse la vida, había elegido lanzarse a los brazos de su carcelero. En cambio la puta en cuestión era la mujer que la había parido y para Livia no era fácil aceptar.

—*Mi madre ha sido víctima de un torturador. ¡En las condiciones en que se encontraba no podía hacer otra cosa!* —afirmó de nuevo.

Usaba siempre las mismas palabras, como un disco rayado. Comencé a molestarme por su testarudez. No sabía ya qué hacer para hacerle entender que estaba contándole la verdad.

—*¡Estaba yo también en el Club, los veía con mis propios ojos! ¿Entendiste? El amor que sentía tu madre hacia Ricardo era real, se percibía en el aire, como el odio que sentía hacia mí.*

Nora López no era una víctima ni mucho menos Ricardo su carní-  
fice. Los dos eran una sola cosa, una energía que crecía, día tras día. Quizás ni siquiera ellos se daban cuenta de ser tan cómplices.

A menudo Ricardo asumía un comportamiento de protección hacia Nora y, cuando podía, le regalaba hasta la ilusión de la libertad. Lo hacía transgrediendo las férreas reglas del Centro, arriesgándose cada vez de recibir una medida disciplinaria. Siguió así hasta el día en que, aprovechando mi ausencia, sacó a Nora de su celda, le quitó las cadenas, le dio un vestido nuevo para ponerse y la llevó a pasear por la ciudad.

Ricardo logró sobornar con una buena propina al guardia de la entrada vehicular y la hizo salir del Club, sin autorización. Los dos amantes pasaron juntos toda la tarde. A su regreso encontraron al Comandante en persona que los estaba esperando. Desde aquel momento el sargento Giorgetti fue inmediatamente destituido del cargo y trasladado a otro Centro; la detenida N° 84 fue llevada a la ESMA donde transcurrió la segunda parte de su detención, para concluir la gradual recuperación de su reinserción en la sociedad antes de ser mandada al exilio.

La historia entre ellos volvió a comenzar en Roma treinta y dos años después.

Las lágrimas caían copiosas sobre el rostro de Livia. Sus ojos brillantes parecían de vidrio quebrado.

—*Le estupraron el cuerpo y la mente. ¿Y me venís a hablar de emociones, de amor? ¡Son unos cerdos!*

No le hice caso a sus insultos, noté en cambio que por primera vez se estaba dirigiendo a mí tuteándome.

—...una unión indisoluble. Es por eso que se volvieron a encontrar después de tantos años. ¿Entendiste? ¡In di so lu ble!

Pronuncié aquella palabra separándola en sílabas, dejándola resonar en su mente. Luego entre nosotros cayó un frío y triste silencio mientras nos encaminábamos a dar el paseo habitual entre los jardines de la plaza. Procedíamos a una distancia no muy cercana, aquella dictada por una espontánea y recíproca sensación de fastidio. Pensaba en lo penoso que era todo entre nosotros dos.

Una pregunta suya interrumpió el silencio:

—¿Entonces por qué habría querido matarlo? —me preguntó mientras se secaba las lágrimas con la manga del abrigo.

Me tomé un poco de tiempo antes de responder. Me detuve a pensar que, por primera vez, Livia estaba tomando en consideración mis palabras. Hasta el momento nunca lo había logrado.

—¡Porque lo extrañaba! —respondí calmamente.

—¿Qué significa? ¿Se habían reencontrado, no?

—Sí. Pero él estaba casado, tenía mujer e hijos. ¿No crees que tu madre habría querido que vivieran juntos?

—¡No! ¡Mi madre no estaba hecha para la convivencia!

Pronunció aquella frase irritada, a regañadientes, esperando que no hubiese escuchado. Le bastó una mirada para entender que yo sabía también de ese aspecto de la vida de su madre.

Ricardo me había contado sobre el matrimonio borrascoso de Nora con Giovanni, el padre de Livia. Me había dicho también que había sido ella quien lo echó de la casa y no le dejaba ver más a su hija. En ese momento Livia tenía 4 años.

Hice de cuenta que no pasaba nada y retomé el tema de Nora y Ricardo.

—A pesar de que se habían reencontrado más enamorados que antes, él no estaba disponible o, por lo menos, no podía estar presente en la vida de tu madre, como ella hubiese querido. ¿Entendiste ahora?

Livia me miró perpleja. Habrá pensado que era un loco al atribuir tanto amor a aquella tórrida historia y sobre todo a un hombre que consideraba una bestia, incapaz de tener sentimientos.

Negó con la cabeza en signo de desaprobación, luego volvió a ser impetuosa, como si una ola de energía le hubiese devuelto la carga.

—¡No es posible! ¡Mi madre nunca amó a ese miserable! ¡Es falso, es todo falso! Vos y tu amigo están hechos de la misma madera y querés hacerme creer que era vuestra cómplice. ¡Basta! ¡Basta!

Livia se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos, como para escapar de la realidad.

—*¡Se liberó de él! ¡Mi madre sólo se liberó de ese canalla!—me dijo gritando con todo el aliento que pudo.*

Se acercó y yo instintivamente retrocedí un par de metros.

—¡Sos una tonta ingenua! ¡No es por eso que lo mató! Si la persona que amás está ausente se puede llegar a negarla para sobrevivir. ¿Lo entendés? Tu madre lo amaba, pero no podía tenerlo. Lo mató... lo borró para siempre de su propia vida.

—¡Bastaaa! ¡Callate... !

—¡No! Viniste a buscarme para conocer la verdad y ahora es justo que vos lo sepas. ¡Es esta la única verdad!... ¡Tu madre es una asesina!

Pronuncié aquellas palabras, liberándome de todo condicionamiento, en aquel momento sabía que era el más fuerte.

Livia permaneció sin palabras. En su mirada pude ver el odio y un irrefrenable deseo de herirme. No tenía ningún arma para hacerlo, pero lo intentó con sus mismas manos, dándome una cachetada en el medio de la cara. Usó toda la fuerza que tenía adentro. Luego, se escapó, en dirección a la calle Ricardo Rojas. La vi cruzar Florida y confundirse entre la multitud, hasta desaparecer.

El movimiento brusco y el ruido sordo de aquel golpe hicieron volar algunas palomas poco distantes.

Recibí la cachetada sin pestañear. La presencia de algunas personas en las cercanías me indujo a no reaccionar, aunque sentía bullir la sangre en las venas. Sentí una extraña sensación de calor, como si la cabeza me estuviese por explotar. De la rabia, arrojé el diario que tenía entre las manos, imaginando aferrar su delgado cuello.

Me quedé paralizado pensando que Livia jamás se hubiese osado a tanto. A pesar del odio y el desprecio que demostró varias veces hacia mi persona, nunca había levantado un dedo. Por un instante estuve incluso tentado de alcanzarla, pero debí renunciar, ya estaba muy lejos y yo demasiado viejo para correrla.

Me encaminé con aire indiferente, mientras la voz del inconsciente gritaba venganza por el agravio sufrido. Pensé una vez más en las ventajas que habría tenido si la hubiese liquidado con mis propias manos.

¡Estaba cada vez más convencido que sólo muerta Livia no me crearía más problemas!

Dios sólo sabe cuántas veces había pensado en tirarla abajo de un auto en movimiento, justo allí, alrededor de la plaza donde el tráfico

circulaba veloz. Un empujón y listo, para luego desaparecer entre la muchedumbre en el anonimato. Y en cambio, como un estúpido, en cada encuentro había elegido la solución más difícil.

Traté de tranquilizarme. Necesitaba calmar la rabia, que me ahorcaba como una serpiente alrededor del cuello. Vagué por las calles del centro, ajeno a las personas y a los ruidos, mientras una infinidad de interrogantes se sobreponían en mi mente alborotadamente.

Aquella noche en casa, de nuevo encerrado en mi escritorio, decidí que no quería volver a verla. Algunos días después me di cuenta que también ella había tomado la misma decisión. Livia no apareció más, ni llamó y el 4 de mayo, exactamente una semana después del episodio de la cachetada, volvió para Italia. De ella hoy me queda sólo la incertidumbre del futuro y los fantasmas de un pasado que resuenan en mi desesperada soledad.

Los días que siguieron fueron agitados, me parecía proseguir en un túnel sin posibilidad de retorno. Traté de poner en orden mis pensamientos y actuar con método, como estoy acostumbrado a hacer, pero la dificultad más grande la encontré en el intento de volver a la serenidad que tenía tiempo atrás.

Me parecía haber perdido la brújula y ya no saberme orientar. En aquel vacío temporal, que parecía una tregua, había sólo niebla alrededor, una densa capa que me envolvía hacía un mes.

Desde el 27 de abril todo se volvió más inestable: Livia y yo habíamos agotado todos los temas y con ellos el hecho de no soportar vernos más. Fuimos conscientes de haber contado tantas cosas sin que haya servido para nada. La rigidez de nuestras posiciones obstaculizaron cualquier salida posible; el odio recíproco ahorcó el resultado de nuestros encuentros, dejándome sólo con la incógnita de un final abierto. Siento haber perdido la apuesta.

Enfrentamos la verdad y, como sucede a menudo, alcanzar un objetivo similar conlleva siempre pagar un precio.

Pero, ahora, seré yo quien pague el precio más alto.

Si ella por su parte deberá confrontarse con el hecho de saber quién era realmente su madre, yo no podré evitar enfrentar la dificultad más grande: la de un miserable regreso a la realidad.

Quizás no debí hostigarla, no debería haber expresado mi punto de vista sobre la Argentina de aquellos años, ni mucho menos haber juzgado a su madre y a los demás detenidos durante el período de prisión en el Club.

Livia sabe quién soy y dónde vivo, denunciarme para ella es la cosa más obvia.

Todo culpa de mi estúpida costumbre de analizar al infinito los hechos y las palabras, para defender una ideología que ya no existe más.

Si hubiese evitado el enfrentamiento con ella y me hubiese limitado a contar los hechos, quizás hoy sentiría menos gravoso el peso de su venganza. Es justamente así, debería haber contado la historia de su madre sin comentarla y limitarme sólo a responder a sus estúpidas preguntas.

En este momento habría tenido mayores posibilidades de vivir un futuro sereno.

Por otra parte Livia había venido a Argentina para descubrir el pasado de su madre y no para conocer mi pensamiento.



## Ironía de la suerte

Miércoles 5 de mayo, no hice tiempo a atravesar la puerta de casa que mi esposa vino a mi encuentro entusiasta para comunicarme la fecha del almuerzo con nuestros consuegros. Me mostré interesado, pero en realidad fingía, tenía otras cosas bien distintas en qué pensar.

La partida de Livia, ocurrida improvisamente después de una semana de total silencio, no me dejaba presagiar un futuro sereno. Percibía por todos lados su presencia: en la oficina, por la calle, incluso dentro de casa vivía con la sensación de estar siendo espiado por sus ojos de hielo.

Había contemplado una vuelta difícil a la cotidianeidad, pero no imaginaba que podía ser tan angustiante. Vivía aquellos días con un extraño presentimiento encima y me sentía víctima de una oscura amenaza, como si de un momento a otro estuviese por sucederme algo desagradable.

A pesar de todo, el encuentro tan esperado con los parientes de la futura esposa ya no podía aplazarse más y debí ceder a la decisión de Patricia.

Comenzaron así los preparativos que iban a prolongarse hasta el sábado siguiente, día fatídico del gran encuentro.

A decir verdad había también otro pensamiento que me acosaba: recuperar el aprecio de mi hijo. Desde el día de la noticia del casamiento, todavía no le había expresado mi apoyo, ni le había dado coraje en ningún momento para la realización de un paso tan importante.

Él, en cambio, había acudido a ayudarme, logrando poner a un lado el rencor que anidaba hacia mí. De hecho, después de semanas de nerviosismo, el almuerzo con los padres de Cecilia representaba la ocasión exacta para reestablecer el clima de antes y para demostrarle todo mi afecto a Manuel. En fin, era un intento de volver a la normalidad.

La repartición de tareas en la cocina con Patricia estaba clara: como de costumbre, yo me debería ocupar del asado, mientras ella del resto.

*—Tenemos que preparar un almuerzo excelente —me dijo en la puerta de casa.*

La tranquilicé.

*—No te preocupes. Vamos a quedar bien y Manuel estará orgulloso de nosotros. Vas a ver, ¡se van a chupar los dedos!*

Patricia sonrió y me abrazó. Desde hace días que no la veía así de buen humor.

*—¿Va a estar también el monseñor? —le pregunté de repente.*



—*¡Claro! Vendrá también él. Por como habla Manuel de él debe ser un tipo brillante...*

—*¡Como también los padres de Cecilia!* —repliqué.

—*¡Por supuesto! Estoy feliz por nuestro hijo.*

Asentí, luego me detuve a pensar en Don Carlos. Entre los huéspedes era aquel que me suscitaba mayor curiosidad. Quizás al menos él, como hombre de Iglesia que era, había conservado los antiguos valores o bien, con el paso del tiempo, los había renegado, como habían hecho los demás hipócritas servidores de Dios.

El jueves pasé por la carnicería para encargarme la carne que habría retirado directamente la mañana del sábado. Fui a cumplir la tarea más delicada del asador, la elección de los distintos cortes de carne para cocinar.

Acordate, un buen asado comienza desde la elección de la carne y la preparación del fuego. Con estas palabras mi abuelo me contaba como se había hecho famoso como experto asador. De él había heredado aquella pasión.

Yo era niño cuando lo acompañaba a la antigua carnicería de los hermanos Gavarro al final de la calle Armenia. Un cartel colgado en el interior del negocio decía: “Mas vale asado en el plato que cien vacas en el campo”. ¡Nada más verdadero para un argentino!

Han pasado tantos años y la carnicería está todavía allí, a cinco cuadras de mi casa. Fue traspasada de padre a hijo y ha conservado la fama de ser la mejor del barrio.

Aquella mañana decidí de ir a pie, pasando por Scalabrini Ortiz. Tenía ganas de dar un paseo por el barrio donde había crecido, olvidarme un poco de la ansiedad que me torturaba y recorrer con la mente los recuerdos de la juventud y de los viejos amigos.

¡Qué lindos tiempos! Recuerdo que éramos tan numerosos que, cuando invadíamos las calles con nuestras bicicletas, bloqueábamos el tráfico de la zona. ¡Esas sí que eran carreras!

El itinerario era siempre el mismo: la partida y la llegada coincidían con la entrada del Jardín Botánico sobre la Avenida Santa Fé y el recorrido, a lo largo de veinte cuadras, preveía pasar por Godoy Cruz, Honduras y Scalabrini Ortiz.

No logro hacer un relato preciso de todo aquello que sentí, pensé e hice aquel jueves por la mañana. Si bien recordaba toda persona y suceso, tenía una visión alterada de la realidad, casi deforme. Probablemente la

causa de eso debía atribuírsela a un extraño episodio que me sucedió en aquellas horas.

Todo sucedió en proximidad al puesto de diarios donde me había detenido para comprar el periódico. Intentaba leer la noticia de la extradición de España de Poch, el ex piloto de los aviones de la marina, cuando me distrajo la voz de un hombre que repentinamente me bloqueó el camino.

—¿*Felipe?* —me preguntó en voz baja.

Si bien estaba seguro de no ser yo el destinatario de ese llamado, instintivamente levanté la mirada para ver quién era y me encontré frente a un energúmeno, calvo, con las mandíbulas marcadas y la mirada torva. El aspecto era el de un malandra.

Intenté explicarle que no me llamaba así, pero él no quiso escuchar razones. Doblé el diario y lo coloqué en el bolsillo del abrigo, mientras el tipo se miraba alrededor para controlar si estábamos solos. Luego se acercó y me susurró una frase al oído:

—*Debo entregarte un mensaje. Caminá y no hagas historia si no querés problemas* —me dijo tirándome de un brazo.

¿Qué quería de mí un desconocido? Y sobre todo ¿cómo se permitía de hablarme de ese modo?

No soporté el agravio y, a pesar de que era más robusto y joven que yo, reaccioné enérgicamente.

—*¡Quitame las manos de encima!* —lo intimé con firmeza. Luego apuré el paso en dirección a la carnicería ilusionándome de haberlo convencido de dejarme en paz. No fue así, recorrí una decena de metros y me lo encontré detrás, más aguerrido que antes.

Aquella vez fue él quién me enfrentó. Me tomó del cuello del abrigo y me arrojó sobre la persiana de un negocio. Tenía una fuerza sobrenatural y logró inmovilizarme, apretándome el cuello, casi hasta sofocarme. A ese punto dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo, renunciando a toda resistencia. Sólo entonces aflojó un poco para dejarme respirar. Forcejé algunos segundos antes de retomar el aliento.

—*¡Si crees que podés hacerte el astuto conmigo te equivocás!* —me dijo apretando los puños como signo de advertencia.

—¿*Quién sos, qué querés de mí?* —le pregunté con un hilo de voz.

—*Me manda Fernando Massi.*

Pasé lista de aquel nombre en el archivo de mi memoria, buscando un indicio para entender quién mandaba a esa especie de púgil, pero no recavé ninguna información.

—*¡No me llamo Felipe y no conozco a Fernando Massi!* —repliqué mientras me pasaba una mano sobre el cuello para aliviar el dolor de su toma mortal.

—*¿Ah sí? Veamos si esto te refresca la memoria* —respondió él mostrándome una foto que retrataba a dos hombres conversando.

—*¿Entonces? ¿Seguís tomándome el pelo?*

Miré la foto sin poder esconder todo mi asombro. Sacando los anteojos, me parecía increíblemente al hombre de la derecha. Un nombre y una vistosa flecha marcada con una birome lo indicaba como Felipe. Los lineamientos del rostro, la barba y el corte de cabello de aquel tipo en pose eran idénticos a los míos. Imaginé que el otro hombre debía ser Massi y aquella foto la prueba contundente de que se conocían. Me pregunté qué tenía que ver yo con aquellas dos personas.

—*Es el último aviso. ¡El señor Massi quiso que viniera yo a decírtelo personalmente! Si no entregás el dinero en una semana, deberás decirle adiós a tu concesionaria de autos.*

Tragué la saliva y respiré antes de reelaborar el sentido del ultimátum que me había apenas hecho. Luego me detuve a reflexionar sobre sus palabras: se referían a hechos que no conocía.

¿El dinero? ¿Pero de que dinero me estaba hablando? Y luego, la amenaza de extorsión a la concesionaria de autos. Yo nunca tuve una concesionaria.

Me di cuenta de la complejidad de la situación en la cual había caído. Se trataba de un gran equívoco, de una historia peligrosa, de la cual debía salir lo antes posible, para evitar consecuencias desagradables. Una hazaña nada fácil.

Era evidente que el tipo se había equivocado de persona, ¿pero cómo podía demostrarlo yo?

Le pedí observar mejor la fotografía y él asintió. Fue entonces que me di cuenta de un detalle importantísimo sobre la sien izquierda de mi doble: una mancha de color oscuro sobre la piel extendida hasta el nacimiento de los cabellos.

Di un suspiro de alivio. Aquel lunar de nacimiento era la única diferencia y la prueba sustancial que me habría liberado de las garras de aquellos peligrosos delincuentes.

—*¡No soy yo, mirá!* —le dije fingiendo estar tranquilo. Te lo había dicho que me estás confundiendo con algún otro.

El energúmeno me miró con sospecha, luego tomó la foto entre las manos y la puso al lado de mi cara para comparar mejor. Pasaron algunos

instantes, para mí un tiempo eternamente largo, durante el cual percibí el corazón elevarse del pecho por la agitación. Poco después el tipo levantó los ojos al cielo e hizo una larga respiración. Estaba admitiendo de haber cometido un grave error que el señor Massi no le iba a perdonar nunca.

Para agregar otra prueba que confirmara el equívoco, saqué del bolsillo del saco mi documento de identidad y se lo mostré. Él leyó mi nombre y con tono preocupado lo pronunció en voz alta:

—*Luis Pontini... ¡mierda... mierda!* —gritó.

Se fue despotricando. Yo permanecí inmóvil, apoyado en la persiana del negocio, tratando de tranquilizarme. Su vehemencia me había asustado terriblemente.

En el giro de pocos minutos había vivido la paradoja de mi transformación física y, después de treinta años pasados cómodamente detrás de un rostro disfrazado, estaba pagando las consecuencias.

El encuentro con un delincuente así y la increíble similitud con un desconocido casi habían puesto en riesgo mi segunda identidad.

Y así, por ironía de la suerte, había rozado el peligro de sufrir un gran castigo: no en el rol de un ex capitán del ejército, como habrían deseado muchos, sino en el rol de mi mismo sosia por un absurdo intercambio de persona.

Atravesé la calle y me apoyé sobre un auto estacionado. Estaba cansado e indeciso sobre qué pensar. Mi equilibrio emocional ya estaba completamente alterado. En la cabeza los pensamientos y los miedos comenzaban a perseguirse en un laberinto oscuro, donde sombras y rostros hostiles me seguían.

Exhausto llamé a un taxi. Con dificultad logré pronunciar la dirección de la carnicería al conductor.

\*\*\*

Hasta la actitud del vecino del piso de abajo me parecía distinta de lo habitual. Me di cuenta por casualidad, cuando me lo crucé en la entrada del edificio y él hizo de cuenta de no haberme visto. Incluso apuró el paso, para meterse en el portón antes que yo.

También cuando me lo encontré cara a cara en el ascensor y le dirigí la palabra, él respondió a regañadientes sin siquiera dirigirme una mirada.

Comenzaron a atormentarme algunas reflexiones que nunca había hecho antes.

El día después hablé de esto con Patricia. Enfrenté el tema partiendo del episodio que había vivido ella misma cuando en el garaje del supermercado encontró la rueda del automóvil agujereada.

También en ese caso tuve una sospecha. Un rasgón de diez centímetros en el neumático no podía ser considerado normal. Alguien lo había hecho intencionalmente con un cuchillo para hacernos un desaire.

¿Eran todas paranoias mías con respecto al prójimo, o bien aquella vez se trató de una coincidencia?

Quería que se aclararan las cosas y entender si también Patricia había notado en los últimos tiempos comportamientos extraños por parte de los vecinos, si sentía la misma sensación que yo de sentirse espiada.

Cuando se lo pregunté estaba preparando las empanadas y no le dio mucho peso a mis palabras. Le hice claras alusiones a la posibilidad de ser el blanco de alguien, pero ella cortó la conversación sobre el tema y siguió cocinando.

—¿Luis a qué te referís? *Quedate tranquilo, habrán sido los vándalos de siempre que perforaron la rueda del auto.*

—... sí, pero... *si hay alguien que...*

—... *dale, cortala con estas manías, pasame el aceite por favor.*

Pronto intuí que mi intento había sido demasiado ingenuo.

¿Cómo podía pensar en su ayuda? Me había dirigido justo a ella después de haberla excluido durante un mes de mi vida. Patricia no imaginaba mínimamente de dónde nacían mis miedos, ni la historia que me unía a Livia.

La miré y, por primera vez, sentí el remordimiento de haberla hecho sufrir. En aquel momento no pude evitar pedirle perdón.

Hubo una pausa de silencio, luego dejó de amasar la harina y me abrazó.

—*Te amo*—respondió.

Al escuchar decirme aquellas palabras entendí que Patricia no sentía ningún resentimiento hacia mí por las ofensas sufridas y una agradable sensación de alivio hizo desaparecer definitivamente la tensión que se había insinuado entre nosotros en los días pasados.

Aquella noche al final logré dormir.



## ¡Buen provecho!

En un rincón de la terraza de casa había hecho construir una mesa bien equipada para las parrilladas en familia. Allí estaba todo lo que podía necesitar un cocinero especializado y podía entrar sólo yo. Por eso mi hija lo había bautizado el “pequeño reino del asador”.

El sábado por la mañana a las siete ya había encendido el fuego y estaba listo para ir a la carnicería Gavarro para retirar la carne que había encargado. Si quería causar una buena impresión con los señores Ferrero, debía apurarme, de lo contrario no habría llegado a tiempo para preparar un buen asado. Del sótano me había abastecido de bastante leña para las brasas, la de quebracho, que produce un calor elevado sin quemar la carne. Sobre la mesita había preparado una gran bandeja para los distintos platos, dos trinchantes, un cuchillo con la punta delgada para perforar las morcillas y una infinita colección de especias para satisfacer el pedido de cualquier paladar. En un bol ya estaba listo el chimichurri, que había dejado macerar.

Salí, Patricia y a Ana se ocupaban de los últimos preparativos. Me encaminé con paso constante, estaba inmerso en mis pensamientos y no me di cuenta enseguida de un hecho realmente inusual: abajo de casa y en la calle límite no circulaban autos. Todo estaba insólitamente detenido, como el aire denso que se respiraba y las persianas bajas de las ventanas del edificio de enfrente. Por un segundo incluso sentí que no me encontraba en Buenos Aires.

Levanté la vista y me detuve a mirar la luz del sol, todavía débil bajo un cielo cubierto, de color gris claro. La ausencia de ruidos y de las bocinas frenéticas me hizo sentir una sensación de total soledad, que desapareció sólo cuando giré por Scalabrini Ortiz, donde en cambio la vida porteña parecía transcurrir como siempre. En aquel punto habían desviado el tráfico de medio Palermo.

Tardé unos veinte minutos para llegar a la carnicería y, cuando regresé, en las cercanías de casa, vi una aglomeración de personas al final de la calle. Un poco más allá, después del cruce, había algunos policías alrededor de un blindado.

«*Habrán encontrado a otra banda de traficantes*» —dije para mis adentros.

Desde que el mercado del tráfico de drogas se había trasladado a los barrios del centro, sucedía cada vez más frecuentemente tener que asistir a alguna redada de la policía.



Una cosa similar ya había sucedido un mes atrás cuando las fuerzas especiales habían arrestado a una banda de criminales en un subsuelo de esa calle al 1220. Aquella vez se trató de malvivientes especializados en los robos a los bancos.

“Importante operativo policial en el barrio de Palermo.

Desarticulada una banda de peligrosos criminales”.

Por la noche en televisión dieron una amplia importancia a la noticia. Lástima que en poco menos de una semana aquellos malvivientes quedaron casi todos en libertad.

¡Qué hipocresía!

Y esa que estaban organizando debía ser la enésima e inútil acción de las fuerzas del orden contra la criminalidad. Tuve la confirmación de esto por casualidad, de la única alma viva que estaba pasando en aquel momento debajo de mi casa: un ciego. Lo vi avanzar lentamente; balbuceaba una serie de elogios sobre el operativo de la policía.

—*¡Hoy es un día especial, los policías vendrán a arrestar otros miserables!*

Dijo en voz alta, mientras exploraba la vereda con su largo bastón blanco. Estaba solo y, a pesar de que la vida lo había mortificado con la desgracia de la ceguera, parecía feliz. Sobre todo, tenía un aire de estar satisfecho por aquella noticia, que en cambio yo consideraba otra burla más para los ciudadanos.

¿Cómo podía exultar por tan poco? ¿Qué valor podía tener el arresto de un criminal, si el sistema mismo lo habría puesto nuevamente en libertad?

¡Pobre viejo! Debía ser ciego en todos los sentidos por no advertir la inseguridad que se respira todos los días en Buenos Aires.

No logré contener una pregunta:

—*¿No piensa que le está dando demasiada importancia a una bufonada por el estilo? ¿Quiere apostar conmigo cincuenta pesos que dentro de una semana nos los encontraremos de nuevo por acá?*

Usé un tono suficientemente provocativo, luego me eché a reír en tono de burla hacia los policías. En verdad no me las agarraba con ellos, sino con el gobierno vil e inepto frente a tanta criminalidad.

El viejo se detuvo de golpe y girándose apuntó el bastón hacia mí.

—*¡Quédese tranquilo señor! ¡Los agarrarán a todos, uno por uno! ¿Entendió? ¡Uno por uno!*

Pronunció aquellas palabras con rabia, luego se atrincheró en un mutismo sepulcral. Frente a su mirada inmóvil y artificial me sentí desnudo, como si en aquel momento lograra observarme por dentro.

Por un instante pensé que podía estar mintiendo y dudé de su ceguera.

Se había enojado por mi chiste y, cuando intenté explicar las razones de mi sarcasmo, ya nadie me escuchaba. Se fue dejándome solo, como un pobre idiota.

Reaccioné y entré al edificio. ¿Qué otra cosa podría haber hecho con un cabeza dura como ese? Para hablar de ese modo, claramente no habrá vivido en Argentina en el período de la Junta Militar, pensé. ¿Qué podía saber un tipo así de la seguridad en las calles de Buenos Aires?

Yo puedo testimoniar que en aquellos tiempos se podía circular libremente sin que nada te sucediera. Nadie se habría atrevido nunca a amenazarte o a robarte. No existían ni ladrones ni terroristas y a los sospechosos los metíamos en la cárcel antes de que cometieran delitos. ¡Nosotros sí que sabíamos combatir el crimen!

En el breve trayecto en ascensor me pregunté cuán grande hubiera sido hoy este país si hubiésemos seguido gobernando nosotros.

\*\*\*

Manuel llamó por teléfono alrededor del mediodía para informarnos que había quedado atrapado en el tráfico a un quilómetro de distancia de casa. En auto con él estaban Cecilia, los suegros y el monseñor.

—*Estamos llegando* —exclamó con tono eufórico. Si nos dejan pasar por Honduras, estaremos allí dentro de cinco minutos.

—*¿Qué sucedió? ¿Por qué este atraso?* —le pregunté mientras, asomado a la terraza, trataba de entender qué diablos estaba sucediendo.

—*¡No sabría decirte, aquí está todo bloqueado!*

Entré en el comedor para avisarle a Patricia de la llegada de ellos y la encontré colocando las servilletas. Ana le había sugerido doblarlas, como hacen en los restaurantes de lujo, y ella estaba siguiendo su consejo. Al lado de cada plato había colocado una servilleta con forma de abanico, agregando así un toque de fantasía a la preparación de la mesa.

Noté que para la ocasión Patricia había elegido el servicio de cerámica inglesa original, que su hermana nos había regalado en las bodas de plata. Me quedé sorprendido admirando toda esa elegancia.

—*¿Te gusta este estilo?* —me preguntó con aire satisfecho —*se llama garden of portmeirion. Es un estilo rústico, pero de gran clase, ideal para los almuerzos en el jardín de invierno.*

Estaba visiblemente excitada y, a pesar de haber cuidado todo en los mínimos detalles, tenía temor que algo saliera mal.

Yo, por el contrario, transitaba el día tranquilo; estaban todas las buenas intenciones de pasar una linda jornada junto a los nuevos parientes.

Sobre un carrito porta bebidas, Ana había dispuesto con cuidado el aperitivo. Se había entretenido preparando una serie de tartitas con paté de aceitunas y de alcauciles. En un plato había pequeños bocaditos rústicos rellenos de embutidos y bien a la vista dos botellas de Malbec bodega Zuccardi, el mejor.

Satisfecho regresé a mi pequeño reino para controlar la carne. Por fin estaba feliz por la linda atmósfera que se respiraba en casa y, por primera vez, ya no sentía encima el peso de Livia. Su historia me parecía agua pasada, así como el desagradable episodio que me había sucedido en el puesto de diarios.

Saboreé aquel momento como un pequeño anticipo de una jornada que se anunciaba inolvidable.

Poco después, el sonido del portero eléctrico nos sacudió de una sensación de tiempo suspendido debido a la espera y nos preparamos para recibir a los huéspedes.

Patricia se dirigió a la puerta. Ana la seguía, deseosa de volver a ver a Cecilia, su futura cuñada. Yo permanecí ligeramente apartado, dejando a mi mujer la tarea de hacer los honores de casa.

Los señores Ferrero entraron primero. Manuel estaba tan emocionado que cuando se dirigió a mí y a Patricia para presentarnos hasta se confundió los nombres.

—*Ellos son los padres de Cecilia... les presento a mi suegra Diego y...*

Hubo una pausa de silencio, luego estallamos a reír por el equívoco. Manuel se sonrojó por la vergüenza. Si en aquel momento hubiese podido chasquear los dedos y desaparecer, lo habría hecho. Pero aquella situación cómica a mí me pareció un buen comienzo. También Cecilia parecía de la misma opinión. Asistió divertida a la escena, antes de intervenir para socorrer a Manuel, presentando correctamente a sus propios padres.

El monseñor fue el último en cruzar el umbral de la puerta de casa.

A pesar de que estaba impaciente por observarlo de arriba a abajo, y de considerar cada palabra que emitiera, debí fingir y frenar, por un instante, mi curiosidad. No podía mostrarme demasiado interesado por conocerlo, porque hubiese traído sospechas. Encontrármelo adentro de casa era una gran oportunidad para adentrarme en sus pensamientos y no podía arriesgarla con un comportamiento imprudente. Después de las desilusiones que había recibido del ejército, desde el sargento Carrillo y de tantos otros como él, quería saber si, al menos en la Iglesia, habría quedado alguien leal a los valores de la gran Argentina. Conocía el pasado del monseñor y su rol junto a las fuerzas armadas; me hubiesen bastado pocos minutos de conversación para entender. Él, en cambio, no sabía nada de mí ni de mi pasado y el motivo de todo esto no dependía de mi transformación física. En toda la carrera militar lo había cruzado solo un par de veces, y además en el rol de un joven oficial. Yo era uno entre tantos y no habría podido acordarse de mí.

El hecho de detenerse en el descanso de la escalera había sido una elección suya. «¡Dejemos paso a los jóvenes!» dijo, mientras con un gesto invitó a Manuel a entrar primero.

Patricia lo saludó haciendo una señal de reverencia. Él abrió los brazos para recibirla pero luego, de golpe, se retrajo con un paso atrás, para evitar el besamanos.

—*Por favor Señora, son cosas de otros tiempos. ¿Y nosotros somos parientes, no?* —agregó, abrazándola.

Al volver a escuchar su voz sentí una extraña sensación.

Por un instante corrí detrás de los recuerdos de otros tiempos cuando cenábamos en el Comando. Como en un tocadiscos seleccioné las viejas pistas de su discurso, las volví a escuchar rápidamente y las comparé con las pocas palabras que había apenas pronunciado. La voz era idéntica y, a pesar de arrastrarla ligeramente y estar cansada por los años, parecía hibernada.

Cuando le dirigí la mirada, el monseñor me pareció como un viejo animal astuto, con la cara engurrugada por la edad. La atención me llevó a la cruz pectoral que llevaba colgada al cuello con un cordoncito rojo. Una cruz dorada, sofisticada, con relieves en filigrana y una gran piedra oscura engarzada al centro.

—*¡Señor Luis!*

Su llamamiento, pronunciado claramente con el mismo tono de una vez, me despertó sobresaltado de la distracción de los recuerdos.

—*Es un placer conocerlo y es un honor estar aquí con ustedes en esta espléndida casa* —prosiguió dirigiendo los brazos al cielo. Luego se acercó y me abrazó a mí también.

El olor de la sotana me penetró en las narinas y por un instante fui arrastrado por su religiosidad, sintiendo la misma emoción de cuando, recién recibido de capitán, había recibido su bendición.

Inmediatamente después de las presentaciones pasamos a la terraza para el aperitivo, donde conversamos de todo un poco. Diego, el padre de Cecilia, se mostró interesado en mi asado y apreció varias veces el aroma que provenía de la terraza. Me quedé impresionado por su presencia. Era un hombre robusto, alto, con el cabello entrecano y una barba muy cuidada. Vestía un traje de grisalla color gris sobre una camisa de seda blanca con gemelos. Me bastó poco para entender que era un verdadero caballero, educado y respetuoso con todos. Quizás un poco taciturno y aristocrático para mi gusto pero sin duda un suegro perfecto para mi hijo.

Excepto un par de preguntas genéricas sobre la casa y un comentario positivo sobre el matrimonio de Cecilia y Manuel, no pronunció palabra. Lo dejé fumando cómodamente sentado en el sillón.

Clara, su mujer, en cambio era muy comunicativa y enseguida se entendieron bien con Patricia. Se apartaron a la cocina con el pretexto de controlar las lasañas en el horno y no salieron más hasta el comienzo del almuerzo.

Mientras tanto Ana había sacado de un cajón un álbum de fotografías que estaba mostrándole a Cecilia. Las dos chicas comentaban alegremente algunas fotos de Manuel apenas adolescente.

Sobre el lado opuesto de la terraza estaban Manuel y Don Carlos que conversaban. Estaban mirando con gran interés algo en dirección a la calle Malabia.

Poco después me los encontré nuevamente cerca. Manuel me apoyó una mano sobre los hombros mientras yo estaba ocupado dorando los últimos trozos de carne.

—*Entonces papá, ¿este asado tenemos que venir a buscarlo a tu reino o nos lo podemos degustar sentados cómodamente a la mesa?*

Don Carlos me anticipó en la respuesta.

—*¡Manuel! —exclamó con tono alegre— ¡cometiste un gravísimo error! Acordate que no debes molestar nunca a un asador mientras trabaja, podría ser peligroso!*

Nos pusimos a reír.

—*No se preocupe Padre, demasiadas cosas no saben los jóvenes de hoy, los tiempos cambiaron. ¿No es verdad Manuel?... ¡Vamos muchacho! Está casi listo, andá a controlar a qué punto están con las lasañas en la cocina.*

—*¡A las órdenes capitán!*

Respondió en tono gracioso mi hijo haciendo la mímica del saludo militar. Me detuve a pensar inconscientemente en los grados que me había atribuido; a pesar de que habían pasado tantos años y aquel título fuese ya un recuerdo lejano, sentirme llamar de ese modo, delante del monseñor, me hizo sentir el héroe de otros tiempos.

Otro detalle resurgió prepotentemente del pasado, suscitándome una fuerte emoción, que debí reprimir necesariamente.

Don Carlos y yo nos quedamos solos y, para remover los viejos pensamientos nostálgicos sobre el uniforme que había llevado, intenté retomar la conversación desde donde la habíamos interrumpido.

—*¿... Usted Padre no piensa que los tiempos han cambiado?*

—*Por supuesto Luis. Es el ciclo de la vida... el paso de las generaciones.*

—*No me refiero solamente al transcurso natural del tiempo. Estoy hablando de valores, de ideales olvidados que se han perdido quién sabe dónde.*

—*Sí, sí, Luis, aquellos también cambian. La vida es una rueda, lo sabemos bien nosotros, curas acostumbrados a escuchar a los jóvenes. De todos modos quédese tranquilo, su hijo realmente es un buen muchacho.*

El monseñor seguía sin entender, o fingía.

Sus respuestas me parecían insensatas, lejanas a años luz de su viejo modo de reaccionar ante ciertos temas. Estaba exhortándolo para que

expresara una opinión sobre los valores, sobre la moral cristiana y sobre los ideales que conocía bien, pero él continuaba a atrincherarse detrás de frases banales, sin ninguna alusión respecto al pasado, como si no hubiese tenido un pasado.

Y pensar que Don Carlos era un fervoroso evangelizador de la Iglesia que quería salvar al país de los enemigos de Dios y del peligro del comunismo; era quien creía en la acción conjunta del clero y de las fuerzas armadas para salvaguardar un mundo ordenado, sin revoluciones, sin terrorismo.

En aquel intercambio de pocos minutos me pareció un viejo incapaz que profería declaraciones genéricas de paz y respeto entre las generaciones. El monseñor, que en el ambiente militar era conocido como un ferviente ejemplo de restaurador de la fe nacional, me estaba atosigando con sus palabras sobre la importancia de la catequesis en las nuevas generaciones y del curso prematrimonial que Manuel y Cecilia habían comenzado a frecuentar. Ya no era el cura que yo conocía.

Sentí otra gran desilusión. Y yo que esperaba encontrar en él la existencia de aquello que representábamos, un testigo autorizado de nuestra época.

El gran Don Carlos no era más que un cura debilitado.

\*\*\*

Las lasañas a la boloñesa que había preparado Patricia fueron recibidas con un aplauso general. Dos fuentes humeantes estaban dispuestas en el centro de la mesa para ser servidas. El aroma de la salsa nos hizo agua a la boca y pensamos que esa era la mejor manera para festejar a los futuros novios.

Antes de almorzar a la señora Clara le hubiese gustado que el monseñor realizara un breve discurso sobre la importancia del proyecto que nuestros chicos estaban por realizar, pero eran las dos de la tarde pasadas y Cecilia sugirió postergar para más tarde los justos consejos de Don Carlos. Hasta el monseñor apoyó la propuesta, tenía un gran apetito y deseo de probar lo que había cocinado Patricia.

A él se le había reservado el lugar a la cabecera de la mesa; yo me había acomodado a su lado. Desde allí podía ir cómodamente a la terraza para servir el asado. Cerca tenía a Patricia y enfrente a mis consuegros; del lado opuesto de la gran mesa estaban los jóvenes.

Degustamos aquellas lasañas; luego Cecilia, de sorpresa, propuso un brindis:

—*¡A la hospitalidad de la familia Pontini!* —exclamó, levantando la copa de vino.

Patricia estaba satisfecha por los halagos recibidos y por fin tenía la expresión del rostro más distendida. Yo también, en aquel momento, sentí una sensación de satisfacción y de orgullo al volver a descubrir la alegría en casa.

Era un momento importante. Los nuevos parientes, la buena cocina, la risa bulliciosa de Ana y la música clásica de fondo eran sólo algunos ingredientes de la sana atmósfera que estábamos compartiendo.

Le hice una señal a Manuel de acompañarme afuera para ayudarme con los primeros platos de carne. Cuando estuvimos en la terraza sentimos el sonido de una sirena y la voz vociferada desde un megáfono. Estaba distante para comprender el significado de las palabras y nosotros demasiado ocupados en llenar las bandejas de carne, pero intuimos que debía tratarse de una manifestación.

—*Por eso desviaron el tráfico en la zona* —observó Patricia.

—*Creo que sí* —respondió Manuel, mientras servía el vino a su suegro, cuando veníamos vimos algunas personas con banderas y pancartas.



—*No hay de qué sorprenderse: Buenos Aires es la capital mundial de las manifestaciones y los argentinos son campeones en ésto. A la primera ocasión afluyen a las plazas* —ironizó la señora Clara.

Le hizo eco su marido que, con actitud snob, manifestó toda su resignación ante las protestas populares.

—... *es la inclinación de las masas, querida. No hay nada que hacer.*

Yo estaba perfectamente de acuerdo. En Argentina ahora las cuestiones políticas se decidían en la plaza, delegando el poder a una manada de manifestantes, que puntualmente paralizaban la ciudad con sus manifestaciones.

Yo también estaba interviniendo para expresar mi opinión sobre sus interesantes observaciones, pero una mirada de mi mujer me detuvo antes de que abriera la boca.

—*¿Quién desea otra porción de carne?* —intervino Patricia para cambiar de tema.

Y así interrumpimos el tema de la política, para hablar de otra cosa. También en esa oportunidad Don Carlos me dejó helado, confirmando mi impresión inicial. Sus únicas palabras fueron aquellas que pronunció en respuesta a Cecilia, para apoyar una absurda defensa de los manifestantes.

—*Querida, no sabemos por cuál motivo están manifestando. Para entenderlo deberíamos al menos intentar ponernos en su lugar.*

No podía creer su reflexión. ¿Cómo podía expresar comprensión hacia los artífices de una protesta política? En el pasado los habría condenado sin ningún titubeo.

Que ser desagradable, pensé. La negación de su antigua posición me provocó un arrebató de odio.

¡Ah! Si sólo hubiese podido recordarle cual era su pensamiento frente a quien encontrábamos con un volante o una bandera roja... Para él el comunismo era “la invasión de ideas que ponían en peligro los valores fundamentales de una sociedad”.

Dejé pasar algunos segundos tratando de no pensar, el tiempo necesario para frenar mi arrebató.

Aunque estaba descubriendo un Don Carlos distinto de como lo recordaba, ¿a título de qué hubiese podido decirle ciertas cosas? Públicamente era el padre de Manuel, el propietario de un par de agencias inmobiliarias y no por cierto un ex oficial del ejército. Me pregunté también, en el caso de que lo hubiese hecho, a quién habría podido revelar su verdadera identidad. Diego Ferrero, su hermano, no podía saber quién era realmente y creo que fue justamente gracias a la cercanía de la familia

Ferrero a las altas esferas del Vaticano que el monseñor había logrado asegurarse una transformación así, la misma que otros curas como él habían adoptado para eludir la condena pública.

Una especie de revisionismo puesto en marcha por parte de la Iglesia que, de a poco, había debido camuflar a algunos sacerdotes acusados de implicaciones con las fuerzas armadas. Sobre todo después de la idea genial del “arrepentimiento” realizado por la cumbre del clero algunos años atrás en San Miguel. En ocasión de aquella Conferencia episcopal sucedió la primera farsa de la Iglesia argentina: la admisión de culpa, por haber dado confianza al gobierno de la Junta.

Disipé de la mente aquella estúpida tentación de ponerlo contra la pared y, con el pretexto de fumar un cigarrillo, salí a la terraza. A esta altura la idea que me había hecho de él era más que una suposición: Don Carlos era un cura prófugo que había renegado de sus propias ideas. No se entendía ni siquiera dónde residía, ni siquiera Manuel lo sabía. Hablaba de distintas ciudades y, cuando intenté preguntárselo, me respondió en modo vago, desviando el tema sobre los continuos viajes al exterior que realizaba para la Santa Sede. Me di cuenta que su presencia en Buenos Aires constituía un hecho excepcional. Mi sexto sentido me sugería que vivía seguro en una apartada iglesia de provincia.

Poco después vinieron afuera. Se estaba bien. El sol había calentado el aire y Manuel propuso de comer allí el flan casero.

—*¡Pero primero las palabras de Don Carlos!* —recordó la madre de Cecilia.

Había llegado el momento de bendecir la unión de nuestros hijos. El monseñor hizo el signo de la cruz y nos invitó a acercarnos a él. Nos dispusimos en semicírculo para compartir mejor su bendición. Cecilia y Manuel en el centro se sostenían de la mano.

—*Imploramos la bendición del Señor por Cecilia y Manuel, para que hagan de su noviazgo un momento privilegiado para crecer en el amor sincero.*

Hubo una pausa de silencio. Permanecimos inmóviles, con los ojos dirigidos a los dos jóvenes, felices y emocionados.

Luego Don Carlos apoyó las manos sobre sus cabezas y prosiguió con la oración:

—*Señor, que has hecho encontrar a estos jóvenes, concédeles la gracia que te piden en la preparación al sacramento del matrimonio y haz que, sostenidos por tu bendición, sigan creciendo en el afecto y el amor.*

Miré atentamente el gesto de su mano y me acordé de sus palabras de elogio: «¡Capitán! La defensa de los principios de Dios y de la Patria es su deber más grande. El sacrificio por esta causa será premiado».

Sentí alegría por mi hijo, tristeza y rabia por mí. También la Iglesia que conocía no existía más.

\*\*\*

De repente un ruido ensordecedor se levantó desde la calle, importunando la tranquilidad de la fiesta. Me asomé en dirección al cruce y vi una multitud de personas: eran al menos doscientas, quizás más. La manifestación había doblado sobre nuestra calle y estaba reagrupándose antes de continuar. El sonido de los tambores anunciaba la llegada y una serie de pancartas y coros de silbidos resonaban como declaraciones de guerra, entre los edificios silenciosos, en aquellas primeras horas de la tarde.

Ana, con curiosidad, se asomó a la punta más extrema de la terraza.

—*¡Miren! ¡Vienen justo hacia este lado!*

—*¡Vení rápido acá!* —le ordenó Patricia que mientras tanto había vuelto al jardín de invierno.

Patricia me pidió que entrara, ya había servido el flan casero con dulce de leche.

Yo, en cambio, me detuve en la mitad de la terraza, tratando de encontrar respuestas a algunos interrogantes que repentinamente se habían insinuado en mi mente.

¿Cómo era que una manifestación estaba pasando debajo de casa? ¿Y por qué motivo estaba manifestando aquella multitud enfurecida? Nuestra casa se situaba en una calle donde no había organismos, embajadas, oficinas públicas u otros objetivos de particular interés para las marchas de protesta.

Comencé a experimentar sospechas.

Mientras tanto el ruido de los tambores se tornó más insistente. Patricia me llamó por segunda vez, pero la tentación de mirar mejor qué cosa estaba sucediendo en la calle fue fuerte y decidí asomarme.

Se trataba de hacer pocos pasos, pero un cansancio misterioso se apoderó de mis piernas, haciendo difícil cada movimiento. No entendía qué estaba sucediendo, un feo presentimiento se apoderó de mis pensamientos, que comenzaron a flotar como tapas de corcho en un mar agitado. Arrastraba los pies, pesados como dos piedras, mientras un viento repentino me golpeó, despeinándome. Sentí el aire penetrarme hasta debajo de la barba, donde nada ni nadie jamás habían podido llegar.

El corazón comenzó a latir fuerte, sentía la agitación en el pecho. Me acerqué a la baranda y la sostuve con ambas manos; apreté los puños para sostenerme mejor y, sólo entonces, lancé la mirada sobre la multitud bulliciosa.

Fue como una ducha helada. La imagen de una inmensa pancarta que tenía escrito H.I.J.O.S., en grande y con mayúsculas, me quitó el aliento.

Resistí aquella imagen sólo un par de segundos, luego retrocedí unos pasos para refugiarme de una mirada colectiva que, como un verdugo en el patíbulo, estaba lista para ajusticiarme. Una ola de silbidos hizo eco a mi aparición.

El pánico se apoderó de mí. Se dio cuenta incluso mi mujer que, al verme así asustado, intuyó que había visto algo tremendo. El motivo lo entendí sólo después, cuando ya no estuve en condiciones de poner atajo a la evidencia.

Por un instante me volvió a la mente la imagen del teniente Gregorio, que había visto en un cartel en Flores. Hubo una breve paréntesis, un lapso de tiempo infinitesimal, durante el cual el temor de tener su mismo final prevaleció sobre cualquier posible razonamiento.

Entonces pensé en Livia, en su deseo de venganza, demasiado grande para poder aplacarse con una sola cachetada. Entendí que me encontraba frente a su jugada final, la denuncia ante H.I.J.O.S.

¿Qué otro motivo tendrían los hijos de los desaparecidos para reunirse debajo de mi casa, si no era aquel de venir a desanidarme? Los hijos siempre fueron sobre seguro a perseguir militares y, en el edificio donde vivía, por lo que sabía, era el único con un pasado similar.

Comencé a temblar, me sentía acorralado como un animal, por un lado tenía los ojos apuntados a mi mujer, y, por el otro al infierno de los manifestantes. ¡Había llegado mi final!

Luego, por un instante, un extraño mecanismo de supervivencia me hizo pensar que quizás no me estaban buscando a mí, sino a alguien más importante. «Yo soy Luis Pontini, un simple agente inmobiliario y todos en el barrio me conocen con este nombre» pronuncié en voz baja.

Comencé a repetir aquella frase, creyendo así reforzar mi identidad. En el mismo momento, el Monseñor, sin imaginar mi angustia, vino a mi encuentro para invitarme a alcanzarlos al jardín de invierno.

—*Señor Luis, vamos. ¿Qué hace ahí plantado? ¡Lo estamos esperando sólo a usted para el postre!*

Hubo una pausa durante la cual reinicié todas mis suposiciones anteriores y, al mirarlo, un hilo de esperanza iluminó las tinieblas en las que me había sumergido inexorablemente.

—«*¡Claro! ¡Es a él que están buscando!*» —pensé. Que idiota que fui por no haberlo pensado antes. Alguien les habrá avisado que es huésped en mi casa y vinieron a buscarlo. ¡Ahora está todo claro, los Hijos están aquí para capturar al cura amigo de los militares, no a mí!

Permanecí cerca de la baranda desde donde también él habría podido ver y darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—*¡Son los de HIJOS!*—dije.

Enmudeció, aterrorizado. Luego me miró con una luz oscura en los ojos, casi imperceptible, que yo igualmente lograba advertir. Era su miedo.

—*¿Qué sucede Padre? ¿Tiene temor que hayan venido a buscarlo?*

No me respondió y yo aumenté la dosis.

—*¿No habrá sido cómplice de los militares?*

A este punto Don Carlos palideció y, a pesar del aire fresco, su frente comenzó a cubrirse de pequeñas gotas de transpiración. Balbuceó algo, pero que no logré comprender, luego precipitó de nuevo en el silencio. ¿Qué podría haber borrado sus palabras, si no la conciencia de ser él mismo el posible destinatario de aquella protesta?

Aquel silencio no era más que la admisión de que estaba comprometido con un pasado incómodo, que creía sepultado y que estaba por salir a la luz. A través de sus ojos se traslucía un incontenible miedo.

Desde aquella posición podíamos mirar sin ser vistos. Una nueva oleada de silbidos sacudió al edificio y los tambores dejaron de sonar. Era el silencio preparatorio de una reunión pública que estaban organizando sobre un pequeño palco improvisado. Un joven, con una hoja en la mano, dio inicio a la asamblea, reunida justo delante del portón.

Sentimos el ruido del megáfono encendido, luego una voz fuerte y clara...

“Estamos reunidos acá para asistir a un momento importante para la justicia...”

Hubo de inmediato un aplauso que el joven atenuó haciendo señas a la multitud para poder proseguir. Estaban todos atentos escuchando y no solo desde la calle. Muchos se habían asomado desde las ventanas de los edificios de enfrente, curiosos por descubrir quién era el destinatario de una movilización tan grande. Palpitaba por asegurar definitivamente mi ajenedad a todo lo que estaba sucediendo.

Se trató de pocos segundos, que para mi fue una espera interminable. El muchacho sobre el palco siguió hablando:

...«Hoy, 8 de mayo de 2010, estamos asistiendo a la detención del capitán del ejército Darío Romero, alias “El Príncipe” que vive con su familia en el tercer piso de este edificio bajo la falsa identidad de Luis Pontini. ¡Asesino, secuestrador y torturador!»

—¡Noooo!

Grité agitando los puños al cielo.

En ese mismo instante me sobrevino un malestar, las piernas me cedieron del todo y caí arrodillado a los pies del monseñor.

—*¡Capitán Romero, levántese!*

Exclamó él, con un tono de voz calmo, borrando de golpe la expresión de miedo que había tenido hasta ese momento. La situación entre nosotros se había dado vuelta y Don Carlos ni se preocupó por confortarme.

—*¿Me reconociste?* —pregunté en voz baja.

—*¡Desde el primer instante!* —respondió él.

—*¿Cómo hiciste? ...pasaron tantos años y yo estoy tan distinto...*

—*Hay cosas que no se pueden borrar, capitán. Se trata de matices que nos distinguen de los demás, para siempre. Parecen cosas de poca importancia pero le puedo asegurar que hacen la diferencia. Recuerdo su modo gracioso de gesticular con las manos, un detalle inconfundible para un observador como yo. Aquella noche en el comando, cuando conversamos durante la cena con sus colegas, no las tuvo quietas ni por un instante.*

—*¿Por qué no me lo dijiste?*

—*Porque hablar de estas cosas no sirve si se quiere vivir en paz.*

Aquel sábado Don Carlos, después de haberme reconocido, había decidido actuar el papel de un cura distinto, neutral, un personaje que no le pertenecía. Hablamos pocos segundos, luego el monseñor se recompuso la sotana que se le había arrugado, aferrándome a él para no caer y se preparó para irse. Hizo una señal a su hermano, que mientras tanto se había preocupado de preguntarle a Patricia si había una salida alternativa por el patio común que los habría resguardado de los manifestantes.

“Usted comprenderá señora... para nosotros sería más oportuno irnos... sabe, sobre todo por el monseñor es mejor no hacerse ver en esta situación”

Mi mujer no se imaginaba mínimamente la entidad del drama que yo estaba viviendo y le costó seguir el razonamiento del señor Diego.

—*Tengo que dejarlo. Es demasiado arriesgado que me vean en su casa* —me dijo Don Carlos, apoyándome una mano sobre los hombros.

—*Ayúdeme Padre..., se lo ruego.*

—*Usted me está pidiendo algo imposible capitán.*

—*...¿y usted me está diciendo que este es mi destino?*

—*¡El destino lo decide sólo Dios!*

—*¿Dios? ¿Qué Dios? Aquel que yo conocía, y que debería recordar también usted, estaba de parte de los militares.*

—*¡Ya no es más así!*

Con aquellas palabras el monseñor salió de la escena, dejándome arrodillado, en una atmósfera apocalíptica.

Al escuchar mi nombre por el megáfono Patricia y Manuel corrieron hacia la terraza y me encontraron en un estado calamitoso.

—*¿Qué sucede? ¿Quién es esta gente? ¿Qué quieren de vos?* —preguntó mi mujer, mientras Manuel me ayudaba a levantarme.

—*¡No les hagan caso, les ruego, es todo falso!* —les dije tratando de convencerlos para que no se asomaran.

No quería que escucharan aquellas acusaciones y les supliqué de encerrarnos adentro de casa, pero no llegué a tiempo. La voz amplificada prosiguió sin piedad. A ese punto la situación precipitó drásticamente y no pude evitar lo peor.

«El capitán Romero ha sido jefe de los interrogatorios del Centro clandestino de detención “Club Atlético”. Hoy después de treinta años ha sido descubierto y acusado de privación ilegítima de la libertad, de aplicar torturas y del homicidio de una mujer embarazada. ¡No olvidamos, no perdonamos, no nos reconciliamos!»

Asesino... Asesino... Asesino...

El coro de la multitud aumentó su intensidad, con el apoyo de muchos vecinos que desde los balcones comenzaron a despotricar contra mí y contra mi familia. Los insultos nos llovían encima como piedras.

Cuando me di cuenta que estaba definitivamente en un trampa, al punto de no poder ya escapar a la evidencia, me resigné a asistir a aquello que habría sucedido.

Lancé una mirada de odio sobre los manifestantes. Aquella vez sin esconderme, visto que ya no había más nada que hacer. Y como si el demonio me hubiese poseído: maldecí a Dios, a la Argentina y escupí sobre ellos, hijos de puta... igual que sus padres.

La asamblea pública prosiguió con varios eslogan y tambores. El joven sobre el palco me señaló, mientras a lo lejos vi llegar dos autos de la policía.

Miré con odio a la muchedumbre y a su organizador. Fue en aquel momento que comprendí cómo habían sucedido realmente las cosas. A pesar de estar lejos, reconocí la cara de aquel tipo y, de repente, también la voz camuflada por la amplificación me pareció familiar.

No tenía dudas, se trataba de Oscar el amigo de Livia, que me había enfrentado insolentemente en la confitería. No me había equivocado sobre él. Había venido a entregarme el regalo que Livia me había dejado antes de partir.



Desde la manifestación comenzaron a lanzar bolsas de pintura roja. Uno cayó sobre las brazas todavía tibias, largando una emanación asfixiante de solvente quemado. Otra cayó incluso dentro del comedor, derramándose sobre la alfombra. El último rozó a la señora Clara que, asustada, salió de casa junto a su hija y su marido.

Fueron segundos terribles: lo que sucedió lo recuerdo como una pesadilla. Ana se echó a llorar y mi mujer sufrió una crisis histérica. Sus gritos se escucharon hasta el patio común. Manuel las condujo hasta el descanso de la escalera donde algunos vecinos de casa vinieron en su ayuda. Luego volvió, pero sólo para expresar toda su rabia.

*—Papá... ¿¿quién sos?!—gritó fuera de sí.*

Intenté detenerlo, pero no lo logré. Tropecé y me caí al piso, golpeándome violentamente la frente contra la mesa. Permanecí inmóvil, con los dientes apretados y la cara aplastada sobre la alfombra sucia de pintura roja, el mismo color de la sangre que salía copiosa de mi herida. La mirada hostil de Manuel fue el último saludo de mi familia: un adiós triste, innoble... como mi final.

Creí que me moría, pero era sólo un deseo, al menos así no habrían tenido la posibilidad de juzgarme.

**Parte II**  
*Regreso a casa*



## Adiós Buenos Aires

Buenos Aires,  
Martes 4 de mayo de 2010.

El taxi se detuvo delante de la puerta automática de Partidas. Hice apenas a tiempo a bajar que una pareja se introdujo en el asiento posterior lista para viajar al centro. Eran turistas italianos, felices de haber puesto pie en el nuevo mundo después de doce horas de vuelo. Yo al contrario estaba impaciente por irme.

«Seguridad... seguridad» repetían los dos muchachos encargados del servicio de embalaje de valijas. Uno de ellos vino a mi encuentro agitando una cinta adhesiva:

«Señorita .... Cuarenta y cinco pesos, ¡equipaje seguro!»

Seguí caminando con la mirada dirigida hacia el monitor donde se indicaban las partidas. ¿Qué podía asegurar? No llevaba conmigo ningún objeto de valor y, en la peor hipótesis que me perdieran el equipaje, habría perdido solamente una pila de ropa sucia y algunos libros. A diferencia de las personas en fila para el check in, yo no me llevaba a Italia ningún souvenir de valor, ni paquetes de carne envasadas al vacío. Todo aquello que me llevaba de Argentina lo tenía tristemente grabado en la mente y en los pensamientos, que se sabe, traspasan cualquier frontera.

El mío no había sido un viaje de placer; para mí aquel país del otro lado del océano no evocaba el tango ni mucho menos los paisajes nostálgicos de la pampa inconmensurable. No había ido hasta allí para visitar el Perito Moreno y sacarme fotografías al lado del gran cartel turístico que dice “fin del mundo”.

El fin del mundo yo lo había encontrado en Buenos Aires, en la confesión del ex capitán del ejército Darío Romero, uno de los torturadores de mi madre. Su cruel declaración, que había reconstruido meticulosamente durante los cinco encuentros que tuvimos, me había perturbado. Sobre mi madre y sobre su pasado en Argentina, había descubierto lo inimaginable, una triste verdad, un escenario oscuro, difícil de aclarar, desde el cual no lograba salir. La visita al centro clandestino donde la habían detenido, las escenas de ella atada y torturada por turnos por parte de sus carceleros, las tenía impresas en la mente, y sobre todo, haber conocido a ese ser repugnante, me hacían sentir sucia. La sensación era como si junto a ella me hubiesen violado también.

Partir de ese país, por lo tanto, además de liberarme de todo el horror que había absorbido, servía para purificarme de algo que me costaba quitarme de encima. Volví a casa exhausta, luego de haber visitado el infierno. No habría podido resistir un día más en ese lugar: Buenos Aires me estaba atrapando como un pez en la red.

Por el altavoz habían informado que el vuelo para Roma partiría con treinta y cinco minutos de atraso. Fue una espera interminable, la última, antes de dejar la Argentina y jurar que no volvería nunca más. Me quedé sentada todo el tiempo frente al gran ventanal que daba sobre la pista desde donde podía observar los aviones durante el despegue.

Volví a pensar en la sensación que se siente cuando estamos en vuelo, cuando el tiempo se vuelve más liviano y el espacio infinito en el cielo se transforma en un “no lugar” donde es más fácil liberar los pensamientos.

Para mí aquel viaje de regreso contenía todo: los lugares que había visitado, las informaciones recabadas, las cosas que no me esperaba y, sobre todo, las decisiones futuras.

Estaba llevándome a casa los secretos de mi madre y algunos indicios fundamentales para ayudarla a salir de su obstinado mutismo, un total rechazo de hablar que había manifestado desde el día del homicidio. Debía ayudarla absolutamente para recuperar su existencia y, con todo aquello que había descubierto, algo podía hacer.

Nunca hubiese imaginado un pasado similar. Mi madre siempre fue una de pocas palabras y supo esconder bien el período de su propia vida en Argentina. ¿Cómo podía saberlo? Cada vez que le preguntaba algo pasaba por alto el tema inventando excusas.

Pensándolo bien alguna señal de sufrimiento me había expresado. Debería haberme dado cuenta de su mirada atormentada cada vez que le preguntaba por los abuelos o por alguien de la familia. Quizás perdí tiempo, debería haber entendido e indagado antes sobre su vida pasada, tal vez con la ayuda de alguien. ¿Pero a quién me habría podido dirigir? Hemos vivido solas por muchos años y estoy segura que, si le hubiese pedido ayuda a mi padre, habría salido con las manos vacías. Por lo poco que yo sabía eran dos extraños y entre ellos reinaba la indiferencia. Había podido pedirle ayuda a Valeria pero estoy segura que ella tampoco estaba al tanto de ciertas cosas.

El silencio de mi madre es dramáticamente real y a pesar de los reiterados intentos míos, de Valeria y de alguna enfermera voluntariosa no hubo caso de volver a escuchar su voz. Nunca un sonido, una queja, un susurro: era como si se hubiese cosido la boca.

La realidad es que desde cuando mató a ese miserable cayó en un aislamiento paralizante, volviéndose prisionera de sí misma.

«¡Pobre mamá!» pensé, mientras tenía delante una fotografía donde estábamos felices en Euro Disney. Era una de las pocas que nos sacamos juntas; tenía trece años, el año escolar había apenas terminado y ese fin de semana en el país de los juguetes fue su regalo por la promoción. La miraba en la foto como si estuviese allí en carne y hueso preguntándome cuándo íbamos a poder tener de nuevo un poco de serenidad.

Cerré los ojos por un instante y sentí un gran deseo de volver a abrazarla, pero no podía. Todavía un par de horas me separaban de ella.

Por fin, una voz desde el micrófono anunció el embarque para Roma y después de pocos minutos nos levantamos en vuelo. Saqué de la cartera el cuaderno donde había registrado todos mis apuntes y, sin mirar ni siquiera una vez por la ventanilla, me encontré a diez mil metros de altura, inmersa en los pensamientos para ordenar las piezas de un gigantesco mosaico.

Me pareció una buena ocasión para hacerlo; quería volver a casa con las ideas claras y las respuestas adecuadas a miles de interrogantes. Tenía todo el tiempo necesario para registrar en mi mente cada frase pronunciada por el ex capitán. E incluso si el recuerdo posterior de las cosas muchas veces se concentra sólo en algunos detalles, y no se refiere al aspecto más evidente de los hechos ocurridos, debía esforzarme para recomponer lo que le sucedió a mi madre en el modo más real posible.

El punto de partida, que no debía perder de vista en absoluto, era el contexto histórico en el cual mi madre, y otros millones de jóvenes como ella, estaban inmersos a fines de los años '70. Una generación entera aniquilada, humillada, hecha desaparecer en la nada o condenada al exilio, hasta perder la capacidad de sobrevivir. Era este el escenario creado por los militares que, con el objetivo de derrotar al terrorismo, le declararon la guerra al propio pueblo, aniquilando a los más jóvenes y negándole a todo el país la posibilidad de un futuro.

Mi madre en la época que se la llevaron era una maestra, una de las tantas castigadas por el régimen. Otros jóvenes como ella eran obreros, arquitectos, estudiantes, sindicalistas, abogados, pertenecientes a todas las clases sociales. Sólo teniendo presente todo esto podía adentrarme una vez más en el horror que me describió Darío Romero acerca de la larga detención de mi madre, sobre las violaciones que había sufrido y sobre las consecuencias de la humillante expulsión del país. Una precaución que me habría salvaguardado del riesgo de interpretar de modo distorsionado las informaciones que había descubierto, incluida su relación con Ricardo Giorgetti.

Así como era, la reconstrucción de todo lo sucedido se concentraba en algunos detalles dados por el ex capitán que podían confundirme. Y yo, para poder tomar cualquier decisión futura sobre ella, necesitaba no dejarme influenciar. Se trataba de decidir si denunciarlo o dejarlo aparentemente libre, rehén de su propio destino. Por eso había decidido dejar de lado la repulsión que sentí al respirar su aliento impregnado de whisky y la rabia que me había provocado el día del último encuentro. Debía olvidar también las consideraciones que había tenido sobre él mi amigo Oscar y concentrarme sólo sobre los hechos que se referían a Nora López, la detenida N° 84.

A Oscar le había bastado poco para hacerse una idea sobre el señor que le había presentado como Luis Pontini.

«Es una persona grosera y primitiva» me dijo la única vez que lo tuvo frente a frente. Nos encontrábamos adentro de la confitería bajo la mirada del cajero justo cuando se armó la pelea. Me impactaron sus palabras, sobre todo su capacidad de síntesis. Nada más real, un hombre grosero y primitivo, así parecía El Príncipe a pesar de su modo de vestir elegante, su impermeable bien planchado y un vago aspecto de anciano profesor jubilado, gracias a su abundante barba blanca.

Y pensar que Oscar no sabía el motivo de mi visita. Lo había conocido un par de meses antes cuando decidí contactar a la Asociación HIJOS para pedir información sobre los centros de detención. El día en que le comuniqué la fecha de mi llegada a la Argentina, se puso a mi disposición para cualquier necesidad.

Nunca le revelé a Oscar cómo eran realmente las cosas. Sabía solamente que mi madre, como tantos otros, había dejado el país en la época de la dictadura para irse a Italia, pero no imaginaba acerca de su detención en el Club Atlético ni que Luis Pontini era un ex militar bajo falsa identidad.

La tarde en que fuimos juntos a la confitería le dije que debía encontrar un viejo conocido de mi madre. En realidad me había hecho acompañar por él para hacer más creíble la advertencia que le había hecho al ex capitán la noche anterior.

Estaba en vuelo desde hacía unas horas. Las azafatas habían servido la cena y la mayor parte de los viajeros se estaba preparando para la noche, a pesar que afuera, detrás de las cortinas de las ventanillas, un sol radiante nos iba a acompañar durante todo el tiempo de viaje. En las pantallas del avión mostraban la información sobre la ruta aérea: habíamos pasado por Brasil hacia poco y yo seguía tomando nota de mis reflexiones.

Estaba pensando nuevamente al relato del día que la fueron a buscar y no lograba quitarme de la mente la imagen de mi madre desplomada en el auto por los golpes sufridos. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo, seguido de un impulso irrefrenable de odio hacia los dos militares, ambos responsables. Qué extraña sensación, por primera vez sentía la exigencia de reclamar un derecho hasta entonces adormecido: la reivindicación de justicia. Una fuerza impetuosa que nacía desde adentro y que ya no lograba contener.

Luego de aquel viaje a Argentina, algo en mi mente había cambiado y, a medida que reconstruía el pasado de ella, el homicidio de Ricardo Giorgetti asumía un significado distinto, ya no se trataba de un delito pasional, como lo habían definido los diarios, sino un verdadero acto liberatorio. Mi madre, la asesina, era en realidad la víctima.

Acerca del incomprensible sentimiento entre ellos, luego, no tuve dudas: había nacido de un natural mecanismo de defensa de ella para hacer más tolerante lo intolerable que se vivía en el Club. El hecho de entregarse a la voluntad de su carcelero, hasta ilusionarse de haberse enamorado, era sólo la consecuencia de los tratos sufridos, una forma de salvarse.

Conocía cada detalle del infierno donde la habían encerrado y desafiaría a cualquiera a vivir allí adentro sin llegar a hacer alguna concesión que permitiera sobrevivir en ciertas condiciones. Se puede llegar a distorsionar la realidad, hasta no reconocer la violación sufrida.

Mi madre ya no sabía distinguir la normalidad. La violencia, la violación y las humillaciones eran los únicos cuidados que recibía. Creyendo amar al sargento Giorgetti había llegado al punto de amar la violencia que reinaba en su prisión porque incluso el mal, en ciertas condiciones, es mejor que la nada, mejor que la sensación de no existir.

«¡Desde hoy vos no existís!»

Con estas palabras recibían a los detenidos en el Club Atlético y ella había decidido poner la vida en las manos de su torturador para obtener en cambio una miserable ilusión de supervivencia.

¡La vida la engañó, el amor la traicionó!

No le sirvió de nada alejarse de su torturador para olvidar el horror que había vivido con él; cuando todo parecía haber pasado, de repente se lo encontró nuevamente dentro de casa.

Sólo que el amor no siempre sigue las lógicas racionales y de repente paradójicamente va en otra dirección, a menudo hacia la venganza.

Matándolo mi madre se vengó, rompió las cadenas de la tiranía para siempre e interrumpió los hilos de su comprensión. Lo hizo con un



evidente gesto de redención, después de haber vivido entre altibajos y después de haber caído nuevamente en sus manos, inconscientemente, treinta años después.

Estoy convencida que lo que le sucedió a ella ha sido el producto de un sistema enajenado, arraigado, indiferente a los elementos más básicos de la humanidad. Un mecanismo perfectamente aceitado en cada engranaje, proyectado para generar el mal. Ricardo Giorgetti ha sido su mal y, sólo cuando tomó realmente conciencia de ello, ha tenido la fuerza para extirparlo.

Terminé de escribir los apuntes y me di cuenta que el señor sentado a mi lado tenía la mirada fija sobre mí. Rápidamente, guardé el cuaderno y cerré la mesita, él se giró hacia el otro lado. No sabría explicar el motivo de mi gesto, en verdad su intrusión no me molestó demasiado. Por otra parte estábamos demasiado cerca y podía fácilmente echar un vistazo a los nombres, fechas y lugares de mi tour del horror.

Lo miré de nuevo y el esbocé una sonrisa, como para quitarle la incomodidad. Él siguió leyendo el libro que tenía abierto sobre las rodillas. Luego me preguntó con tono amable:

—¿Es una escritora, verdad?

—No, no... sólo son apuntes de mi viaje.

—¿Y que diferencia hay? —replicó— *escritor es quien transforma las propias experiencias en escritura y usted está escribiendo desde que partimos.*

Valoré mucho la respuesta, no había ironía en sus palabras. En el fondo, en aquella especie de diario, estaba reconstruyendo una historia que podía ir bien para una novela.

—¿Y usted, en cambio, escribe?

—No, no sería capaz. Las veces que intenté hacerlo me extendí demasiado en los detalles, hasta perder el hilo de la narración.

—Claro, los detalles... a menudo son los que hacen la diferencia —comenté en voz baja.

—Por el contrario leo mucho, devoro los libros y luego se los cuento a los jóvenes de tu misma edad —remarcó él con una pizca de satisfacción.

Sólo más tarde me dijo su nombre: se llamaba Julián Guevall\* y era un docente de historia contemporánea en la Universidad de Buenos Aires. Habrá tenido aproximadamente unos sesenta años, con un aire culto, pero no pedante, y la sonrisa siempre a flor de piel. Me llamó la atención su

modo de presentarse; en general los profesores son un poco aburridos, pero él me pareció distinto, original.

Empezamos a conversar, me preguntó por mis estudios y cómo funcionaba la universidad en Italia. Era argentino, pero había vivido varios años en París. No daba la impresión de uno que echa fácilmente raíces.

Luego me preguntó por el viaje, imaginando que hubiese viajado por turismo.

—*No, no soy una turista. Mi madre es de Buenos Aires. Vine para resolver una cuestión de familia.*

—*Entiendo, y fue a visitar a sus parientes...*

—*Nosotros no tenemos parientes en Argentina... y debía ayudarla necesariamente.*

—*¿Ayudarla? ¿Entendí bien?*

El profesor me miró con aire sorprendido, mis respuestas podían decir todo o nada, pero sirvieron para romper el hielo, para liberarme de algo que llevaba adentro y que quería contarle a alguien a toda costa. Y en aquel momento pensé que un perfecto desconocido podía ser la persona adecuada. A veces con los extraños se logra hablar mejor y yo necesitaba compartir mi experiencia, metabolizarla y desmontarla en minúsculos fragmentos, para digerirla más fácilmente.

—*Perdone si le parezco indiscreto, ¿ayudarla a qué cosa?*

—*A indagar sobre su pasado —agregué— mi madre ha sido víctima de la dictadura.*

Pronuncié aquellas palabras con dificultad, pero al mismo tiempo sentí una sensación de liberación. El profesor puso de lado su propia locuacidad por un instante y una expresión de tristeza ofuscó su rostro. Se quitó los anteojos, cerró el libro e hizo una larga respiración. Entre nosotros cayó una pausa de silencio que pareció durar una eternidad. Luego, con un tono distinto de voz, sentenció:

—*¡Ah! ... la dictadura... ¡una horrible historia! Es la llaga purulenta de nuestro país, un velo de vergüenza que nos cubre a los argentinos a los ojos del mundo.*

Bastaron aquellas pocas frases para establecer una unanimidad de pensamiento, una unión que ambos, en modo propio, podíamos compartir.

—*¿También usted escapó para huir de los militares?*

---

\* Julián Guevall es uno de los personajes de “Dos veces sombra”, novela anterior de Nicola Viceconti dedicada a la identidad robada de los hijos de los desaparecidos.-

—*Digamos que me fui de Argentina porque ya no me reconocía más con ese país. Me habían sacado todo: la familia, el trabajo y la dignidad. Luego, después de dieciséis años, volví a encontrar a Mirta, mi nena, pero ciertas heridas quedan abiertas para siempre.*

Sus ojos se humedecieron, había pasado bastante tiempo desde entonces, pero bastó el recuerdo para hacerlo desplomar. Para distraerlo le pregunté otra vez por su hija.

Desde ese momento el tema de la justicia se volvió objeto de nuestra conversación.

Le conté al profesor que mi madre se encontraba en la cárcel a la espera del juicio por aquello que había cometido y que quería hacer sí o sí algo para ayudarla. Le conté sobre lo que descubrí en Argentina, de las cartas que los dos ex militares se escribían y de la falsa identidad del capitán Romero.

—*Hacé pública toda esta historia* —me dijo, pasando a un tuteo más afectuoso— *hablá con el abogado de tu madre, revelá quién era realmente el anónimo marquero de Via La Spezia y denunciá al capitán en Buenos Aires.*

El profesor hablaba con un tono categórico y una expresión indignada impresa en su rostro, como si estuviera refiriéndose a un pariente suyo o a una persona cercana a él. No estaba del todo equivocado: los familiares de las víctimas de crueldades semejantes están todos marcados por un destino común y están condenados a vivir el mismo sufrimiento. Era determinado en su posición. Si hubiese estado en mi lugar, habría actuado sin dudar, usando todas las pruebas a disposición para demostrar la responsabilidad por parte de todo el sistema, del núcleo operativo en donde mi madre había estado secuestrada y de su mismo torturador. Hablaba de la venganza como redención de las voces de aquellos que no han podido defenderse y sostenía que era necesario mandar a la cárcel a todos los responsables.

Escuchar sus palabras me ayudó a madurar la idea de que debía actuar y decidirme definitivamente de hacer la denuncia ante las autoridades argentinas para desenmascarar a Darío Romero.

Llegué a Roma con la certeza de que cada cosa de los sucesos de mi madre iban a volver pronto a su lugar.

## Gritos del silencio

Roma,  
Jueves 6 de mayo de 2010

Una llamada telefónica de Valeria interrumpió bruscamente el sueño en el cual me había sumergido después de haber regresado por fin a casa. El despertador sobre la mesita de luz marcaba las 09:50, hice un rápido cálculo de la diferencia horaria y me di cuenta que había dormido un día entero. Con los ojos todavía entrecerrados leía su nombre en el celular y rechacé la llamada. Prefería hablarle personalmente y decidí postergar el encuentro con ella para otro momento. Sabía que me estaba esperando, que me quería comunicar algo con una cierta urgencia, pero era jueves por la mañana, día de visita en Rebibbia, y en aquel momento mi único pensamiento era volver a ver a mi madre y contarle sobre el viaje. Debía apurarme, la visita con los parientes de los detenidos terminaba a las catorce.

Salí de casa preguntándome de qué modo me acercaría a ella después de un mes de ausencia y con qué palabras le habría revelado todo aquello que ahora sabía. Había decidido que iría a visitarla antes de ir a lo de su abogado a decirle quién era realmente Ricardo Giorgetti.

Moría de ganas de volver a verla y poder capturar cualquier expresión suya en el momento de la verdad. Sobre todo esperaba un milagro, que de golpe volviera a hablar.

Por otra parte en Argentina había tenido la posibilidad de ver las cosas a través de sus mismos ojos. Debía tranquilizarse y confiar en mí, ambas estábamos sufriendo y sólo el coraje de decirnos las cosas nos habría permitido tener esperanzas en el futuro. Yo estaba lista para ayudarla y para cambiar la situación estancada en la cual nos encontrábamos, pero le tocaba a ella realizar el primer paso.

La evaluación del médico de la cárcel era clara: afasia voluntaria, una fórmula para aludir en modo superficial al comportamiento de una detenida que había decidido adrede no hablar más. Un diagnóstico rápido, que sintetizaba el resultado de los procedimientos clínicos sumarios realizados en la enfermería.

Yo, en cambio, sabía bien que la cuestión de mi madre era más compleja. Conocía la verdadera causa de aquellos ocho meses de silencio y había observado en cada encuentro su modo de apartarse de la realidad: ni una palabra de arrepentimiento, ni una añoranza, ni un pedido de perdón,

mucho menos una aclaración. Su estado de mutismo era un grito de dolor, hasta que la ayudase a salir del abismo en el que había precipitado. No se trataba de los sentimientos de culpa por el homicidio cometido, por lo tanto, ni de una táctica para evitar colaborar con la justicia, su silencio era sólo un inadvertido pedido de ayuda.

Estacioné delante de la cárcel. En la plaza soleada algunas personas se disponían a entrar: eran los familiares de los detenidos que, como yo, veníamos puntualmente a consolidar las relaciones con miembros de la familia que terminaron detrás de las rejas. Un poco más allá, en la garita de entrada al penitenciario, dos guardias controlaban los documentos de los visitantes.

Estaba lista para encontrar a mi madre. Antes de bajar del auto, me detuve algunos instantes volviendo a pensar en las palabras del profesor Guevall en el momento de saludarnos en el aeropuerto: «tu madre es una flor que sobrevivió en el desierto de la dictadura... podés hacer mucho para no hacerla marchitar».

Apoyé las manos en el volante y respiré profundamente como para tomar coraje. Luego me decidí y crucé el portón. Para mí cada vez que entraba en aquella sala era una fuente de angustia; no concebía el hecho de tener que hablar con mi madre sin poder siquiera abrazarla o acariciarla: “medidas de seguridad establecidas por el juez” me repetían una y otra vez. La vi al final del parlatorio mientras un guardia carcelario le indicaba la ubicación en donde me encontraba. Llegaron a paso lento; luego el guardia se colocó a un lado y ella se sentó con las manos apoyadas sobre las rodillas. Permaneció así, con la mirada dirigida hacia abajo, poco más allá de sus pies. La observé desde atrás del vidrio: había adelgazado y tenía ojeras. Noté más cabellos blancos de lo habitual. Resaltaban a contraluz, como hilos de seda sobre el rostro inexpresivo.

—*Hola mamá*— pronuncié con un hilo de voz— *perdoname que no pasé más a visitarte.*

Sentí una gran ternura al verla en ese estado. Ella levantó un poco la cabeza y esbozó una mueca o así creí yo. Sentí el corazón que se aceleraba. Habían pasado varios días que no la veía, incluso sólo la ilusión de aquel signo me provocó una emoción inmensa.

—*¿Qué te pasó en la mano? ¡Mostrame... levánta el brazo!*—le pregunté con tono preocupado.

Parecía una quemadura de cigarrillo; lo corroboré cuando logré verla mejor. Era una quemadura de algunos centímetros sobre el dorso de la mano que se extendía hasta la muñeca. Me impresionó mucho, no por la

entidad de la herida, sino por la idea de que se la hubiese hecho intencionalmente. Intenté pedirle explicaciones, pero ella quitó la mano y la escondió debajo de la mesa. Entonces cambié de tema, le pregunté por Valeria, luego por Adriana Spanu, la compañera de celda. Todos intentos inútiles para hacerla hablar.

En cambio, no obtuve nada, solo silencio y una mirada esquiva, la mayor parte de las veces ausente, como si yo no existiera. Seguimos así por unos veinte minutos más. Luego estallé.

—*¿Me querés explicar que intenciones tenés? ¿Por qué no hablás? ¿Cuánto tiempo pensas permanecer en estas condiciones?*

Levanté la voz y rápidamente intervino uno de los guardias, intimándome a moderar el tono. Sentía los ojos de los demás familiares apuntados encima y sólo en ese momento tomé conciencia del espectáculo que estábamos dando: una hija exaltada frente a una madre muda. Me recompose y proseguí tratando de ser más directa:

—*¡Debemos quitarle la careta al marquero!* —susurré nerviosamente— *la gente, el juez, hasta su familia no conocen la verdad sobre él. ¡Es el momento de decirles a todos quién era ese hijo de puta!*

*Mi madre movió sólo los ojos, dejando el cuerpo enyesado en la misma posición. Yo seguí hablando de él.*

—*¿Por qué nunca hablaste de tu pasado? ¿Por qué no confiaste en mí?*

Estaba procediendo en un modo distinto de como hubiese querido, el tiempo a disposición para la visita ya casi había terminado y no lograba encontrar las palabras adecuadas. El hecho de atrincherarse detrás del silencio me volvía incierta y la presencia del guardia, bastante cerca, me ponía increíblemente nerviosa.

—*Te arruinó la vida y si no cambias de actitud seguirá haciéndolo también desde la tumba* —le dije tratando de sacudirla del letargo.

Me miró fijo detrás del plexiglás, impassible como si estuviese pintada en un retrato. Fue en aquel momento que largué todo:

—*¡Estuve en Argentina y descubrí quién era el sargento Giorgetti! Sé todo sobre tu militancia política, de los montoneros de la Villa 31 y de tu detención en el Club Atlético. Estuve allí de verdad, lo visité, vi la celda número tres. ¿Me creés ahora?*

Un nudo en la garganta me obligó a interrumpir. Sabía que aquellas palabras le habrían llegado directo al corazón como una puñalada, pero debía hacerlo. Bajé la mirada y lancé la frase en suspenso, esperando algún signo, una señal, algo que la mostrara viva. Tragué la saliva y me mordí el labio para no llorar, luego tomé fuerzas y seguí relatando el resto de la

verdad. Le dije de las cartas encontradas por casualidad en su armario, del contacto que había tenido con la Asociación HIJOS y le conté sobre la visita a la casa del capitán.

—*Conocí a Darío Romero, estuve en su casa.*

Sólo entonces mi madre se dejó ir y, poco a poco, comenzó a llorar como si de improviso el sonido de ese nombre le hubiese traído a la memoria un dolor profundo y desgarrador. Las lágrimas comenzaron a caer pesadas sobre la mesa del parlatorio, me parecía escuchar su ruido. Noté sus ojos asustados y un ligero temblor en todo el cuerpo. Era el miedo que se estaba apoderando de ella, a través de los recuerdos de un pasado obsesivo.

Apoyé lentamente la mano sobre la placa transparente que nos separaba esperando la suya en símbolo de unión. Permanecí así unos segundos, soñando ese momento, luego el sonido del timbre marcó el final de la visita y la esperanza de ver que realizara ese gesto se esfumó como la marca que había dejado sobre el vidrio. Mi madre se fue sollozando, sostenida por el mismo guardia que la había acompañado, mientras un aviso por el altavoz invitaba a los familiares de los presos a prepararse para la salida.

\*\*\*

Debía encontrarme con Valeria, pero no tenía ganas en ese momento. Después de la visita a la cárcel tuve un momento de depresión y me encerré en casa a pensar en qué otra cosa podría hacer para ayudar a mi madre. Me quedé dos días encerrada con la sensación de culpa; había fracasado el primer intento y no lograba asumirlo.

¿Cómo podía pensar resolver todo en un simple encuentro, sin tener al menos la posibilidad de abrazarla y compartir con ella el llanto?

Las injusticias sufridas no podían ser redimidas tan fácilmente. El sargento Giorgetti, la dictadura de Videla y la Argentina eran cosas demasiado lejanas de su vida presente. La realidad que estaba viviendo en Roma, después de haber matado a un hombre, era la de una mujer condenada a permanecer en la cárcel quién sabe por cuántos años. Algo me había empujado a creer que su problema se podía resolver simplemente aplicando ciertas reglas, como se hace en la matemática, pero los elementos que había descubierto en Buenos Aires no eran suficientes. Las pruebas de los abusos que había sufrido desde su mismo carcelero servían muy poco sin su colaboración. Debía imaginar que el comportamiento de mi madre se habría escapado de mis estúpidas expectativas.

La desazón más grande que había sentido al volver a verla no provenía de hecho de tomar conciencia que persistía su estado de afasia. Aunque cada vez que iba a verla esperaba el milagro, yo era conciente de no poder resolver en pocos minutos un problema tan delicado. Lo que me estaba destruyendo era la falta de un contacto y sobre todo su rechazo a tenderme la mano.

Si hubiese realizado ese gesto, a pesar del vidrio divisorio, hubiésemos consolidado nuestra unión y la voluntad común de seguir adelante. En cambio ella no estaba lista y yo sola no podría lograrlo.

Me arrastré hasta lo de Valeria el sábado por la tarde después de haber recibido otras dos llamadas suyas y una infinidad de mensajes, en los cuales me rogaba que diera señales. Crucé el portón de su casa en Via Merulana cerca de las tres de la tarde. Oreste, el anciano portero del edificio, me vio entrar y salió de la garita, dispuesto a saludarme con el afecto de siempre. Me conocía desde la época que iba a la primaria, cuando pasaba los días jugando con las amiguitas en el patio del edificio. Para mi Valeria, la persona más querida de mi madre, era como una tía, aquella que nunca había tenido o conocido. Con ella había atesorado tantos recuerdos de mi infancia.



—*Valeria te está esperando desde cuando volviste de Argentina. ¿Qué fuiste a hacer allá?* —me preguntó Oreste mientras me acompañaba a la escalera A del gran condominio.

Hasta él sabía de mi viaje. Claro, me lo había revelado sin mala intención, con la ingenuidad de siempre. Pero la cosa me hizo reflexionar sobre el hecho que el caso de Nora López seguía suscitando curiosidad. Ya no le daba más importancia y, salvo por la discreción de pocos, vivía el rol de la hija de la asesina entre compasión y desprecio.

Tuve la confirmación de eso también esa tarde, cuando noté, de reojo, la presencia de algunos vecinos listos para espiarme detrás de las ventanas. Caminaba a lo largo de la callecita del patio común y sentía encima sus miradas punitivas, parecían puñales lanzados contra mí, para herir a mi madre. Volaron también algunas palabras fuertes.

Se ocupó Oreste de sacarme de aquella situación incómoda.

—*No les hagas caso, son unos miserables* —me dijo con un tono protector. Luego a paso ligero entramos en el edificio de Valeria.

Miserables o no, eran personas del barrio, las que conocían al amable señor Giorgetti y que después del arresto de mi madre no habían perdido tiempo en emitir sentencias acusadoras incluso antes de la decisión del tribunal.

Para mí era la claque del espectáculo.

“¡Habría que condenar a cadena perpetua a esa loca! El señor Giorgetti era una persona de bien, educada, un excelente padre de familia...”

Así exclamó una señora del edificio a los agentes de policía cuando habían venido a interrogar a Valeria Bianchi luego del macabro descubrimiento en su casa de Ostia.

El odio frente a mi madre era el natural sentimiento de quien conocía el delito del marquero desde un sólo punto de vista. Yo, en cambio, podía contar la trama de la turbulenta historia y desenmascarar a todos los actores.

Saludé a Oreste y entré al ascensor.

«*¡Qué feo final que tuviste!*» —murmuré para mí misma frente a la imagen reflejada sobre el espejo. No sabía decir si era más trágico mi aspecto o el desprecio de todos esos ojos apuntados sobre mí que había recibido poco antes.

Apreté el botón sin quitar la mirada de mi rostro apagado y lentamente el viejo ascensor subió hasta el último piso del edificio. Valeria estaba sobre el descanso de la escalera esperándome. Desde el día del arresto de mi madre no había vuelto más a visitarla, ni ella había dado más señales.

Entre nosotras hubo sólo un par de llamadas telefónicas durante las cuales ambas, perturbadas por aquello que había sucedido, no sabíamos qué decirnos. Había vivido todos aquellos meses en un aislamiento total en mi monoambiente, del otro lado de la ciudad. Luego ella había aparecido nuevamente de repente en mi vida, con aquella extraña llamada que me hizo cuando me encontraba en Buenos Aires en compañía de Romero.

—*Hola Livia* —dijo abrazándome. — *Al fin volviste. Dale entrá...*

Crucé la puerta y me hizo una seña de acomodarme sobre el sofá.

—*Regreso en un segundo* —agregó— *voy a buscar algo para tomar.*

Me quedé sola en el comedor. Miré sobre la mesa, había algunos diarios, la notebook encendida, una latita aplastada de coca-cola y un cenicero lleno de colillas. Como hipnotizada, me detuve a observar las pelotitas de colores del salvapantallas. Rebotaban en modo casual de una parte a la otra de la pantalla, sin vía de escape, como mis pensamientos aprisionados en un rincón de la mente.

Valeria volvió con una bandeja de bebidas frescas y algún refrigerio. Me sirvió algo para tomar, se encendió nerviosamente un cigarrillo y me preguntó si había ido a la visita. No tenía ganas de explicar lo que había sucedido con mi madre y respondí haciendo un gesto con la cabeza. Ella no insistió, dejándome intuir que no era ese el tema del que quería hablar.

—*Te hice venir acá para pedirte disculpas. Lo sé, debería haberlo hecho antes, pero cuando me decidí ya habías partido.*

La miré con asombro, ella por un instante se sustrajo a mi mirada.

No entendía a qué se estaba refiriendo y de qué cosa me tenía que pedir perdón.

—*¿Pero de qué hablás?* —exclamé.

—*¿De tu madre!* —respondió ella, liberándose de un peso.

—*¿Ocurrió algo mientras yo no estaba?* —pregunté preocupada.

—*No... no... el presente está dramáticamente inmóvil. Me refiero a cosas de su pasado.*

—*¿Y entonces?* —abrevié— *vamos, contame, ¿qué hay de su pasado que yo todavía no conozca?*

Vi un brillo en sus ojos.

—*Inmediatamente después de la tragedia me enteré de algunos secretos, los mismos que nos escondió durante años. Tendría que habértelo dicho antes, pero no lo hice. No te informé sobre algunas cosas que te conciernen, a pesar de que fui autorizada personalmente por tu madre para revelártelas.*

Estaba cansada de tener que luchar con todos para poder conocer ciertas cosas que me pertenecían.

—*¡Santo Dios!* —grité a más no poder— *¿Qué más debería saber de ella?*

Mi voz resonó hasta el patio común. Valeria se levantó y cerró la ventana para evitar que los vecinos escucharan, luego se volvió a sentar:

—*Tu madre y Ricardo se conocían...*

Comenzó así a contarme aquello que mi madre le había dejado escrito en una carta pocos días antes de matar a Giorgetti. Se la había entregado personalmente después de haberse hecho jurar que debía abrirla con una sola condición:

«*Sólo si me pasa algo*» —le dijo.

Valeria tomó la carta de un cajón y la leyó de un tirón.

Querida Valeria:

Si estás leyendo esta carta entonces algo importante sucedió. Podría haber muerto o escapado quién sabe dónde, podría encontrarme en la cárcel o internada en un hospital. Hasta podría estar colgada de una soga y haber decidido terminar esta historia para siempre.

No te preocupes por mi final, no me merezco tantos cuidados. Sólo te pido un último favor: se trata de Livia, contale sobre esta carta.

No te habría involucrado en esto si no hubiese sido por una cosa tan importante. Llegó el momento que sepa la verdad sobre mi pasado después de haberla sofocado en el silencio todos estos años.

¡Estoy en peligro! Mi existencia está en peligro y desde hace bastante tiempo vivo constantemente en esta condición. Te estoy escribiendo en un momento de lucidez, durante el cual logro todavía defenderme y razonar, pero son sólo algunos instantes, luego, como sucede cada vez, vuelvo a ser impotente, incapaz de reaccionar y de tomar cualquier decisión.

Creéme, nunca habría querido contarte esta triste historia. Se trata de Ricardo. Sé que no te gusta hablar de él y que todo lo que tenías para decirme sobre él ya me lo dijiste, pero hay algo más que no sabés. A Ricardo lo conozco desde la época de la dictadura. Reencontrarlo después de años significó para mí perder de nuevo la brújula.

Es un ex sargento del ejército que en aquel período prestaba servicio en la prisión dónde estuve encerrada durante meses. Tenía veinte años, me sentía fuerte como tantos jóvenes de ese momento, pero allí adentro me doblegaron con el horror y la picana. Él era mi carcelero y sobre mí tenía el poder de vida o muerte. Las personas en ese lugar entraban y luego

desaparecían en la nada, pero Ricardo me dejó sobrevivir y mi nombre fue colocado en la lista de aquellos para “recuperar”.

En ese infierno, Ricardo era mi único punto de referencia y me uní a él. El resto te lo dejo imaginar...

Para el resto de los carceleros yo era la detenida N° 84, para él simplemente “mariposa”.

Viví todos estos años con un sentimiento de culpa, avergonzándome de mí misma, escondiéndome de todo y de todos, hasta de mi madre, cuando un día inesperadamente me devolvieron la libertad.

Esperé a que el tiempo me ayudara a olvidar, pero no fue así y cuando me lo encontré nuevamente delante volví a deslizarme otra vez en las arenas movedizas de su sometimiento.

Entonces si estás leyendo esta carta algo importante sucedió... ¡de un modo o de otro me pude liberar de él!

*Nora*

P.S.: en un sobre dentro del armario encontrarás la confirmación de aquello que te conté y de la relación que había entre Ricardo con el ex capitán Darío Romero, que ahora es un agente inmobiliario en Buenos Aires bajo el falso nombre de Luis Pontini.

Valeria terminó de leer la carta y me la dejó abierta sobre el sillón. Estaba muy perturbada. Las palabras de mi madre, además de establecer un hilo directo entre ella y yo, remarcaban su gran responsabilidad frente a mí y el pedido de un favor que no había respetado.

De repente entre nosotras cayó un silencio pesado como el humo denso de sus numerosos cigarrillos. En aquel instante no pensé en nada, sólo tenía curiosidad por volver a ver la escritura de mi madre. Tomé el papel entre las manos y comencé a recorrer los primeros párrafos. A pesar de que eran cosas que yo ya sabía, la verdad escrita de su puño y letra me pareció todavía más dramática. Me di cuenta que la peor condena para ella no había sido el período transcurrido en la cárcel, sino más bien aquella infligida de por vida por su carcelero. Una existencia perturbada por el peso de la vergüenza por haber cometido algo injustificable hasta para sí misma.

Al principio el comportamiento de Valeria me irritó. No lograba entender por qué razón había tardado más de ocho meses en entregarme aquella carta. Si me hubiese enterado enseguida de las confesiones de mi

madre quizás hubiese evitado investigar sobre uno de sus torturadores. Pero luego comprendí dificultad y bastaron pocas palabras para perdonarla por ese error.

—*¿Por qué lo mantuviste escondido todo este tiempo?* —le pregunté, mientras doblaba el papel y lo colocaba en el sobre.

—*No lo sé... no lo sé...* —respondió ella llevándose las manos sobre la frente. —*Es que no sabía como decírtelo. Cada vez que la sacaba del cajón esperaba encontrar las palabras adecuadas para hablarte; luego volvía a caer en la indecisión sobre qué hacer. ¡Me parecía una historia inconcebible para ser verdad!*

Valeria hablaba con sinceridad, también yo sentía esa misma sensación de irrealidad. ¿Cómo podía agarrármelas con ella? Estábamos solas, ambas desgarradas por el dolor.

En las palabras de mi madre había advertido el desesperado intento de hacerme conocer su pasado. En pocas líneas estaba también la respuesta a mi insistente pregunta sobre su familia de origen. Sólo entonces entendí la elección de su aislamiento.

—*¿Cuándo decidiste leerla?* —le pregunté.

—*El día del homicidio. Apenas me enteré me dirigí rápidamente a Roma y por la noche en casa tomé coraje y abrí el sobre. El resto te lo acabo de contar.*

Hablamos toda la tarde. Valeria parecía más relajada y yo no sentía ningún rencor hacia ella. Tenía sólo tristeza, que estaba compartiendo con la única persona que me había quedado. Reconstruimos juntas los días siguientes al arresto, los inútiles intentos por hacer que mi madre hablara y el suplicio de las frías visitas a la cárcel. Me contó que había intentado varias veces recuperar las cartas de Ricardo que, sin querer, había descubierto yo antes que ella.

Recuerdo el día que me las encontré delante de la vista. Había ido a la casa de mi madre, para buscar alguna ropa en el armario, y me di cuenta que estaba aquella bolsa colgada de una percha. La tomé entre las manos, curiosa, eché un vistazo para ver que había y vi una foto de Ricardo. Instintivamente, la tiré al piso como si hubiese percibido una energía negativa en su contenido. Las fotografías cayeron dispersas al piso, en el medio había algunas cartas. Tomé una al azar y la leí rápidamente. Me detuve en el nombre de mi madre.

«...Ricardo, te lo digo como un hermano mayor, olvídate de esa loca de Nora. No repitas los errores del pasado, los tiempos cambiaron.» Fue en ese momento que descubrí algo terrible. Era una carta dirigida a

Ricardo. El sello postal de Buenos Aires llevaba fecha del 9 de junio de 2009 y el remitente era un cierto Luis Pontini.

Una descarga atravesó mi piel. Con la rapidez de una ladrona recogí el objeto robado y me escapé a casa donde con calma seguí leyendo todas las cartas. Tardé poco en reconstruir el intercambio de misivas entre los dos militares y en descubrir importantes informaciones sobre el falso agente inmobiliario. Me bastó poner su nombre en Google para encontrar el nombre de la agencia, el número de teléfono y su dirección de correo electrónico. En las semanas siguientes busqué información sobre la historia de la dictadura en Argentina, hasta el día en que maduré la idea de partir e ir hacia donde estaba él, a ver su cara. No sabría decir qué me empujó a realizar un paso así. Quizás el deseo de venganza o simplemente el gusto de quitarle la máscara a su tranquilizadora falsa identidad.

Después de haber hablado bastante sobre el pasado de mi madre, Valeria me preguntó por Darío Romero. Le conté de su rechazo inicial de no querer encontrarse conmigo y del horror que revelaban sus relatos cuando, puesto sobre la pared, debió aceptar mi categórico pedido. Me escuchaba en silencio sin interrumpirme. Sólo cuando le dije que había conocido a los hijos del ex capitán tuvo un arrebato de ira.

—*¡Asqueroso perverso!* —exclamó con un tono despreciativo —¡pronto dejarás de engañar a las personas y todos sabrán quién sos realmente!

El odio y el tono seguro de sus palabras me llamaron la atención.

—*¿Creés realmente que una persona así dejará de engañar al prójimo?* —le pregunté.

—*¡Sí!* —respondió ella con la misma determinación.

La miré a los ojos y pude vislumbrar un deseo de venganza, la misma necesidad de revancha que yo sentía internamente todas las noches antes de dormir.

En ese preciso instante entendí que también Valeria, arrastrada por el dolor, ya no podía volver atrás y que su rencor hacia Darío Romero superaba cualquier forma de moderación. Tuve la certeza en ese precioso instante que ese afán repentino que nos había acometido no nos iba a dejar vivir en paz. Fue entonces que me confesó otro secreto.

—*¡Lo hice caer en la trampa!* —exclamó esbozando una sonrisa socarrona.

—*¿A quién?* —le pregunté ingenuamente.

—*¿Cómo a quién? ¡Al capitán!* —respondió ella girándose de repente.

Valeria pasó por alto mi estúpida pregunta.

—*Es inadmisibile que salga libre de esta... por eso decidí hacérsela pagar.*

Asentí con la cabeza, pero en realidad seguía sin entender si sus palabras estaban dictadas solamente por un desahogo de rabia o si realmente había tramado algo contra Darío Romero.

—*luispontini@gmail.com.ar ¡Acá está!, ésta es su dirección de correo electrónico* —dijo Valeria mostrándome un post-it que había sacado del bolsillo del jeans.

—*Hace tiempo que le escribo, deberías leer sus viles respuestas. Las tengo todas allí, salvadas en una carpeta en el escritorio* —me dijo indicándome la computadora portátil.

Me quedé sin palabras. Valeria, como yo, tenía toda la razón para odiar a Darío Romero, el responsable número uno en la lista de los represores de mi madre, pero no la imaginaba capaz de actuar y de enfrentarlo de ese modo. La había subestimado. También ella, como yo, había sido capaz de descubrir al Príncipe y de ponerlo contra la pared. El primer mensaje se lo había enviado en un momento de rabia para demostrarle al oficial fantasma que ya no estaba más al seguro.

—*¡Debe pagar por lo que hizo! ¡Solo así tendremos paz!*

Me acerqué a Valeria y espontáneamente la abracé. La estreché a mí, hasta que, de a poco, mis manos percibieron que la tensión en todo su cuerpo comenzaba a bajar.

—*¡Es cuestión de tiempo y tendrá el final que se merece!* —agregó.

Sentí una gran admiración por su coraje. En aquel momento sentí una fuerte sensación de compartir con ella la misma emoción y de recuperar la distancia que nos había separado hasta ese momento.

—*Es la venganza de mariposa...* —me susurró al oído.

Permanecimos así, abrazadas una a la otra, hasta que sonó el teléfono inesperadamente.

Mecánicamente miré el reloj, era medianoche pasada y me pregunté quién podía ser a esa hora.

—*¿Estás esperando a alguien?* —le pregunté.

Valeria no respondió. Se soltó del abrazo y fue hasta el teléfono al final del pasillo. Mientras tanto tomé la cartera y me preparé para irme yendo hacia la puerta. Ella me hizo una seña de que esperara.

—*¿Hola?... ¿Hola?... Sí, soy yo, Valeria Bianchi. ¿Quién habla?*

Hubo una larga pausa luego Valeria dejó caer el teléfono al piso, se apoyó contra la pared y estalló a llorar. Eran lágrimas de alegría que le

bajaban irrefrenables por las mejillas, mientras miraba fijo la imagen de mi madre bien expuesta a la vista sobre el escritorio. Lágrimas que había contenido hasta ese momento por la injusticia sufrida, y de repente reconocida. Valeria tomó la foto de mi madre entre las manos, la acercó a su rostro y le susurró:

—*¿Viste Nora? Lo arrestaron... fueron a buscarlo a su casa.*  
Entonces en ese momento entendí el motivo de su alegría.

\*\*\*



Alessandro Bruni, el abogado defensor de mi madre, era un amigo de Valeria que desarrollaba la profesión en un estudio jurídico en el barrio Prati. El anciano penalista había terminado bajo los reflectores de la notoriedad por haberse ocupado en el pasado de otro delito que había mantenido ansiosa a la opinión pública.

Aquel fatídico 2 de agosto lo llamé desde la jefatura de policía. Valeria me lo había descripto como el único que podía darnos un poco de esperanza. Acepté su consejo, aunque en aquel momento no consideraba posible ninguna defensa para mi madre. La había visto con mis propios ojos en la escena del delito, poco después de haberle procurado a su víctima una muerte cruel. ¿Con cuáles elementos un abogado habría podido demostrar su inocencia? ¿Quién se habría embarcado en un recorrido tan tortuoso? La defensa de Nora López se presentaba como una apuesta imposible que cualquier letrado habría evitado para no perder.

Él, en cambio, aceptó el desafío:

—*Te prometo Livia que haré todo lo que pueda para ayudar a tu madre. Usaré todas las pruebas que haya para su defensa y recurriré a todos los medios que la ley me otorga.*

Así me dijo después de haber visitado a mi madre en la celda de seguridad de la jefatura de policía, poco antes que la trasladaran a Rebibbia. A pesar de mi escepticismo, aquellas palabras me quedaron impresas en la mente y al regreso de Buenos Aires fui a visitarlo. Me presenté sin cita previa, después de haber insistido bastante por teléfono con su secretaria para hacerme atender.

—*Acomodate Livia* —me dijo mientras acomodaba algunos expedientes en el fichero.

—*Le pido disculpas por mi insistencia, pero...*

—*No te preocupes* —me interrumpió— *imagino que viniste a saber si hay novedades. El Fiscal no cerró todavía las investigaciones. Tu madre sigue sin hablar y muy probablemente se va a solicitar una pericia psiquiátrica.*

Sabía muy bien en que estado estaban las cosas y advertí su dificultad al tener que explicarme por enésima vez una situación inmóvil, la misma que me había planteado durante nuestro último encuentro.

—*Vine por otro motivo* —le dije.

El abogado me miró perplejo. Quién sabe qué habrá pensado en aquel lapso de tiempo. Seguramente le había dado tanta pena el aparecerme así tan desesperada.

—*¿Qué se te pasa por la cabeza Livia?*

Evocar de nuevo aquella historia era para mí motivo de dolor y sentía una y otra vez un nudo que me apretaba la garganta.

—*Hay una verdad sobre Ricardo Giorgetti que usted debe saber en absoluto. Descubrí quién era en el pasado.*

—*¿Pasado? ¿Qué pasado?*

—*Aquel que vivió en Argentina antes de venir a Italia, precisamente como mi madre.*

—*¿No te habrás ido hasta allá?* —me preguntó con la expresión de quien ya imaginaba la respuesta.

Asentí con la cabeza y proseguí.

—*Hay también otra persona que podría interesarle. Se trata de Darío Romero, un amigo del marquero, ¡aquí adentro está todo!*

Me levanté y apoyé sobre el escritorio una carpeta con sus nombres escritos arriba. En su interior, meticulosamente ordenada, había colocado toda la información recopilada y un artículo de Página 12 donde figuraba la noticia del arresto del ex capitán.

El abogado se puso los anteojos, abrió la carpeta y comenzó a leer. Transcurrieron algunos segundos. Yo desaparecí en mis pensamientos, esperando que todo aquel trabajo pudiese servir para algo. Luego, con tono serio dijo:

—*¿Quién te dio toda esta información?*

—*¡Darío Romero!* —respondí.

—*¿Y ésta de dónde la sacaste?* —agregó, mostrándome la fotocopia de una de las cartas.

—*De la casa de mi madre. Tengo todas las cartas originales.*

Tardó dos horas en examinar las cartas y reconstruir la historia de Nora López. Luego con aire satisfecho exclamó:

—*Muy bien Livia, tal vez podamos hacer algo...*

En aquel momento sentí que el corazón me latía más fuerte.

\*\*\*

Al día siguiente volví a visitar a mi madre a Rebibbia. El encuentro con el abogado me había transmitido una fuerza inesperada y por primera vez la consternación, el dolor y el cansancio que llevaba adentro se transformaron en esperanza. La posibilidad de un miramiento judicial no considerado hasta el momento alimentó por un segundo mi escaso optimismo: mi madre no era el monstruo que habían pintado los diarios.

Crucé la entrada de la cárcel y el ruido del pesado portón que se cerró con fuerza a mis espaldas me catapultó una vez más a la terrible condición de quién, como ella, moría de soledad. La imaginaba en su celda o apartada en el patio durante la pausa de aire, víctima de la más fea mutilación que le puede suceder a un ser humano: la pérdida del habla.

Estaba sentada en una de las ubicaciones del parlatorio, esperando que la acompañaran, cuando me vino a la mente una frase que había leído en una pared de la facultad: “¡Si hablás existís!”. Había sido escrita durante la ocupación del año pasado. Jamás había tomado el sentido profundo de aquellas palabras. Para mí era un eslogan estudiantil como tantos otros. Sólo en aquel momento comprendí la importancia de comunicar que era una prerrogativa de la existencia.

Mientras tanto mi madre llegó y tomó su lugar; me la encontré adelante sin siquiera darme cuenta.

—*Hola mamá, tengo que decirte algunas cosas importantes.*

Estaba tan emocionada como cuando de niña le contaba que me habían puesto una buena nota en la escuela o cuando me premiaba llevándome en bicicleta a los jardines alrededor de la laguna del Eur.

Al comienzo hablé de cosas sin importancia. Luego le dije de Valeria.

—*¡Ella te quiere! Tuve la enésima confirmación la otra noche. Sabés, fui a su casa y estuvimos hablando hasta tarde.*

Le conté todo, también sobre los mails que Valeria había escrito firmando como mariposa y al final, le revelé la noticia más importante.

—*Arrestaron a Romero* —exclamé, atenta para advertir cualquier mínima reacción que pudiera tener.

Ella no reaccionó. La imagen de su rostro inexpresivo, como si estuviese petrificado, me hizo sentir otra vez impotente.

Agaché la cabeza, tratando de encontrar en mi interior la fuerza para no gritar y, cuando volví a mirarla, encontré su mano apoyada sobre el

vidrio. De golpe sentí que los ojos se me llenaron de lágrimas y no logré contener el llanto. A ella le sucedió lo mismo. Acerqué mi mano a la suya y, como si entre nosotras ya no hubiese ninguna barrera, percibí todo su calor. Era esa la conexión que faltaba y que al final estábamos reestableciendo.

Permanecimos unidas, hasta que sonó el timbre. Por primera vez pude vislumbrar una luz distinta sobre el rostro de mi madre.

Necesitaba secarme las lágrimas y alejé la mano del vidrio para agarrar un pañuelo de la cartera. Ella la dejó en la misma posición. Fue en ese momento que sentí a mi madre susurrar algo. Levanté la mirada y ella, con voz temblorosa, pronunció una frase que en su esencia y simpleza, encerraba todo el reconocimiento hacia mí:

—¡Gracias... hija mía!

*El 5 de julio de 2011, el Tribunal Superior Penal ante el Tribunal de Roma emitió sentencia de condena contra Nora López con la pena de 12 años de prisión por el homicidio de Ricardo Giorgetti. La Corte, después de haber analizado las circunstancias en las cuales se habría planificado el homicidio, consideró reconocerle a la imputada los atenuantes del caso para justificar una disminución sustancial de la pena.*

La primera reflexión que hice después de haber leído “Nora López, detenida N° 84” se refiere a la verosimilitud de la historia narrada con la realidad vivida en los años de la última dictadura cívico-militar en Argentina. Si bien lo vivido por los personajes que se cuentan en este libro es fruto de la fantasía, así como lo resalta el mismo autor, en el mismo se retrata fielmente los tristes acontecimientos que realmente sucedieron a tantos jóvenes víctimas del terrorismo de Estado.

El período histórico de referencia es aquel que va del 1976 al 1983, cuando la Junta Militar guiada por el general Videla, junto a una parte del clero complaciente con el régimen, "estaban comprometidos para defender al país de los enemigos de Dios, del peligro del comunismo y de la invasión de ideas que ponían en peligro los valores fundamentales de una sociedad". Sobre dicha convicción se sostenía la ideología de un proyecto perverso denominado “Proceso de reorganización nacional” que generó, además de la imposición de un sistema dictatorial en todos los ámbitos de la sociedad, la desaparición forzada de 30.000 personas, muchas de las cuales fueron arrojadas vivas de los aviones en los abismos del océano.

A Nora López, así como a todos los detenidos del régimen, le han robado la identidad. La anulación de la persona, sucedía en el momento del secuestro mediante la asignación de un número en lugar del nombre y del apellido. El código N84 asignado al momento de su llegada al centro de detención, por lo tanto, no representa sólo la historia de una joven secuestrada, sino aquella de todos los reclusos en las cárceles del régimen.

En la novela de Viceconti, la detenida López es clasificada por los militares como “recuperable”. Con este término sus torturadores se referían a aquellos que podían ser reinsertados gradualmente en la “nueva sociedad Argentina”, una vez completado el proceso de saneamiento de todos los subversivos y opositores al régimen. En realidad con ese término los militares creaban una tipología de prisioneros que Livia, la hija de la protagonista, definió muy bien en la novela como “el producto de un sistema enajenado, indiferente a los elementos más básicos de humanidad”.

Para uno de los carceleros, N84 es “mariposa”, una mariposa a su servicio, pero que es capaz de transformarse con el transcurso de los años en testigo directo de la tragedia con “voz valiente”, para hacer justicia a "una generación completa aniquilada, humillada, hecha desaparecer en la nada u obligada a irse al exilio, hasta perder la capacidad de sobrevivir".

Esta novela agrega seguramente una pieza en la construcción de una memoria histórica de los desaparecidos. Vale la pena recordar con ímpetu que sólo manteniendo viva la memoria de las víctimas de la dictadura lograremos no hacerlos morir dos veces. Leer la historia de Nora López nos puede ayudar sin lugar a dudas a reflexionar sobre lo sucedido y a devolverles un nombre y un apellido a todos aquellos que, con sus propios sueños y su propio martirio, han contribuido para hacer nacer un mundo sin oprimidos ni opresores. Un país donde la justicia, la solidaridad, la igualdad y la fraternidad son un derecho de todos.

Como ciudadano argentino que vivió el triste período de la dictadura, agradezco profundamente a Nicola por el valor impregnado de gran civilización y humanidad en las páginas de su novela.

*Juan José Kratzer*

**Juan José Kratzer** ha sido un sacerdote que pertenecía a Pequeños Hermanos del Evangelio, una congregación cuya presencia en Argentina se concluyó en el 1977, cuando Mauricio Silva, el último de los Pequeños Hermanos que se quedó en el país, desapareció en las tinieblas de un centro clandestino de detención. Por fidelidad al Evangelio Juan José Kratzer, como todos los Pequeños Hermanos, eligió la solidaridad con los más pobres, los marginados, los excluidos. Los Pequeños Hermanos fueron abandonados por buena parte de las altas jerarquías del clero, que se hicieron cómplices de la dictadura que gobernaba el país con el terror.



# **Agradecimientos**





Agradezco a todos los que han contribuido a la realización de esta novela. Al Juez Francesco Caporale, por haberme honrado con su interesante nota sobre el libro. Osvaldo La Valle, por su testimonio directo sobre su detención en el Club Atlético. Juan José Kratzer, por su conmovedor testimonio sobre el rol de la Iglesia Tercermundista en Argentina. Susanna Nanni por sus informaciones y consejos sobre el tema tratado sobre la dictadura Argentina.

Anna Ancora por su apasionados comentarios sobre la narración.

Un agradecimiento particular a Antonella Valsecchi, mi pareja, por su precioso apoyo, porque me quiere mucho y por aguantarme.

Agadezco además a mi editor, Fernando Roperto, por haber creído otra vez en lo que cuento.



# Índice



**Nota Introductoria** 5

**Prólogo** 9

|                            |     |
|----------------------------|-----|
| <b>Todo sobre tu madre</b> | 21  |
| El encuentro con Livia     | 23  |
| Noches insomnes            | 37  |
| En la escena del delito    | 47  |
| Correo no deseado          | 57  |
| Nora López: detenida N84   | 67  |
| Las cosas no dichas        | 77  |
| El equívoco de Manuel      | 85  |
| Palabras encadenadas       | 93  |
| Ironía de la suerte        | 103 |
| ¡Buen provecho!            | 111 |

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| <b>Regreso a casa</b> | 129 |
| Adiós Buenos Aires    | 131 |
| Gritos del silencio   | 139 |

**Epílogo** 157



